ANDRÉ GIDE

TEATRO

SAÚL - EL REY CANDAULES
EDIPO - PERSÉFONE
EL ÁRBOL NÚMERO TRECE

EDITORIAL SUDAMERICANA

La variedad y la equilibrada continuidad del talento de André Gide pueden observarse bien en sus obras teatrales, reunidas aquí en un solo volumen. Un pensamiento filosófico que evoluciona pero no se desvía, es lo que puede sentir todo lector como fondo y apoyo de esas diversas interpretaciones de tema bíblico —"Saúl"—, antiguas leyendas —"El rey Candaules", "Edipo"—, profundo mito —"Perséfone"—, y aun de la maliciosa farsa de "El Árbol Número Trece". En la técnica literaria persiste una unidad de estilo señalada por la difícil simplicidad de la elegancia gideana, no desmentida por la inquietud que se muestra en el deseo de experimentar, que da curiosas variedades de forma a la prosa y el verso.

El *Teatro* de Gide lleva siempre consigo cierta condición indispensable a un teatro verdaderamente selecto: bajo la elegancia de la forma debe latir una reel audacia de fondo. Esta audacia ha hecho de las piezas de Gide tema de grandes ataques y defensas, aunque casi toda la crítica estuviera de acuerdo sobre la alta calidad de la técnica.

En estas como en otras obras de Gide la fama del autor se afirmaba —hasta la obtención del premio Nobel— con la oposición despertada. Entre ataques y admiraciones se afinó la calidad de "élite" en estas piezas teatrales, que se refleja en el nombre de los actores que las representaron y, en muchos de los que presenciaron su representación, en el deseo de volver a poseerlas con la lectura.

TEATRO

SAÚL
EL REY CANDAULES
EDIPO
PERSÉFONE
EL ÁRBOL NÚMERO TRECE

TEATRO

PRIMERA EDICIÓN
Publicada en enero de 1952

SEGUNDA EDICIÓN
Publicada en setiembre de 1958

ANDRÉ GIDE

TEATRO

SAÚL
EL REY CANDAULES
EDIPO
PERSÉFONE
EL ÁRBOL NÚMERO TRECE

Traducción de
JOSÉ MA. CORREDOR

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley. © *1958, Editorial Sudamericana Sociedad Anónima, calle Alsina 500, Buenos Aires.*

TÍTULO DEL ORIGINAL EN FRANCÉS:
"THÉÂTRE"

A Ed. de Max

SAÚL

Drama en cinco actos

1896

La primera edición de esta obra escrita en 1896 es de 1903; su tirada, de *ciento veinte ejemplares.*

Saúl se estrenó en el "Vieux-Colombier" el 16 de junio de 1922. Dirección escénica de Jacques Copeau. Los principales papeles estaban desempeñados por:

Jacques Copeau	Saúl
Pierre Daltour	David
François Vibert	Jonatás
Carmen D'Assilva	La Reina

Los alumnos de la escuela del "Vieux-Colombier".

Acto I

EL PALACIO DEL REY

Una gran sala poco decorada; a la derecha, unas puertas dan al interior del palacio; a la izquierda, unos alféizares tapados por unas cortinas corridas. Enfrente, una gran abertura; unas columnas macizas sustituyen la pared, a la derecha y a la izquierda; en medio, el espacio entre las columnas está cerrado por un enorme trono. La vista se prolonga, entre las columnas, hacia una terraza, luego continúa hacia unos jardines; se divisan las copas de los árboles. Es de noche. Se ve, en el fondo de la terraza, iluminado por la luna, al rey Saúl orando. Junto a él, el copero, dormido.

ESCENA I

Por las cortinas descorridas, entran los demonios. Otros llegan por otros lados.

Demonios. — ¿El palacio del rey, nos hace el favor?

Primer demonio. — Es aquí.

Demonios. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Vaya broma! Hemos venido juntos, y vos sois el que ahora nos recibe. ¿Pero por dónde habéis entrado?

Primer demonio. — ¡Chist! ¡Silencio! Hablad más bajo, el rey está aquí. *(Lo señala.)*

TERCER DEMONIO. — ¿Pero dónde? *(Lo ve.)* ¡Ah! ¿Y junto a él?

PRIMER DEMONIO. — Un copero.

SEGUNDO DEMONIO. — ¿Qué hace el rey?

TERCER DEMONIO. — ¿Está durmiendo?

PRIMER DEMONIO. — No, está orando. Habla más bajo.

TERCER DEMONIO. — Hablo bastante bajo; si le estorbo, es que no oraba bastante alto.

CUARTO DEMONIO. — Hace lo que puede.

PRIMER DEMONIO. — ¿Dónde están los otros?

SEGUNDO DEMONIO. — Ya llegan.

PRIMER DEMONIO. — ¡Vamos! ¡Entrad! ¡Entrad! ¿Todos están aquí? *(Entran nuevos demonios.)*

SEGUNDO DEMONIO. — Nunca puede saberse de fijo. Algunos se entretienen aún en el desierto.

PRIMER DEMONIO. — Y ahora, decidme: ¿es verdad que Saúl ha hecho matar a todos nuestros amos?

VARIOS DEMONIOS. — Sí; ¡a todos!, ¡a todos!

QUINTO DEMONIO. — A todos, no. Ha dejado a la hechicera de Endor.

SEGUNDO DEMONIO. — ¡Oh! En casa de ésta, no había demonios serios; sólo algunos tunantuelos sin palabra.

PRIMER DEMONIO. — ¿Pero los hechiceros?

QUINTO DEMONIO. — Todos muertos, ¡todos!

PRIMER DEMONIO. — ¡Entonces, peor para él! Ya que él nos desaloja, nosotros nos alojaremos en el rey Saúl.

CUARTO DEMONIO. — ¿Pero por qué ha hecho matar a los hechiceros?

SEGUNDO DEMONIO. — ¡El pillo!, para ser el único en saber el porvenir.

CUARTO DEMONIO. — Para ser el único en buscarlo, quieres decir.

TERCER DEMONIO. — Tanto se lo busca, que por fin llega.

SEXTO DEMONIO. — ¿Cuál es el más oculto de los porvenires?

QUINTO DEMONIO. — El que nunca debe llegar. *(Todos ríen.)*

PRIMER DEMONIO. — ¡Granujillas! Procurad ser serios. Ocupémonos primero del alojamiento; después podéis reír. Dividamos justamente el trabajo, según los medios de cada uno. Que cada uno diga lo que le conviene *(rumores)* y sólo cuando le interrogue. Tú, este de allí díme: ¿tú qué coges? Contéstame bien.

SEXTO DEMONIO. — Su copa. Yo me llamo ira o demencia: Saúl me encontrará cuando busque la embriaguez.

PRIMER DEMONIO. — Está bien. ¿Y tú?

QUINTO DEMONIO. — Yo, su lecho, y me llamo lujuria; soy yo quien estará allí cuando busque el sueño.

PRIMER DEMONIO *(a otro)*. — ¿Tú te llamas...?

CUARTO DEMONIO. — El miedo, y me sentaré en su trono, donde haré temblar sus esperanzas como la llama de un cirio bajo mi aliento; y también me llamo la duda, cuando le murmure lo que tomará por consejos.

PRIMER DEMONIO. — ¿Y tú?

TERCER DEMONIO. — Yo tomo su cetro. Será pesado en sus manos y pesado en los hombros de los demás, cuando se sirva de él para castigar; pero frágil y temblroso como una caña, cuando lo emplee para apoyar en él su debilidad. Yo me llamaré dominación.

OTRO *(a una señal del primero)*. — Yo, su púrpura, y me llamo vanidad; pues Saúl estará desnudo del todo

bajo su púrpura; y cuando sople el viento, tiritará bajo la púrpura; y cuando haga calor, yo me llamaré indecencia.

PRIMER DEMONIO. — Yo tomo su corona y me llamo Legión. Y ahora, ¡ah!, ¡queridos amigos!, podemos reír. ¡Vamos!, ¡que me entreguen mi corona!, ¡que levanten mi púrpura que se arrastra!, que sostengan mi jabalina y traigan delante de mí esta copa, para ver cómo un rey corre detrás, corre detrás, con toda su gloria! *(Se pone encima los vestidos dejados en el trono; todos juntos forman un cortejo grotesco.)* ¡El rey se mueve! ¡Cuidado! ¡Ya llega el día! ¡A prisa!, ¡a nuestros sitios! ¡Desaparezcamos! *(Vuelven a poner los vestidos del rey en su sitio, en el trono, y desaparecen como si entraran en el interior del trono. El rey Saúl se adelanta lentamente.)*

ESCENA II

SAÚL. — Sin embargo, yo soy el rey Saúl, pero queda un punto, traspuesto el cual ya no consigo saber más. Hubo un tiempo en que Dios me contestaba, pero es cierto que entonces lo interrogaba muy poco. Cada mañana, el sacerdote me decía lo que tenía que hacer: era todo el porvenir; y yo lo conocía. El porvenir, era yo quien lo hacía. Han venido los filisteos; yo me he inquietado; he querido interrogar yo mismo; y desde entonces, Dios ha callado. Así, ¿cómo quería que obrara yo? Para obrar bien, hace falta conocer el porvenir. Empecé a descubrirlo en los astros; desde hace veinte noches, estoy mirando pacientemente. No he visto nada referente a los filisteos... ¡pero me importa poco!; lo que he descubierto, que me ha envejecido, es que Jonatás, mi hijo Jonatás,

no es el que me sucederá en el trono, y que mi raza se extinguirá. Pero lo que no consigo saber es quién ocupará mi sitio, y estoy interrogando desde hace veinte noches; e incluso anoche intenté de nuevo las oraciones. Las noches son demasiado cortas en verano; hace tanto calor que a mi alrededor nada puede dormir, nada sino mi copero cansado; yo necesito el sueño de los demás; estoy constantemente perturbado. El menor ruido, el menor perfume me reclama; mis sentidos están abiertos al exterior, y nada dulce me pasa inadvertido.

Esta noche, mis servidores, por orden mía, han ido a matar a los hechiceros, ¡ah!, a todos los hechiceros de Israel. Este secreto, es preciso que no lo conozca nadie más que yo. Y cuando yo sea el único en saber el porvenir, creo que podré cambiarlo. Ya están muertos ahora; lo sé: hacia medianoche he sentido que mi secreto, ahora conocido sólo por mí, se hinchaba repentinamente, como si tomara en mi corazón un sitio más grande... y me oprimía. ¡Yo lo poseo!

¡Vamos!, ya llega el día. ¡Que todo se despierte en el palacio! Yo voy a dormir un momento. Esta noche he compuesto algunos cánticos que quiero llevar al Sumo Sacerdote; que los cante y los haga cantar por todas partes en el reino *(Viste de nuevo la púrpura, se pone la corona sobre la cabeza, toma el cetro y sale.)* ¡Vamos!, todavía soy Saúl y tengo un sinnúmero de servidores.

ESCENA III

Dos servidores llegan con las escobas al hombro.

PRIMER SERVIDOR. — ¡Bueno!, ¿tú lo has visto?
SEGUNDO SERVIDOR (JOEL). — ¿A quién?

PRIMER SERVIDOR. — Al rey.

SEGUNDO SERVIDOR (JOEL). — ¿Al rey?

PRIMER SERVIDOR. — ¡Sí, hombre, sí! Hace ya tres noches que lo encontramos. Se escapa cuando nosotros llegamos a la terraza.

No sé lo que puede hacer aquí, pero tan flaco como está, de seguro que no son oraciones. *(Barren la sala, luego descorren una gran cortina de la izquierda. De fuera entra el día.)*

SEGUNDO SERVIDOR *(ve al copero dormido).* — ¡Toma, Saki! ¡Eh!, ¡copero! Este no es un lugar para dormir. ¡Anda!, ¡de pie!, ¿qué estás haciendo aquí, muchacho?

SAKI *(se despierta).* — El rey...

PRIMER SERVIDOR *(hace ademán de barrer).* — ¡El rey! ¡Soy yo; el rey de los barrenderos! *(Saki se levanta.)* ¡Sí! Hablemos del rey. ¡Vaya juerga que viene a hacer aquí a la terraza!, ¿no?

SEGUNDO SERVIDOR (JOEL). — ¡Cierra el pico, imbécil!... Oye, pequeño, ¿el rey ha pasado la noche aquí?

SAKI. — Sí.

JOEL. — ¿Toda la noche?

SAKI. — Sí.

JOEL. — Toda la noche, ¿y todas las noches?

SAKI. — Desde hace más de diez días.

JOEL. — Y tú, ¿qué es lo que haces?

SAKI. — Le escancio el vino.

PRIMER SERVIDOR. — Y él, ¿qué es lo que hace?

SAKI. — Bebe.

PRIMER SERVIDOR. — Vaya, que para un rey, es repugnante embriagarse.

SAKI. — Saúl no se embriaga.

PRIMER SERVIDOR *(burlonamente).* — Es que tú no le escancias el vino como debe hacerse.

JOEL. — ¡Quieres callar, imbécil! ¡Entonces!, ¿qué? Habla, muchacho. ¿Qué hace el rey, aquí, toda la noche?

SAKI. — Saúl dice que quisiera embriagarse, pero que no puede, y que el vino no es bastante fuerte; entonces mira el cielo y habla como si estuviera solo.

JOEL. — ¿Qué dice?

SAKI. — No sé: solamente se ve que está muy atormentado. Algunas veces se pone de rodillas como para orar, pero entonces ya no dice absolutamente nada. Ayer me preguntó si yo sabía orar; le dije que sí, y entonces me dijo que orara por los profetas; yo pensé que se chanceaba y dije que era a los profetas a quienes tocaba orar por nosotros; entonces él dijo que era necesario rezar antes de ser profeta, porque después ya no se podía llegar a serlo; y, a más, otras cosas aun que no comprendí bien, pero que lo hacían reír y llorar.

JOEL. — ¿Y después?

SAKI. — Me dice que yo debo estar fatigado y que es preciso que duerma.

JOEL. — ¿Y tú te duermes?

SAKI. — Yo me duermo. *(Pausa.)*

JOEL. — ¿Quieres al rey, pequeño?

SAKI. — Sí, quiero al rey; mucho.

JOEL. — Lástima.

SAKI. —¿Por qué lástima?

JOEL. — ¡Por nada!

SAKI. — Sí, yo quiero al rey; es muy bueno conmigo; quiere que yo beba un poco en su copa y sonríe dulcemente cuando yo encuentro el vino demasiado fuerte. Me habla; me dice que sólo es feliz por la noche, pero que hasta por la noche lo atormentan las preocupaciones

del día. Dice que era feliz cuando era joven y que no siempre ha sido rey.

PRIMER SERVIDOR. — ¡Pardiez!

SAKI. — ¿Es verdad que no siempre ha sido rey?

PRIMER SERVIDOR. — Ha guardado cabras, como nosotros.

SAKI. — Entonces es verdad lo que me cuenta, que una vez corrió muy lejos por el desierto, veinte días y veinte noches, buscando unas burras que se habían perdido; yo creía que también hablaba en broma, pues decía que el tiempo en que había sido más feliz fué cuando buscaba a sus burras por el desierto; pero que a aquellas burras, nunca volvió a encontrarlas. También dice que, cuando era joven, era muy hermoso, el más hermoso de los hijos de Israel, según dice... Aún es muy hermoso, ¿no es verdad?, el rey Saúl.

PRIMER SERVIDOR. — Un poco cansadito, el rey Saúl, si continúa empinando el codo de esta manera, todas las noches, a la serena...

JOEL. — ¡Te callarás de una vez, imbécil! Vé a acostarte, pequeño; después de semejantes noches, la mañana sólo es buena para dormir... *(Aparte.)* No hay nada que hacer con este pequeño. *(Saki va a alejarse; el primer servidor le arranca el jarro de las manos.)*

PRIMER SERVIDOR. — ¡Eh!, oye, deja esto, ¡vamos! ¡No vas a dormir con el jarro!... *(Saki espera.)* ¡Bueno! ¡Adiós! ¡Adiós!

ESCENA IV

Los dos servidores.

PRIMER SERVIDOR *(bebe).* — Está loco.

JOEL. — ¿Quién?

PRIMER SERVIDOR. — El rey. Está loco. *(Bebe.)* ¡Está loco, loco! ¡Qué quieres!, yo encuentro bien que se pase uno toda la noche bebiendo de este vino; o bien que se digan oraciones, si se tiene algo atravesado en el corazón; o bien que se mire el cielo para saber el tiempo que hará mañana... ¡pero todo esto a la vez! *(Bebe.)* ¡Está loco! *(Bebe.)*

JOEL *(absorto).* — ¿Quieres callar, imbécil? *(Aparte.)*... Es demasiado joven e ingenuo; con él, nunca podrá saberse nada.

PRIMER SERVIDOR. — ¡Mira! ¡El Sumo Sacerdote!... Se levanta cuando el rey va a acostarse.

ESCENA V

Los dos servidores, el Sumo Sacerdote, luego la Reina.

EL SUMO SACERDOTE *(al primer servidor).* — Véte a barrer más lejos. *(El primer servidor sale.)* ¡Y qué, Joel! ¿Has visto al rey? ¿Has hablado con él? ¿Qué sabes? ¿Qué sabes? Cuéntamelo. He venido en cuanto amanece porque precisaría, antes de que Saúl haya vuelto a ver a los mensajeros, saber a qué atenerme y poder hacer frente a nuevas resoluciones. Los mensajeros ya

están de vuelta; su obra abominable está terminada; y los clamores del pueblo han despertado al rey, si es que aún dormía.

JOEL. — Entonces todavía no, pero ahora sí. Todas estas noches, y pronto hará bastante tiempo, el rey vela en la terraza.

EL SUMO SACERDOTE. — A la serena. ¡Toma! ¡Toma!... ¿Solo?

JOEL. — Sí... No: con el copero.

EL SUMO SACERDOTE. — El pequeño... ¿Y éste explica algo? Vamos, díme: ¿qué sabes?

JOEL. — Preguntáis demasiado a prisa; además, no sé nada.

EL SUMO SACERDOTE. — ¿Qué dice el pequeño?

JOEL. — Nada que valga la pena.

EL SUMO SACERDOTE. — Es demasiado joven. ¿El rey se embriaga?

JOEL. — Dice que no puede hacerlo.

EL SUMO SACERDOTE. — Así, buscaremos otra cosa.

JOEL. — ¡La reina! *(La reina entra.)*

EL SUMO SACERDOTE *(hacia ella).* — Todavía nada, señora, todavía nada. *(Silencio, luego.)*

LA REINA *(al servidor).* — ¿El rey habla al copero?

JOEL. — No; a sí mismo...

LA REINA. — Y... ¿qué dice?

JOEL. — El pequeño no sabe repetir nada.

EL SUMO SACERDOTE. — Es lo que me temía, señora; el copero es demasiado joven.

LA REINA. — Será necesario buscar a alguien más.

EL SUMO SACERDOTE *(el servidor hace ademán de salir. El Sumo Sacerdote lo llama de nuevo).* — Joel... un momento... ¿Qué dice Saki del rey?

JOEL. — Que lo quiere.

EL SUMO SACERDOTE *(hacia la reina).* — Ya lo veis: el rey se lo ha hecho suyo. *(Joel sale.)*

ESCENA VI

El Sumo Sacerdote y la reina

EL SUMO SACERDOTE. — No caben más dudas, señora: el rey tiene un secreto. Pienso que trata de leer en los astros. Y si ha hecho matar a los hechiceros, es porque, habiendo leído, quiere ser el único en conocer... ¿Sin duda la reina sabe que actualmente Saúl pasa sus noches en la terraza?

LA REINA. — ¡Eh!, Nabal, ¿cómo podría saberlo? *(El Sumo Sacerdote sonríe.)* ¡Oh!, hace tanto tiempo que Saúl se ha retirado... ¡Nabal!, hoy mi inquietud aumenta y te hablaré más extensamente. ¡Nabal!, Saúl no me ha amado nunca. Cuando se hubo casado conmigo, aparentó inclinar alguna llama hacia mí; pero se trató de una obligación poco duradera... ¡y no tienes idea, Nabal, de la frialdad de sus abrazos! Éstos se acabaron tan pronto como yo estuve encinta. Por un momento pude creer estar celosa, pero mi temor andaba equivocado: no era nada. Ya sé que mi esposo tuvo concubinas; pero ahora las ha repudiado a todas; además, Nabal, ¿te lo diré?, Jonatás, sólo Jonatás es de él. Cayó de mi seno antes de término y como un fruto aún verde que se ajara sin madurar. La vergüenza de un vástago tan enclenque sólo lentamente se ha adormecido dentro de mí. Destetado muy pronto, yo no quise confiar su debilidad más que a hombres, pensando mucho tiempo que al vivir en medio de guerreros se exaltaría un poco su

valor. Por esto apenas si Jonatás me conoce. Yo soy la reina y no su madre. Me tiene miedo, no me ama. Me ha costado tiempo, te lo confieso, reprimir cada impulso de mi corazón, antes de ocuparme toda yo, como hoy en día, de las difíciles cuestiones del reino. Saúl se siente dichoso no ayudándome en nada; su negligencia es increíble; no obstante, siempre está preocupado. ¡Nabal, Nabal, cuánto sufrí al principio, al ver de nuevo la preocupación de su frente en la de su débil hijo! A veces seguía a Jonatás vagando por los jardines, a través de la sombra de los corredores del palacio; nunca lo he visto sonreír; y mi odio se volvía contra Saúl, por haber creado así, a través de mí, una lastimosa posteridad a su repugnante semejanza.

EL SUMO SACERDOTE. — Sin embargo, Saúl era muy bello.

LA REINA. — También Jonatás es muy bello... Ya lo sé. Ya lo sé, su debilidad no carece de gracia; pero odio su debilidad, Nabal; la odio, ¡la odio!, ¡la odio!

¡Pero es por hablarte de él que te he distraído de tu culto! Oye, no es que la inquietud del rey me atormente para nada; me gusta saberlo ocupado. Las preocupaciones de amor son más duras, más agotadoras que las del reino; éstas me distraen de aquéllas. También me gusta sentir mi poder; por otra parte, el rey no reivindicaba nada. Todo iba bien: el Dios de Israel aumentado también prosperaba bajo mis órdenes. Y ahora, Nabal...

EL SUMO SACERDOTE. — ¡Y ahora!...

LA REINA. — Tan bien como lo teníamos, Nabal.

EL SUMO SACERDOTE. — Sí, pero desde hace un mes, se nos ha escapado por completo.

LA REINA. — Me parece que no podré hacer nada mientras no sepa lo que piensa el rey. Los filisteos están

aquí, esperando. Sólo Saúl puede dar una orden; pero yo gobernaba su voluntad. Yo lo podía todo a través de él. Por lo menos él escuchaba lo que yo le decía por tu boca. Pero ahora, tal como dices, se nos escapa; y al paso que los filisteos, a las puertas de la ciudad, sin avanzar ni retroceder, se divierten con la inercia de nuestros hombres, el rey los mira desde lo alto de las terrazas y parece ocuparse de otra cosa.

EL SUMO SACERDOTE. — Los filisteos se divierten, es cierto: e incluso, para reírse más de nosotros, han inventado una cosa: se trata de un hombre asqueroso, llamado Goliat, que sobrepasa la cabeza a los más altos. Desde hace cuatro días, por la mañana se oye un toque de trompeta; es un soldadito que precede al gigante y que se pasea a lo largo de las filas de nuestro ejército. Goliat desafía a cualquiera que quiera combatir con él y propone decidir la batalla por este juego singular. Nuestro ejército lo mira, calla y nadie acepta, de manera que cada mañana la arrogancia del gigante es mayor, su desafío más burlón y el insulto que lo acompaña, ultrajante. Pronto se las dará ya de victorioso; una victoria sin combate, ¡una victoria de modo amistoso! Hasta nuestros soldados ya no se toman en serio; esta guerra es un juego; la gente se ríe de ella; se establece un comercio entre los dos pueblos, los cuales, en cuanto ha pasado el desafío de la mañana, rompen los límites de los dos campos, se tratan y se mezclan; cambian instrumentos, dioses, amores, mercancías; Saúl continúa su silencio y el duro Israel se deja penetrar poco a poco.

LA REINA. — Ese gigante, ¿dices que se llama...?

EL SUMO SACERDOTE. — ¡Goliat!

LA REINA. — ¿No conoces a nadie que vaya contra él?

EL SUMO SACERDOTE. — Todavía a nadie.

LA REINA. — ¿Y para sustituir al copero?

EL SUMO SACERDOTE. — El barbero se ocupa de ello. ¿Pero por qué sustituirlo? El rey sospecharía algo; está muy apegado al pequeño. Hay que crear un nuevo cargo: un cantor, un guitarrista, qué sé yo...

LA REINA. — Pero, de hacérselo aceptar, ¿quién se encarga? Saúl desconfía de nosotros y ya no admite ningún extraño en su presencia... Hace falta que Jonás el barbero lo trabaje; éste sabe tratar a Saúl; lo prepara y el rey se digna escucharle.

EL SUMO SACERDOTE.— ¿Es que vendrá?

LA REINA. — Al instante, con Saúl.

EL SUMO SACERDOTE. — Aquí están los dos.

ESCENA VII

Los precedentes. Saúl y el barbero Jonás, unos guardias; luego, Jonatás; luego, los mensajeros.

LA REINA *(apresurada).* — Saúl, señor, ¿cómo habéis pasado esta noche? Estáis muy pálido; como si el brillo de la luna estuviera aún en vuestra frente. Os equivocáis, creedme, al permanecer de este modo en la terraza. *(Saúl hace un gesto.)* Se dice que las lunas llenas del verano son perniciosas para nuestros pensamientos. Desde que estáis velando de este modo, parece que la preocupación haya hecho su morada de vuestra frente.

SAÚL. — ¡Oh!, ¡dejadme, señora! Estoy velando así desde que la preocupación mora en mi frente. *(Han entrado unos guardias. A los guardias:)* ¡Bueno!, ¿y los mensajeros?

PRIMER GUARDIA. — Aguardan que el rey los llame.

SAÚL. — ¿Dónde están?

PRIMER GUARDIA. — En el patio.

SAÚL. — ¡Con el pueblo! *(Aparte.)* Hubiera debido hacer esto secretamente.

LA REINA *(se acerca)*. — Saúl, señor, ¿así que es verdad lo que se cuenta en el palacio? ¿Habéis hecho morir a los profetas?

SAÚL. — A los profetas no, señora; a los hechiceros. Muy bien sabéis que Dios no puede sufrirlos.

LA REINA. — Y entonces, ahora, ¿quién nos dirá el porvenir?

SAÚL *(gritando)*. — El rey. *(Al guardia.)* ¡Vamos!; ¡que los llamen! *(El guardia sale por la derecha. Jonatás llega por la derecha.)* ¡Hola!, príncipe Jonatás. Buenos días. Estoy contento de veros junto a nosotros en este momento. Veréis cómo es necesario que se gobierne. Ya es hora de que aprendáis. Venid aquí. *(Jonatás a la izquierda del rey. La reina a la derecha.)*

LA REINA *(inclinándose)*. — ¡De nuevo tres cabellos blancos, señor! Barbero, cuidáis mal al rey. Volveréis a peinarle apenas termine la sesión. También sus facciones están cansadas, y su barba mal arreglada... *(Al decir esto la reina se acerca al barbero. El guardia vuelve a entrar.)*

EL GUARDIA. — Señor, los mensajeros están aquí.

EL REY. — Que entren. *(Mientras entran los mensajeros, la reina cerca del barbero, en voz alta:)*

LA REINA. — Bueno, ¿qué?

EL BARBERO. — Pues bien, señora, ya lo he encontrado. Es...

LA REINA. — Habla de prisa... *(Sus voces quedan cubiertas por el ruido.)*

EL REY. — ¡Elifás! A ti te había confiado la lista.

ELIFÁS *(uno de los mensajeros).* — Hela aquí. *(La tiende, y mientras el rey la examina:)*

LA REINA *(al barbero).* — ¿David, dices?

EL BARBERO. — David, belenita...

EL REY *(leyendo).* — Dos en Rama; en Keila, el evocador; tres en la montaña de Betel, y cuatro en la de Guilboa; en la cisterna de Secu, un explicador de sueños; en Micmash... *(Sigue leyendo en voz baja. La reina se ha acercado al Sumo Sacerdote, y cuando baja la voz del rey se oye la de la reina.)*

LA REINA *(al Sumo Sacerdote, como continuando).* — David.

EL SUMO SACERDOTE. — ¿David?

LA REINA. — Hijo de Isaías, sí, de Belén. Date prisa y hazlo buscar por el campamento. *(El Sumo Sacerdote sale.)*

EL REY. — Entonces, decidme: ¿es verdad que los habéis acometido por detrás, o, si ha sido por delante, fué porque estaban dormidos? Así, pues, no han podido veros. ¿No han dicho nada? *(Jonatás se tambalea.)* Pero Jonatás... ¡Cómo! ¿Os tambaleáis?

JONATÁS. — ¡Oh, no!, padre mío. Estamos gobernando.

SAÚL. — Apoyaos en mí; ¡vamos! Sed fuerte... Y yo no puedo preguntarlo a todos. Estoy demasiado cansado esta mañana. ¿No han dicho nada?... ¡Ah!, yo os había dicho que a cada uno le arrancarais la lengua...

ELIFÁS. — Ya las tenemos.

SAÚL *(hacia Jonatás).* — Los hay que hablan después de muertos. *(Jonatás se desmaya.)* ¡Vamos! ¡Aquí lo tenéis desfalleciendo! ¡Ah! *(Gesto de ira.)* Señora, llevádoslo. ¡Basta! Es como una mujer. Por su culpa los interrogo muy mal... Entonces, está claro, ¿no?... (Decididamente, estoy muy fatigado.) Ya están todos. Todos... y

ninguno ha hablado. Si por acaso alguno de vosotros se hubiera enterado de algo, que tenga cuidado... Pero, en verdad, cada uno de vosotros, fieles servidores, tendrá su recompensa. *(Mientras habla, el rey se pasa varias veces lo mano por la frente, de la que retira la corona. Se levanta y se dirige hacia la puerta. Salen los servidores y mensajeros. El primer guardia y el barbero se han quedado un instante solos.)*

EL GUARDIA. — ¿Pero qué tiene el rey? ¿Está enfermo?

EL BARBERO. — No te metas; voy a cuidarle.

EL GUARDIA. — Pero... *(El rey vuelve a entrar. Viendo que los mensajeros han salido, hace una señal al guardia y, misteriosamente:)*

SAÚL. — Harás matar a estos mensajeros... *(El guardia se aleja.)*

ESCENA VIII

El barbero, el rey, luego la reina.

EL BARBERO *(al rey, que se aparta)*. — Que Vuestra Majestad me permita... sólo refrescar un poco... una fricción... ¡Oh!, ¡oh!, de lejos ya veía esta arruga... dos caricias de este ungüento y todo desaparecerá. *(Al decir esto, el barbero saca unos instrumentos de su bolsillo e instala al rey en una silla a la derecha.)* Y aquí están las canas que la reina señalaba hace un momento. ¡Ah!, es verdad que son de un hermoso color blanco; pero los otros cabellos son de un hermoso color negro; y Su Majestad no tiene la edad... Es maravilloso cómo se conserva Su Majestad. *(Gesto de Saúl.)* A pesar de todas las

preocupaciones del reino... *(Nuevo gesto; el barbero, que pone afeite bajo los ojos:)* ¡Cuidado!... Conservar su belleza... ¡No importa! Estos últimos tiempos uno se ha cansado un poco.

SAÚL. — Yo no me...

EL BARBERO. — ¡No!, ¡no! No mováis los labios... he cometido una pequeña equivocación en la barba... ¡Ah!, quería advertir a Su Alteza; he podido preparar (es una invención) una nueva especie de sorbete... de anís... sí, de anís, que es muy, pero muy refrescante, y que embriaga. ¡Ah!... Cuando la sed de Su Majestad me haga el favor de ordenar... ¡Y por poco se me olvida!... ¡Qué distracción! *(La reina entra suavemente por detrás.)* El pequeño cantor de que había hablado...

SAÚL. — Tú no habías hablado de nada.

EL BARBERO. — ¿De nada?... ¿Pero dónde tenía la cabeza? Un cantor maravilloso, señor..., que canta acompañándose él mismo con el arpa.

EL REY. — ¿Y qué?

EL BARBERO. — Pues que lo he encontrado. *(Insinuante.)* Está aquí.

EL REY. — ¿Pero quién te ha pedido...?

EL BARBERO. — Pero Su Alteza, Su Alteza... el otro día, al salir del baño, exclamó: ¡Ah!, ¡si solamente un poco de música...! Pero es que está demasiado cansado ahora. No se acuerda de ello.

SAÚL. — ¡Oye, déjame tranquilo con tu arpista! No quiero a nadie, ¿lo oyes?, a nadie junto a mí. Trae solamente tus sorbetes, porque tengo sed.

LA REINA *(que se ha acercado).* — ¿Y por qué no lo escucháis, querido esposo? ¡Un gentil guitarrista! Querido esposo de mi corazón, un tocador de lira para distraer un poco vuestro aburrimiento...

SAÚL. — ¡Vaya! ¡La señora reina! Desde el momento en que ella lo propone, es que no debe serme bueno.

LA REINA. — Ya he observado que la música y hasta las charangas guerreras producen el mejor efecto en vuestras facultades debilitadas.

SAÚL *(aparte)*. — Esta mujer me detesta.

LA REINA. — A menudo el espíritu, distraído de su inquietud, después de un canto de arpa, se entrega fácilmente al sueño...

SAÚL *(aparte)*. — La odio. *(Se levanta.)*

LA REINA. — O desprendiéndose de lo que tiene de impuro, arroja en palabras extraviadas lo que...

SAÚL. — ¡Callad, señora! Ya os he oído bastante. *(Sale.)*

ESCENA IX

La reina, el barbero.

LA REINA. — ¡Pues bien, barbero!...

EL BARBERO. — ¡Qué le vamos a hacer, señora, hay que renunciar al proyecto!

LA REINA. — ¡Cómo! ¿Ya te desanimas? ¡Bah! Sigamos probando; el rey nunca sabe lo que desea. Esperemos a que lo haya visto.

EL BARBERO. — Aquí está. *(David y el Sumo Sacerdote llegan conversando.)*

ESCENA X

Los precedentes; luego, el Sumo Sacerdote y David.

LA REINA. — Es muy bello.

EL SUMO SACERDOTE *(al paño).* — ¡Combatir a Goliat!... ¡vaya broma! *(Los dos entran.)* ¿Lo creeríais, señora, que este muchacho quisiera...?

LA REINA. — Ya lo oigo. Pero es demasiado joven.

EL BARBERO. — Es él.

LA REINA. — Calla. *(El barbero sale.)* ¿Sois vos, David? ¿David de Belén, Daúd, como algunos dicen?

DAVID *(intencionadamente).* — David, sí, señora.

LA REINA. — Os buscaba, David.

DAVID. — Os buscaba, señora.

LA REINA *(irritada).* — ¡David! ¿Y por qué me buscabais, David?

DAVID. — Para pediros que me dejéis combatir.

LA REINA. — ¡Al gigante! ¿Así que va de veras?

DAVID. — ¿Qué, señora? ¿El desafío del gigante?

LA REINA. — El vuestro, David.

DAVID. — ¿Dudáis de ello?

LA REINA *(lo mira detenidamente).* — No. ¡Pero si sois un niño, David! ¡Un verdadero niño! ¿De qué edad?

DAVID. — Tengo diecisiete años.

LA REINA. — ¡Diecisiete años! ¿Y conoces la profesión de las armas?

DAVID. — No. Hasta ahora he vivido en las montañas. Soy pastor. Pero si no he combatido a los hombres, he combatido a los osos cuando atacaban mi rebaño... A los osos y algunas veces a los leones.

LA REINA *(al Sumo Sacerdote).* — Es verdad que parece fuerte. Sin embargo, te han hallado en el campo, ¿no? ¿Cómo has dejado Belén?

DAVID. — ¡Oh!, desde hace poco y por pocos días. Solamente iba a ver a mis hermanos y a llevarles de parte de mi padre unos pasteles de miel que éste había preparado para ellos. Yo soy más joven que ellos. Mis hermanos están en vuestro ejército; pero en vuestro ejército no hay nadie que quiera combatir. Todos tienen miedo. Y todos se han reído de mí cuando yo he hablado de ir contra Goliat. No me lo han permitido *(con ira)* e incluso mis hermanos me han insultado. Por esto he querido encontraros.

LA REINA. — Yo no me río de ti, noble David.

DAVID. — ¿Y vos me lo permitiréis?

LA REINA. — Aguarda un poco.

EL SUMO SACERDOTE. — ¡Cómo! . . . ¿Vos queréis, señora? . . .

LA REINA. — Probémoslo. David me gusta. Nabal, ¿tendremos una armadura?

EL SUMO SACERDOTE *(sonriendo).* — La del rey, señora. Ya no hace nada.

LA REINA. — ¿El príncipe Jonatás no puede ponérsela?

EL SUMO SACERDOTE. — Sí; pero David es más fuerte.

LA REINA. — Hazla buscar. *(Siguiendo con los ojos al servidor, que sale.)* ¿Pero quién acaba de pasar por la terraza? . . . ¿No es el príncipe Jonatás? . . . Llamadle.

ESCENA XI

Los precedentes. Jonatás.

LA REINA *(a David).* — Es Jonatás, mi hijo, a quien vas a querer como a un hermano. ¿No es verdad, Jonatás? Vamos, niños, abrazaos. *(Al Sumo Sacerdote.)* Mirad lo encantadores que son así... ¿Cómo, príncipe Jonatás, estáis sonriendo? Nunca os había visto sonreír.

JONATÁS. — A quien sonrío es a David, señora.

LA REINA. — Ya me lo figuro. David va a combatir.

JONATÁS. — ¡A Goliat! ¿Es verdad, David? *(Traen la armadura.)*

LA REINA. — Y aquí tenemos la armadura del rey.

DAVID *(coge el casco y se lo pone un momento sobre la cabeza; sopesa la armadura).* — ¡No! Combatiré tal como estoy.

LA REINA. — ¡Pero es una locura, David!

DAVID. — Disculpadme, señora; todo este peso me protegería menos de lo que estorbaría a mi valentía. Yo no temo nada, sabiendo que me protege el rey de Israel. Iré tal como estoy; con mi honda, de la que sé servirme diestramente. *(El servidor que había traído las armas, y que se había quedado allí, se las lleva de nuevo. La reina y el Sumo Sacerdote se miran.)*

EL SUMO SACERDOTE. — Señora, dejémosle. Parece muy valiente. *(Se alejan lentamente, sin salir aún. David y Jonatás están en el proscenio.)*

JONATÁS. — David, ¿queréis tomar mi honda?

DAVID *(la toma, la examina y se la devuelve).* — Estoy acostumbrado a la mía. Es mejor.

JONATÁS. — Entonces, tomad estos cantos.

DAVID *(la misma operación que antes).* — No son bastante agudos.

LA REINA *(en el fondo del teatro).* — ¡Vamos, Sumo Sacerdote, venid!... Que se arreglen... Dejémosles. Son niños. *(Salen.)*

JONATÁS. — David, así... ¿qué os daré? Es que a mí me gustaría...

DAVID. — Príncipe...

JONATÁS. — ¡Ah, no me llaméis príncipe! Llamadme sencillamente Jonatás. Aquí nadie me llama así, sino siempre príncipe Jonatás. Y hasta mi padre y mi madre... Estoy harto de ello.

DAVID. — Mi padre y mi madre, en Belén, me llaman Daúd; y al contrario, no hay más que ellos.

JONATÁS. — ¿Entonces cómo os llamaré yo?

DAVID. — Como ellos: también Daúd. ¿Os gusta así, Jonatás?

JONATÁS. — ¡Id a vencer, Daúd! Desde lo alto de la terraza, yo os miraré.

Acto II

ESCENA I

El mismo decorado que en el primer acto, pero luz plena. Todas las cortinas de la izquierda están descorridas. Circula gente, formando grupos animados. Joel entra con el barbero por la derecha.

Los mismos. Grupo de hombres.

Primer hombre. — Te digo que es para ver a sus hermanos.

Segundo hombre. — No, es para combatir a los filisteos.

Tercer hombre. — ¡Vamos, hombre! ¿Es que podía saberlo en Belén? Es la reina quien lo ha enviado a combatir.

Cuarto hombre. — Sí, cuando ella lo vió; pero esto no explica cómo entró en el palacio.

Segundo hombre. — ¿Entró en el palacio?

Cuarto hombre. — Ni cómo habló con la reina.

Primer hombre. — ¡Habló con la reina! *(Llega otro.)*

Quinto hombre. — ¡Vamos, hombre! Él no hubiera venido junto al rey si la reina no hubiese buscado un arpista. *(Llega otro.)*

Sexto hombre. — No hubiera venido junto a la reina si el rey no hubiese tenido algún secreto.

Segundo hombre. — ¡Ah, el secreto del rey! ¿Quie-

res saber el secreto del rey? *(Se inclina hacia el primer hombre y le habla al oído.)*

PRIMER HOMBRE *(se desternilla. Al tercer hombre)*: — ¿Quieres saber el secreto del rey? *(Le habla al oído. El tercero se desternilla.)* ¿Quién quiere saber el secreto del rey?

TERCER HOMBRE. — ¡Diez dracmas por el secreto del rey! *(Otro se ha acercado durante las últimas palabras.)*

SÉPTIMO HOMBRE. — ¡Pues bien, yo tengo un secreto, como el rey! *(Se agrupan a su alrededor.)* Y es que, antes de morir, el gran Samuel fué a Belén, hizo venir al pequeño David a su lado y en un pequeño patio, donde no lo vió casi nadie, tomó el óleo y lo ungió, como lo había hecho por Saúl... Son treinta dracmas. *(Joel y el barbero se han acercado.)*

JOEL. — Un secreto que podría valer mucho más, viejo indiscreto.

SÉPTIMO HOMBRE. — ¿Cuánto?

JOEL. — ¡Tu cabeza, zoquete! Ten cuidado de que nadie... *(Unos y otros se apartan, luego desaparecen.)*

SÉPTIMO HOMBRE. — ¡Ah!, ¡qué mal le recompensan a uno la confianza!

ESCENA II

Joel y el barbero.

JOEL. — ¿El rey lo sabe?

EL BARBERO. — De seguro que no. ¿Y la reina?

JOEL *(intimidante)*. — ¡Barbero, ten cuidado!...

EL BARBERO *(la misma actitud)*. — ¡Joel, no te distraigas!...

JOEL *(mudando de parecer y como lleno de súbita simpatía).* — ¡Mi querido barbero!

EL BARBERO *(la misma actitud).* — ¡Mi querido Joel! *(Se toman del brazo para salir. Fuera, se oyen gritos...)* Pero, todos estos gritos...

JOEL. — Es que pasa la escolta de David. *(Otra gente se precipita con ellos. Se oyen aumentar los gritos en la terraza.)*

EL BARBERO. — Bajemos a prisa. *(Jonatás y Saki se dirigen hacia la terraza.)*

ESCENA III

Jonatás y Saki.

SAKI. — No, príncipe, por aquí lo veréis mejor.

JONATÁS. — Vamos, Saki, sigue contándomelo... ¡él solo!, ¡nada más que con su honda! ¡Lo has visto!; ¡ah, qué aspecto glorioso tenía! ¿Sabes?, es mi amigo... *(Aparece Saúl.)* Pero ven, ya llega mi padre... *(La escena va quedando vacía.)*

ESCENA IV

La escena, al entrar Saúl, ha quedado vacía.

SAÚL. — ¡Obtengo la soledad!, ¡pero es porque huyen de mí! ¡Vamos!, este conquistador... que me lo traigan. Estoy irritado con él. ¡Estoy muy irritado con todos! Este pueblo chillón me importuna. ¡Y estas aclamaciones, que me roban, por un triunfo accidental!, no las hacían por mí, en tiempos de mis difíciles victorias...

¡Ah! ¡Señora reina, sabéis escoger a vuestra gente! Un niño, me han dicho. . .¿Cómo?, ¿por tranquilizarme? ¿Y quién le confirió el derecho de vencer? ¡Vos, quizá! Yo, no. *(Anda al hablar y seguirá andando durante el principio de la escena siguiente. Aparecen unos guardias en la puerta de la izquierda.)*

ESCENA V

Saúl, David, unos guardias.

SAÚL. — ¡Vamos!, que me lo traigan. ¡Eh!, ¡pero es un pastor, este conquistador! Es verdad que es muy joven. ¡Ah!, es que es terriblemente bello. *(Estas tres frases se dicen en voz cada vez más baja. Saúl, que recorre la sala a pasos largos, al principio no ha visto a David más que de espaldas. Se acerca. En voz alta e iracunda.)* ¡Pero sus manos están aún llenas de sangre! *(Lo mira de todos lados.)* ¡Todo él está manchado!... ¡Pero se purifica uno, primero!... ¡Eh, guardias!, ¿es que no podíais advertírselo? ¡Nada sangriento debe entrar aquí! *(David hace ademán de salir.)* ¡No!, ¡que se quede! Pequeño matador de gigantes, estoy muy irritado contigo. *(Anda a pasos largos. Después de un corto silencio:)*

DAVID. — ¿Por qué estáis enojado conmigo, rey Saúl? Yo he podido vencer, es cierto, pero no era contra vos.

SAÚL. — ¿Pero quién os autorizaba?

DAVID. — La reina me...

SAÚL. — La reina, sí. Sabed que no hay reina en Israel. No hay más que la mujer del rey.

DAVID *(después de un silencio).* — ¿Por qué os irritáis, señor? A quien yo soy adicto es a vos.

SAÚL *(aparte).* — ¡Ah!, su voz cae sobre mi ira como el agua del cielo sobre el polvo levantado... *(En voz alta.)* Que me dejen solo... *(David va a salir.)* Con él. *(Los guardias salen.)*

ESCENA VI

David y el rey.

SAÚL *(sigue andando).* — Parezco muy irritado, ¿no? *(David calla.)* ¡Vamos, habla! ¿Tu nombre? ¿Cómo te llamas?

DAVID. — David.

SAÚL. — David... David... Los moabitas, en cambio, dicen: Daúd. ¿Quieres que yo te llame Daúd?

DAVID. — No.

SAÚL. — ¡No! ¿Por qué? Déjame llamarte... Quiero llamarte Daúd.

DAVID. — Alguien me llama ya así; he prometido que sólo...

SAÚL. — ¿Alguien? ¿Quién? *(David calla.)* Pastorcito, quiero saberlo. Soy tu rey.

DAVID. — Vuestro derecho no va más allá de vuestro poder.

SAÚL. — ¡De mi poder! ¿Qué haces tú cuando una cabra de tu rebaño se niega a obedecer?

DAVID. — La apaleo.

SAÚL. — ¿Te niegas aún?

DAVID. — Apaleadme.

SAÚL *(levanta su jabalina, luego cambia de opinión).* — ¿Tú amas a Dios?

DAVID. — Mi amor por Él es lo que hace mi fuerza.

SAÚL. — ¿Tan fuerte eres, David?

DAVID. — Él es muy fuerte.

SAÚL *(después de un silencio).* — Y ahora, ¿qué vas a hacer?

DAVID. — Me vuelvo a Belén, a mi patria.

SAÚL. — No, David. Escucha: quiero destinarte a mi servicio... La reina había hablado para mí de un arpista; yo no quiero el suyo, sino...

DAVID. — Era yo.

SAÚL *(preocupado, luego serenándose).* — ¡Ah! Entonces sabes tocar... Pero aquí está la reina. Quizás andaba buscándote. Os dejo. Pienso que tendréis que hablar. *(Hace ademán de salir, pero se esconde detrás de una columna.)*

ESCENA VII

La reina, David, Saúl, escondido. (La reina llega por la derecha, hablando con el Sumo Sacerdote. Viendo a David:)

LA REINA *(al Sumo Sacerdote).* — Helo aquí. Dejadnos. *(El Sumo Sacerdote sale.)* ¡Ah, David! Por fin os encuentro y, ¡loado sea Dios!, cubierto de gloria. Al principio, delicioso ya, yo no veía en vos más que un pastor, pero más bello por vuestro triunfo, no quiero veros sino como vencedor. ¿De dónde viene vuestra preocupación, David?; pues parecéis preocupado. Ya sé que el rey os hablaba duramente hace un momento. ¿Es eso?

DAVID. — No, señora; el rey ha atenuado poco a poco la rudeza de sus primeras palabras y pronto me ha hablado muy amablemente.

LA REINA. — ¿Muy extensamente, también? Os habéis quedado solos, ¿no?

DAVID. — Sí; algún tiempo.

SAÚL *(escondido)*. — Están muy lejos. No oigo nada.

LA REINA. — Os aseguro que os equivocaríais, David, preocupándoos por estas cosas. El humor del rey no debe vejaros, no tiene mucha importancia; es áspero y a menudo hostil sin motivo; varía sin cesar.

DAVID. — Pero si no me preocupo, señora. El rey se ha mostrado bueno conmigo.

LA REINA. — Lo celebro mucho, David. Es verdad que vuestra belleza sólo puede agradar; pero la bondad del rey, de que habláis, nos ayudará mucho en nuestros asuntos. Pues yo os quiero bien, David: vuestra valentía de hace un momento merece otra recompensa que las ovaciones de un pueblo estúpido, exaltado... Ya veo que sabéis hablar al rey, puesto que su humor triste, conversando con vos, se ha cambiado, y... pero primeramente, escuchad, David: no olvidéis que es a mí a quien debéis este honor.

DAVID. — ¿Y qué honor, señora?

LA REINA. — Ser cantor del rey.

DAVID. — Disculpadme, señora, si ya sabía...

LA REINA. — ¡Ah!, ¿el Sumo Sacerdote os lo había dicho?

DAVID. — No.

LA REINA. — ¿El barbero?

DAVID. — Es que el mismo rey me ha pedido...

LA REINA. — ¡Ah!

DAVID. — ¿Parecéis enojada por ello?

LA REINA. — ¿Y por qué enojada, David? Al contrario, ¿no es mejor que coincidan en vos nuestros deseos? Y vos, ¿qué habéis contestado? *(Se acercan al rey.)*

DAVID. — Entonces vos habéis entrado, y el rey se ha marchado antes de que yo haya podido contestarle. *(Se acercan más.)*

LA REINA. — Entonces... ahora, contestad.

DAVID. — Pero el rey ya no está presente, señora.

SAÚL *(escondido).* — ¡Bien! ¡Valiente David!

LA REINA. — David, vuestra juventud necesita que se la instruya. El rey Saúl no tiene la autoridad que creéis.

SAÚL *(escondido).* — ¡Ah! ¡Ah!

LA REINA. — Antes, ya lo sé, era un rey lleno de prudencia y valentía; pero ahora su voluntad se ha quebrantado; necesita que se la dirija y soy yo quien a menudo escoge sus decisiones. Así, la idea de tener un cantor a su lado, es mía; él la acepta: y es mejor que sea así puesto que ese cantor seréis vos. Pero habéis de comprender también, David, que el rey, cansado de malos pensamientos, necesita que se le vigile sin descanso.

SAÚL *(escondido).* — Desconfiad, señora.

LA REINA. — Pero el rey me habla poco; yo estoy raramente a su lado... Sus palabras y sus gestos más insignificantes, todo cuanto viene de él, aclarando su estado enfermizo, puede hacer más adecuados mis cuidados. Por lo tanto, todo debe serme comunicado.

DAVID. — ¡Señora!

LA REINA. — David, no podéis interpretar mal mis palabras. Sin mis cuidados, ¿qué sería de vuestro rey? Vos me ayudaréis. Entre los dos a veces podremos tratar de agotar sus tristezas. Vos las sabréis antes que yo, me las diréis... y los dos... Pero no decís nada... contestadme... ¡Ah, para ser un conquistador, parecéis muy temeroso!, y bajáis los ojos cuando yo los levanto hacia vos, Daúd, más delicioso así... *(Toca su mejilla con la mano.)*

DAVID. — ¡Ah! ¡Señora!, el rey... *(Saúl salta de detrás de la columna. David huye.)*

ESCENA VIII

Saúl, la reina.

SAÚL. — ¡Daúd! ¡Basta, señora, basta! Ya veis que este muchacho... ¡Pero no huyas, David! No te persigo, David, y, ¡mira!, no es a ti a quien castigo. *(Ha cogido a lal reina por los vestidos y los cabellos y la arrastra por el suelo.)*

LA REINA. — ¡Celoso, quizá! ¡Vos!

SAÚL. — ¡Ah!, no os chanceéis, señora... ¡Terriblemente celoso! *(Le da varios golpes de jabalina.)*

LA REINA. — ¡Detestable Saúl! ¡Yo no te odiaba bastante, imprudente! ¡Que todo el peso de tu corona recaiga ahora sobre ti solo! ¡Encierra tu preocupación!, ¡protégela! ¡Peligroso rey Saúl, en adelante sé peligroso para ti mismo! Tu secreto, voy a ver si sabes ocultarlo a los muertos... No lo creía tan temible. *(Muere.)*

SAÚL *(inclinado hacia la reina).* — Os equivocáis, señora. El secreto que buscáis, es otro...

ESCENA IX

La escena representa la habitación de Saúl. Está mal alumbrada por una sola lámpara brumosa. No hay muebles. A la derecha, una cama. A la izquierda, una ventana. Aproximadamente en medio, una especie de trono continuado a la derecha y a la izquierda por unos ban-

cos, o lo que se quiera, que permita sentarse junto al trono. El rey Saúl va vestido como precedentemente con su manto de púrpura. Lleva la corona.

SAÚL *(yendo hacia la puerta, que cierra con cuidado).* — ¡Ah!, esperaba la noche... *(Corre una cortina por encima de la puerta, se vuelve, mira a su alrededor.)* Y ahora que estoy solo... *(Va a sentarse.)*

EL CORO DE DEMONIOS *(surgiendo, en seguida se ha sentado por el suelo, en corro, delante de él. Su voz se mezcla con la de Saúl para decir:)* — ¡Deliberemos!

SAÚL *(todavía sin verlos).* — Se está más tranquilo aquí que en la terraza. Y Saki me ha pedido por esta noche quedarse con Jonatás...

UN DEMONIO *(acabando la frase).* — ...y David.

SAÚL. — Sí. Por otra parte, me gustaba más estar solo... Los perfumes me molestaban allí; y ya no tengo que ver nada en los astros; ya no veo nada en ellos.

PRIMER DEMONIO. — ¡Si empieza a hablar solo, os aseguro que no vamos a divertirnos mucho! *(Bosteza, otros se desperezan.)*

SAÚL *(prosiguiendo).* — Los hechiceros...

SEGUNDO DEMONIO. — Se las compone como si nosotros no estuviéramos presentes.

SAÚL. — Quizá veían algo.

TERCER DEMONIO. — Pronto será necesario que intervengamos.

SAÚL. — ¿Qué sabían? Hubiera debido guardarme algunos.

CUARTO DEMONIO. — No nos deja colocar ni una palabra.

PRIMER DEMONIO. — ¡Paciencia!

SAÚL *(mirando fijamente a los demonios sin verlos).*

— Pues mi pensamiento se para y se inmoviliza en esto, sin que sepa en qué punto.

QUINTO DEMONIO. — Podríamos intentar algunas proposiciones como prueba.

SAÚL. — Parece que yo presté mucha atención; pero no sé en qué.

SEXTO DEMONIO. — Entonces, es en David.

SAÚL. — Quieren saber mi secreto; ¿pero es que yo mismo lo sé? Tengo varios.

PRIMER DEMONIO. — Con nosotros, oye, no vale la pena que estés cohibido.

SAÚL. — Ahora comprendo por qué quería tan poco a la reina. Yo practicaba demasiado cómodamente la castidad en mi juventud. He practicado muchas otras virtudes... ¡Ah!, quisiera felicitarme por haberme desembarazado de la reina, estudiar las ventajas...

SÉPTIMO DEMONIO. — También se podría...

SAÚL. — Es lo que estaba barruntando... suprimir asimismo al Sumo Sacerdote... En Israel hay más preguntas que respuestas sabe dar él. Cuando yo interrogo, ya no es a él. Hay más respuestas en el cielo que preguntas en los labios de los hombres.

SÉPTIMO DEMONIO. — Pero...

SAÚL. — ...hay respuestas que se hacen esperar.

TERCER DEMONIO *(junto con el cuarto)*. — O que no ve uno.

CUARTO DEMONIO. — Se las hace uno. *(Los dos demonios se echan uno sobre otro y se pelean —pero sólo un instante— y nada queda perturbado en el curso de la escena.)*

PRIMER DEMONIO. — ¡Ah!, ¡anda, rey Saúl!, ¡habla con nosotros!

SAÚL. — Él pretende amar a Dios y que su fuerza no

proviene de otra cosa. Yo bien quiero amarle, a Dios; lo amaba, pero Dios se apartó de mí, ¿por qué?

PRIMER DEMONIO. — Para que hayamos podido acercarnos nosotros. *(Ríen.)*

SAÚL. — Mis ojos se cierran de cansancio y miseria.

QUINTO DEMONIO. — Necesitas beber un poco.

SAÚL. — ¿Queréis decir? No, todavía no, y Saki no está aquí.

SEGUNDO DEMONIO. — Pero ya estamos nosotros.

SAÚL. — ¡Ah!, fieles.

SEGUNDO DEMONIO. — ¡Caramba!, vamos, querido Saúl!, es lo menos que podemos hacer.

TERCER DEMONIO. — Rey Saúl, tenemos sed.

SAÚL. — Sí, es verdad, voy a buscar la copa.

QUINTO DEMONIO. — ¡Eh! ¡No, mi buen rey!, espera que te la traigan.

PRIMER DEMONIO. — Dejadlo, os digo, esto lo distrae. *(Los dos se pelean. El rey Saúl se ha levantado. El actor debe hacer como si continuara un monólogo. Saúl aparece tambaleándose de indecisión.)*

SAÚL *(pues aumenta el ruido de la lucha).* — ¡No tanto alboroto, muchachos! Ya no me oigo.

SEGUNDO DEMONIO. — Pero si no dices nada. *(Todos se desternillan. Saúl no puede contener la risa a pesar suyo.)*

SAÚL *(ha tomado la copa, coge el jarro de vino, bebe un sorbo).* — . . . Y el jarro. ¡Ah!, esta corona me molesta. . . *(La echa desde lejo a su cama y vuelve a sentarse: su púrpura cae un poco de sus hombros. Al sentarse bebe de nuevo un trago; luego, viendo:)* ¡Pero amiguitos míos, debéis estar muy mal por el suelo! Vamos, sentaos aquí, a mi lado. *(Todos se levantan y van a sentarse junto a Saúl mientras éste se sienta.)*

PRIMER DEMONIO. — ¡Oh!, sabes, es por ti, no por nosotros. *(Saúl sonríe.)*

SEGUNDO DEMONIO *(como tomando la sonrisa de Saúl por un ofrecimiento).* — ¿Más cerca?

SAÚL *(sofocándose un poco).* — Empezáis a ahogarme de esta manera.

CUARTO DEMONIO. — ¡No, hombre, no!, es que necesitas beber.

QUINTO DEMONIO. — ¿Le escancio el vino? Date prisa; la noche se acaba pronto. *(Saúl alarga la copa; el demonio la llena. Saúl la bebe.)* ¿Otra vez? *(Saúl alarga de nuevo la copa. El demonio la llena. Cuando Saúl se la acerca a los labios:)*

VARIOS DEMONIOS. — ¡Bueno!, ¿y nosotros? *(Saúl baja un poco la copa. Los demonios se apretujan sobre Saúl y todos quieren coger la copa, que se vuelca.)*

SAÚL *(se levanta bruscamente y hace rodar a los demonios por el suelo, en donde permanecen).* — ¡Ah, mi vestido está completamente manchado! *(Ahora anda o se queda de pie inmóvil; la lámpara va apagándose y la luz del alba empieza a blanquear la ventana de la izquierda. Pero la escena permanece aún muy oscura. Silencio bastante largo.)*

SEGUNDO DEMONIO *(en un tono de voz muy diferente).* — ¡Saúl! ¡Saúl!, he aquí la hora en que los cabreros hacen salir a los rebaños de los establos.

TERCER DEMONIO. — ¡Saúl!, ahora se podría subir a la torre para ver acercarse la aurora.

CUARTO DEMONIO. — O en la colina embalsamada, entre la pureza del aire matutino, cantar, cantar un cántico.

QUINTO DEMONIO. — Hay hierbas impregnadas de rocío...

SEXTO DEMONIO. — Hay baños preparados en el palacio.

PRIMER DEMONIO. — ¡Oh!, a mí lo que más me gustaría, después de una noche sin dormir, es un sorbete de anís y licor.

SÉPTIMO DEMONIO. — A mí, oír cantar a David. *(Todos ríen.)*

SAÚL *(se coge la cabeza con las manos).* — ¡Estar solo! ¡Estar solo! *(Abre la ventana, de donde viene un poco de aurora, y cae de rodillas extendiendo sus manos hacia el aire. Los demonios se han eclipsado poco a poco, pero sin efectismos.)* ¡Dios de David! ¡Socorredme!...

Acto III

ESCENA I

La escena es la misma que en el primer acto, a no ser que las cortinas de la izquierda, separando la sala de la terraza, están corridas. Joel entrando por la izquierda se dispone a cruzar la escena. El barbero descorre la cortina.

El barbero. — ¡Eh, Joel!

Joel. — ¡Hola!, eres tú, barbero.

El barbero. — ¿Has visto a David?

Joel. — *A ti es a quien te toca hablar. Yo no lo conozco.*

El barbero *(recusando)*. — ¡Lo conozco tan poco!

Joel. — Es igual; te toca a ti. Hay que escrutar, barbero; escruta.

El barbero. — ¡Escrutemos, Joel! ¡Escrutemos! *(Silencio. El barbero empieza a llorar.)* ¡La reina también escrutaba!

Joel. — Lo hizo demasiado fuerte.

El barbero *(llorando)*. — ¡Pobre señora! Todo iba tan bien con ella. *(Silencio.)*

Joel. — Es asombroso, el pequeño David; le ha bastado presentarse...

El barbero. — Para limpiar el sitio.

JOEL. — Para hacerlo limpiar, quieres decir.

EL BARBERO. — A mí me gusta más ayudar a limpiar, que...

JOEL. — Sí... pero ten cuidado que el que limpia es Saúl.

EL BARBERO. — Los intereses son... compuestos. ¡A quién servir, pues, Dios santo! ¿A quién? Yo no pido más que consagrarme a alguien... Hay que escrutar.

JOEL. — ¡Escrutemos, barbero, escrutemos!... ¿Pero de dónde diablos has sacado que el rey no tenía voluntad?

EL BARBERO. — ¡Eh, cuidado! Yo no he dicho eso; yo he dicho que su voluntad estaba enferma; actúa por sobresaltos.

JOEL. — ¡Ten cuidado de que sus sobresaltos no caigan sobre nosotros! ¡Eh! De este modo su voluntad es más temible que nunca. Sus decisiones parecen inmotivadas. Escruta al rey, barbero.

EL BARBERO. — ¡Si te parece que es fácil! El Sumo Sacerdote...

JOEL. — ¿Qué?

EL BARBERO. — ¡Qué! Pues que ahora tiembla de miedo cuando habla al rey.

JOEL. — ¿Cómo?; ¿tiembla de miedo?

EL BARBERO. — Quiero decir: que le tiemblan las piernas, por miedo al rey. *(Joel se encoge de hombros.)* Además, Saúl sólo difícilmente permite que se le acerquen. Por otra parte, todo el mundo se va cuando él se acerca. Ahora es él quien espía y se oculta. Ya no se le oye acercarse, y después lo sorprende uno, detrás de la cortina, escuchando, o bien lo sorprenden a uno; y todos huyen sin hacer ruido, de sala en sala, por el palacio donde el rey circula sin ruido...

JOEL. — ¡Demonio! *(Durante la última frase, ha ido*

junto a la gran cortina corrida de la izquierda y la ha descorrido con un ademán amplio y brusco.)

EL BARBERO *(a quien ha hecho sobresaltar el ruido de la cortina).* — ¡Ah!, ¡que me has dado miedo!... Yo no tengo espada...

JOEL. — Es igual, barbero, tú hablarás al rey; y lo que sepas...

EL BARBERO *(considerando la espada de Joel).* — ¡Es maravilloso, Joel, cuán profunda se hace nuestra amistad!

JOEL. — Todo sirve para... *(Termina con un gesto de atar.)*

EL BARBERO *(continuando el gesto de Joel).* — ... estrecharla. ¡Eh!, ¡aquí está David! ¡Véte en seguida! Déjanos. *(David pasa por la terraza, Joel sale.)*

ESCENA II

David y el barbero.

EL BARBERO *(misteriosamente).* — ¡Príncipe David!... ¡Príncipe David!...

DAVID. — ¿Qué hay, barbero?

EL BARBERO *(como jadeante).* — Hace ya cuatro días que corro detrás vuestro sin conseguir encontraros solo ni un instante, príncipe David.

DAVID. — Yo no soy príncipe, barbero.

EL BARBERO. — Sí, señor; pero...

DAVID *(cada vez más severo).* — Ni señor.

EL BARBERO. — Es que no sé cómo llamar al glorioso vencedor que...

DAVID. — ¡No vencí sino con la ayuda de Dios, barbero! Ni siquiera soy jefe de ejército.

EL BARBERO. — Pero vuestra valentía...

DAVID. — No es mayor que mi fe.

EL BARBERO. — Precisamente: la fe... Pero vuestra esperanza...

DAVID. — Es que, después de haberme llamado para matar a Goliat, el Dios de Israel, satisfecho, me deje volver a Belén, junto a mi padre, a guardar cabras como antes.

EL BARBERO. — ¡Oh, las cabras!... Hombres es lo que el señor David debiera pensar en guardar... y esto es precisamente lo que yo quería decirle... de prisa, porque siempre puede llegar alguien...: que el rey Saúl está cansado, que Jonatás es débil como un pajarillo raro, que ni uno ni otro tienen ya ninguna simpatía popular... y que si mi príncipe lo deseara, yo, barbero del rey y médico, que lo veo cada día, podría...

DAVID. — Mira, ya que me has dicho tu secreto, barbero, escucha el que voy a decirte. Y es que quiero a Saúl como a mi rey y a Jonatás más que a mí mismo: que yo temo a Dios, barbero, y que debieras poner cuidado en tus palabras, en lo que tienen de ofensivo para su elegido. Hace un momento me llamabas príncipe; así, pues, quieres que te mande: retírate. *(El barbero sale.)* ¡Jonatás, Jonatás! ¡Ojalá sobre tu frente, tan débil, pueda consolidar el Eterno una realeza vacilante!... *(Entran Saúl y Jonatás.)*

ESCENA III

Saúl, Jonatás, David.

Saúl va ataviado con sencillez; Jonatás, con todas las insignias de la realeza. David ha retrocedido hasta el ángulo de la izquierda; Saúl y Jonatás avanzan sin verlo, hacia el trono.

Saúl se da cuenta de que han descorrido la cortina y la corre con mucho cuidado.

SAÚL. — Así es como me gusta veros, Jonatás. ¡Ea!, hasta la noche ocupad mi sitio en este trono. Ya es hora, incluso en una sala desierta, de que os ejercitéis para reinar. La conciencia de la realeza se fortifica mucho por el hábito de sus insignias. Aprended a soportarlas. El otro día, cuando vinieron los mensajeros, a pesar del peso suplementario de la corona, pienso que no os hubierais desmayado en el trono real, sostenido por el cetro y animado con el sentimiento de la púrpura que hoy vestís.

JONATÁS. — ¡Oh, padre, dejadme! ¡Estoy tan cansado! ¡Si supierais cuán pesada es esta corona!

SAÚL. — ¡Vaya!, ¿es que creéis que no lo sé?... Razón de más para que desde ahora os acostumbréis un poco a ella. Yo ya tengo años; y cuanto menos sólidamente la corona se aguanta en mi cabeza, tanto más conviene afianzarla en la vuestra.

JONATÁS. — ¡Padre! ¡Basta! Me duele la cabeza... Volved a tomar vuestra realeza.

SAÚL. — ¡No!, ¡no! Hasta esta noche, os la dejo... Naturalmente, volveré a tomarla para dormir... Pero ahora permaneced así con la púrpura, y mientras no viene nadie imaginaos que estáis dominando a muchos. *(David hace un movimiento. Saúl se vuelve hacia Jonatás.)* ¡Ah, no cabe duda, estáis reinando! *(A David.)* Os esperaba para un poco más tarde, David; pero lo mismo da, quedaos... Sí, es el joven rey, que está ensayándose... Yo pensaba que en estos momentos no reinaría sobre nadie, pero vos estáis aquí. Así, adiós: os dejo con su realeza. *(Se aparta por la derecha. Aparte:)* Estoy contento de que me

haya visto sin corona; lo imponía demasiado. *(David y Jonatás, inmóviles, esperan que haya salido Saúl.)*

ESCENA IV

Jonatás, David; luego Saúl, escondido.

JONATÁS. — ¡Daúd!

DAVID. — ¡Oh, mi joven rey triunfante! ¡Qué hermoso estáis bajo la gloria! ¡Ojalá fuerais Saúl y, llamado por vos, yo cantara para vos admirables cánticos... o me quedara a vuestro lado a contemplaros sin decir nada!... O me prosternara, como lo estoy haciendo, a vuestros pies... *(Luego, se levanta, ríe, se lanza hacia Jonatás y le abraza.)*

SAÚL *(abriendo la cortina de la izquierda).* — ¡Despacito!, ¡despacito!

JONATÁS. — ¿Por qué te ríes, David, cuando yo estoy horriblemente pálido y ves que voy a llorar? Poco falta para que sea yo quien vaya a caer de cansancio a tus pies.

DAVID *(ha retrocedido).* — ¡Jonatás!

JONATÁS *(se levanta y se adelanta).* — Sopesa esta corona. ¡Qué peso!, ¿eh?

SAÚL *(escondido).* — El puesto es bueno... ¡Oh!

JONATÁS *(entrega la corona a David).* — Me ha lastimado la frente... ¡David, estoy enfermo!... ¿No es verdad que pesa mucho?... ¡Oh, vamos, póntela! *(La pone en la frente de David.)*

SAÚL. — ¡Oh, yo no hubiera debido ver esto!...

JONATÁS. — ¡Qué bien te sienta!... Pero, díme, ¿no es verdad que es pesada?

SAÚL. — ¡Oh! ¡David!... ¿Cómo... tú serías...?

DAVID. — ¡Mi buen Jonatás!... Yo quisiera encontrarla más pesada... Pero, ¡qué débil debes de estar!

JONATÁS. — Es verdad que ya no parece pesar, sobre tu frente... Daúd.

SAÚL. — ¡Y serías tú! ¡Jonatás! *(Cae de rodillas y solloza medio envuelto en la cortina.)*

DAVID. — ¿Pero qué...? ¿Te encuentras mal, Jonatás? Estás pálido y sudando...

JONATÁS. — Esta púrpura me ahoga... Este cinturón... esta espada me pesa; conservo el recuerdo del peso de la corona sobre mi frente. ¡Ah, Daúd, quisiera dejar caer al suelo estas realezas!... Quisiera tenderme en el suelo y dormir... ¡Ah, ojalá fuera como tú, cabrero, desnudo bajo una pelliza de oveja, en el aire libre!... ¡Qué hermoso eres, David! Yo quisiera pasearme contigo por la montaña. De mi sendero, tú separarías todas las piedras; al mediodía nos bañaríamos los pies cansados en el agua fresca, luego nos acostaríamos en las viñas. Tú cantarías. Yo te exageraría mi amor.

SAÚL *(que ha seguido todo esto como si él mismo lo dijera)*. — Sí.

JONATÁS. — Llegaría el anochecer; tú, que eres fuerte, toma, coge la espada. Tú me defenderías contra los animales. ¡Yo quisiera descansar junto a tu fuerza! ¡Ah!, ¡me ahogo!... Toma, coge la púrpura... Desabrocha este manto. *(Ayuda a David a que se lo quite.)*

SAÚL. — ¡Ah, yo no debiera ver...!

JONATÁS. — Tus hombros parecen más blancos así... Y mi cinturón...

SAÚL. — ¡Ah! Yo no... Me estoy macerando.

JONATÁS. — No sé si es de alegría, o de frío, o de angustia de fiebre, o de amor, pero ahora siento escalofríos con mi única túnica de lino.

SAÚL. — ¡Qué hermoso es con la púrpura!... ¡Daúd! *(como si lo llamara en voz baja.)*

DAVID. — ¡Jonatás! Estás más hermoso con tu blanca túnica que bajo tus atavíos reales... Yo no conocía tu elegancia, ni cuánta gracia ha dado la debilidad a tu cuerpo.

SAÚL. — ¡Ah!

DAVID. — Jonatás, por ti he bajado de la montaña, donde tu frágil flor se hubiera marchitado bajo el sol demasiado ardoroso... ¿Lloras? ¿También yo voy a llorar de ternura? ¿Tiemblas? ¿Vacilas? Consuela tu debilidad entre mis brazos...

SAÚL. — ¡Ah! Esto no... Esto no...

JONATÁS *(desfalleciendo)*. — ¡Daúd!

SAÚL *(arrastrándose como loco, en voz baja)*. — ¿Y Saúl, entonces?... ¿Y Saúl?

JONATÁS *(asustado)*. — Escápate, David, escápate. *(David, tan pronto como ha aparecido Saúl, abandonando dolorosamente a Jonatás, huye, no demasiado deprisa, arrojando tras sí, con horror, los atavíos reales. Jonatás cae desmayado.)*

DAVID. — ¡Desgraciado!, ¡desgraciado!, ¡desgraciado!

SAÚL. — ¿Y Saúl? *(Mirándole huir con estupor, sin decir nada se acerca a Jonatás, se arrodilla junto a él, le toma el brazo.)* ¡Está demasiado flaco!... ¡Vamos, Jonatás!... Háblame. ¡Soy yo, mira! Te he dado miedo, ya lo sé. pero no te detesto... *(Con repugnancia, soltando el brazo que tenía.)* ¡Ah, es más débil que una mujer! *(Inclinado hacia él.)* ¡Es el amar a David lo que te hace palidecer! *(Corre hacia la derecha, llama.)* ¡David! Aún corre. ¡Como si le tocara a él tener miedo! *(Corre hacia la izquierda, descorre la cortina.)* ¡Eh! ¡Venid! ¡Venid!

ESCENA V

La habitación de Saúl.

SAÚL *(entra conversando con el Sumo Sacerdote).* — ¿Así que no queda ni uno?... ¿Ni el más pequeño hechicero?

EL SUMO SACERDOTE. — Su Majestad sabe muy bien que se les ha suprimido a todos según sus órdenes.

SAÚL. — No te pregunto esto. Yo te pregunto si no se te habrá olvidado tal vez alguno insignificante.

EL SUMO SACERDOTE. — Ni uno.

SAÚL. — No es para castigar, compréndeme... Al contrario. ..quisiera que hubieran olvidado... Yo busco... uno... *(El Sumo Sacerdote calla.)* Es igual... Véte. *(El Sumo Sacerdote se retira.)* ¿Qué hacer? ¡Nada!, ¡nada! El más pequeño adivino sabría más. *(Corre bruscamente hacia la puerta.)* ¡Eh, Sumo Sacerdote! ¡Sumo Sacerdote! *(Éste reaparece.)* ¿Y tu Dios? ¿Calla todavía?

EL SUMO SACERDOTE. — Todavía.

SAÚL. — ¡Esto ya pasa de la raya! ¿Qué le he hecho yo? ¡Vamos, habla, sacerdote! ¿Por qué calla ahora? Haría falta explicarse, al final... ¡Ah, yo quisiera justificarme ante él! Yo soy el inculpado; tú, mi juez: interroga.

EL SUMO SACERDOTE *(durante la escena, completamente aturdido de espanto).* — ¿Qué?

SAÚL. — (¡Qué estúpido es!) ¿Es que puedo saberlo yo? Pregúntame si he vivido con mujeres de otros...

EL SUMO SACERDOTE. — Sí.

SAÚL. — ¿Cómo sí? Te digo que me preguntes si he tomado conmigo a mujeres de otros. ¿Me preguntarás o no? ¡Desgraciado, yo te...! *(Blande su jabalina.)*

EL SUMO SACERDOTE *(temblando)*. — Te pregunto si has vivido con mujeres de otros.

SAÚL. — ¡No; yo no he vivido con mujeres de otros! ¿Lo oyes? Ya sabes que no he vivido con mujeres de otros. *(Repentinamente apaciguado.)* ¡Vamos! ¡A prisa! Sigue preguntando.

EL SUMO SACERDOTE. — ¿Preguntando qué?

SAÚL. — Pregúntame... ¡En fin, tú debes saberlo! Hay aquello de los Mandamientos.

EL SUMO SACERDOTE. — Hay los Mandamientos.

SAÚL. — Pues bien, dílos, tus Mandamientos... ¿Qué esperas?... Empieza.

EL SUMO SACERDOTE *(recitando)*. — Yo soy el Eterno, tu Dios, que te hizo salir del país de Egipto, de la mansión de servidumbre...

SAÚL. — Y date prisa, porque aguardo al barbero.

EL SUMO SACERDOTE. — Tú no tendrás otro Dios delante de mi faz.

SAÚL. — No, de esta manera no. Interroga.

EL SUMO SACERDOTE. — ¿Te has hecho imágenes talladas o representaciones de cosas que están en lo alto de los cielos, que están aquí abajo en la tierra o en las aguas más abajo de la tierra? *(Saúl se encoge de hombros con impaciencia.)* ¿No te has prosternado ante ellas y no las has adorado? Pues yo soy el Eterno, tu Dios, un Dios fuerte y celoso *(Saúl bosteza)* que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera o cuarta generación de los que me odian, y que...

SAÚL *(aliviado)*. — ¡Ah, ya llega el barbero!... Continuarás en otro momento. *(El Sumo Sacerdote sale.)*

ESCENA VI

Saúl, el barbero.

SAÚL. — ¡Ya estás aquí, barbero de mi corazón! Enciende las antorchas; ya no se ve. *(El barbero arregla las antorchas y sus instrumentos. Saúl, aparte.)* ¡Tanto como quisiera saber que no es a David a quien tengo que temer! No puedo... ¡No puedo detestarlo!... ¡Quiero gustarle! *(El barbero indica que está a punto.)* Te he hecho llamar para cortarme la barba.

EL BARBERO *(en el colmo del estupor).* — ¡Cortar la barba!

SAÚL. — Sí, la barba. Está visto que me envejecía. Ya es hora de que tome un aspecto un poco más joven... Esto me remozará, ¿no?

EL BARBERO. — ¡Qué duda cabe! Pero pareceréis menos respetable.

SAÚL. — No me interesa parecer demasiado respetable. Vamos, ¿estás listo? ¡Te aguardo!

EL BARBERO. — Pero, ¿es en serio lo que dice el rey?

SAÚL. — Óyeme, barbero, ¡así que te parece que tengo cara de bromear! *(Ríe.)* Sí, pero ya verás cómo bromearé mejor sin mi barba... ¡Anda! En serio, córtala.

EL BARBERO *(empieza la operación).* — ¡Una hermosa barba!... Es una lástima.

SAÚL. — ¡Bah! Me ocultaba. Hay que saber decidirse bruscamente. Díme, barbero, ¿cómo me encuentras?

EL BARBERO. — Cansado.

SAÚL. — ¡Ah!

EL BARBERO. — Se ve que Su Majestad trabaja mucho.

SAÚL. — Sí; aun he tenido que trabajar durante toda la noche.

EL BARBERO. — ¡Ah! Ahora que la reina ya no está aquí, Su Majestad debe ocuparse mucho más de los importantes asuntos del reino.

SAÚL. — Hay asuntos más importantes que los del reino... y que no conciernen más que a mí.

EL BARBERO. — ¡Claro que sí!

SAÚL. — ¿Qué?

EL BARBERO. — Digo: ¡Claro que sí!... Quiero decir que está claro... Es decir, por supuesto que estos asuntos sólo conciernen al rey, y que incluso por esto está tan cansado... por estar siempre obligado a guardarlo todo para sí. Quizá, también, Su Majestad se preocupa demasiado por ciertas cosas... Es verdad que los filisteos...

SAÚL *(interrogativo)*. — ¿Los filisteos?

EL BARBERO *(terminando)*. — Vuelven.

SAÚL. — ¡Ah!, ¡vuelven!

EL BARBERO. — El rey sabe muy bien que se dice que vuelven.

SAÚL. — Ya lo sabe... Ya lo sabe; pero...

EL BARBERO. — Pero... si me atreviera a hablar... ¿El rey busca un hechicero?

SAÚL. — ¡Ah! ¿Tú sabes...?

EL BARBERO. — Sí.

SAÚL. — ¿Y cómo?

EL BARBERO. — ¿Qué importa?

SAÚL. — ¿Tú conoces...?

EL BARBERO. — ¡Chist!... ¡Oh, mis tijeras! *(Las deja caer.)* ¡Chist!, ¡un momento! ¡Ya está! ¡Des-co-no-ci-do! ¡Rejuvenezco al rey en diez años!

SAÚL *(ansioso)*. — ¡Vamos, habla! ¿Tú conoces...?

EL BARBERO. — Sí.

SAÚL. — ¿Un hechicero?

EL BARBERO. — No: una hechicera.

SAÚL. — ¿Dónde?

EL BARBERO. — En Endor.

SAÚL. — ¡Ah!, ¡la pitonisa!... ¿Pero cómo la había olvidado?

EL BARBERO. — ¡Cómo! ¿También la conocéis?

SAÚL. — La que habla con los muertos... Sí, la vi en otro tiempo. La había olvidado. Es extraordinario cómo la había olvidado... Pero ella me conoce. Bueno, ¿dices que estoy desconocido?

EL BARBERO. — Que el rey tome el espejo: ya he terminado.

SAÚL. — Sí... No estoy mal así. ..¡Oh, esta arruga!

EL BARBERO. — La barba la tapaba un poco... ¿Debo probar...?

SAÚL. — No; déjalo. Déjame. *(El barbero sale.)* ¡Desconocido! Esta vez mi pasión sirve mi interés! Iré allí. *(Va a la ventana, que abre.)* El cielo está encapotado. Se prepara una tormenta horrorosa. Toda la arena del desierto está levantada. ¡No importa! *(Se aleja de la ventana. Deja la púrpura y se cubre con un viejo manto.)* ¡Desconocido de verdad! *(Como repasando una lección.)* Tengo que desconfiar de alguien. *(De rodillas.)* ¡Dios mío, haced que no sea de David! No puedo... no puedo... *(Se levanta.)* ¡Bah!, hace demasiado tiempo que no he orado; y además, cuando oraba, era lo mismo. Lucharemos. No me toca a mí volver atrás. Él ha sido el primero en apartarse. ¡Me gustaría tanto saber... que no es David! *(El viento de la ventana apaga las antorchas.)* ¡Ah, el viento!... ¡Vámonos! *(Saúl sale.)*

ESCENA VII

La escena representa el interior de una cueva no muy vasta; en el fondo, a la izquierda, la entrada; hacia la derecha, un hogar que ilumina débilmente la cueva.
La hechicera, luego el rey Saúl.

LA HECHICERA DE ENDOR. — Todavía estos cuatro panes, estas raíces... y después, hechicera de Endor, última vidente de Israel, como una llama enferma, agotada, apágate... Aquellos a quienes pido limosna se dicen buenos conmigo porque no me denuncian al rey; callan; pero ya no me dan de comer... Rey Saúl, ¿por qué habernos suprimido a todos? Un día, sin embargo, ¿te acuerdas?, hijo de Kis, aún sin corona, tú viniste hacia mí, cabrero de los rebaños de tu padre; buscabas en vano por el desierto algunas burras extraviadas; fué entonces cuando yo, la primera, te pronostiqué la realeza. ¡Y es desde aquel día, rey Saúl, que pretenden que tú profetizas! ¿Qué cuentan tus profecías? ¿Es que tus labios también se estremecen y no pueden cerrarse bajo el horrible peso del futuro? ¿Qué porvenir transpira a través de ti que quieras ser el único en conocerlo, ya que haces matar a los hechiceros? ¡Vamos!, que se callen en el sepulcro! Pero tú, rey Saúl, ¿tú callas? En cuanto a mí, ya me voy, gastada; como sobre el brocal de una fuente, sedientos de desconocido, los hombres se agachaban hacia mis labios, de donde se escurrió la profecía. Y los hombres no me han amado porque hubieran querido que predijese cosas dichosas y porque yo predecía más allá de la dicha. Y ahora pienso que no está bien que

el hombre sepa el porvenir, pues ninguna alegría del hombre es más duradera que el tiempo de decir "yo soy dichoso"; y hay que apresurarse a decirlo, porque para decir "yo era dichoso" se dispone de todo el tiempo restante, y la dicha del hombre es ciega...

Tengo frío. ¡Qué tiempo más horroroso! Todos los sapos de los alrededores han venido a refugiarse en mi cueva; la lluvia rebosa y el viento sopla, tan glacial que afuera he pensado extinguirme, aun antes de morirme de hambre. Nunca me había sentido tan desfallecida. Con este tiempo, ¿quién, pero quién, tan atormentado por el porvenir, habrá podido ponerse en camino? Tres veces he dudado de ello, pero cuatro veces la llama ha repetido su señal: alguien viene. Y, sin embargo, yo me creía ignorada. Preparémonos para recibir. ¡Vamos, última antorcha de Israel!, echemos para el desconocido que se acerca una última luz expirante... y luego, que caiga el telón levantado por la última vez, que vuelvan a cerrarse sobre su secreto las bocas entreabiertas de los muertos. Para siempre... para siempre jamás. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Ya se acerca... *(En este momento, la hechicera, arrodillada, se inclina por encima del caldero, de donde parecen salir vapores; agita la cabeza y su torso y habla de una manera cada vez más jadeante y exaltada. Parece que ve en el agua del caldero, como en un espejo, todo cuanto relata su monólogo.)*

Ya se acerca el desconocido, que conoce el camino: ni siquiera lleva una antorcha... Siento caer sobre mí, ¡ay!, el cansancio de su carrera por la montaña. ¡Ah!, de su carrera; resbala por el sendero lleno de agua de la montaña; el viento que sopla, sopla en su manto; el cansancio... ¡Ah, creo que ya voy a morir! Miserable, una pobre mujer, vieja como las angustias del mundo, qui-

siera morir sin ser molestada... ¡Se acerca, se acerca el desconocido! ¡Ah, cómo le desgarran las zarzas! Su cabeza está descubierta: parece tan mortalmente cansado como yo misma. ¡Miserable! Miserable, ¡ah!, como yo. El desconocido cae de rodillas. ¡Ah, está orando! No, se incorpora; corre, corre por el sendero de la cueva; tiene una jabalina en la mano... ¡Compasión para mí! Yo estoy sin fuerza alguna; ya oigo sus pasos. ¡Aquí!, ¡aquí! *(Cada vez más azorada, la hechicera ha levantado la cabeza. En el momento en que dice "¡aquí!", mira alrededor suyo de manera de dar a entender que los dos focos de visión —real e imaginario— se han reunido.)* ¿Voy a morir? *(En voz cada vez más alta, y al final terminando con un grito:)* ¡Compasión por mí! ¡Compasión! ¡Compasión! *(Aparece Saúl.)* ¡Saúl!

SAÚL *(en el umbral de la cueva, vestido con un grosero manto de sayal; el aspecto trastornado; los cabellos, llenos de lluvia, sobre la frente. Desolado).* — ¡Ah! ¿Me reconoces? ¡Y, sin embargo, no tengo el aspecto de un un rey!

LA HECHICERA *(con la cara en el suelo).* — ¡Compasión, Saúl! ¡Compasión por mí, tan miserable!...

SAÚL. — ¿Es que yo soy menos miserable que tú?

LA HECHICERA. — ¡Compasión, Saúl, por mí, que voy a morir!

SAÚL. — ¡No tengas miedo de mí, pitonisa! No he venido a probarte. He venido para implorarte, y no para que tú me implores... *(Se coge la cabeza con las manos.)* Mi angustia es insoportable.

LA HECHICERA. — ¿Es el rey Saúl quien habla así?

SAÚL. — Sí, es Saúl. No, no es el rey... ¡Ah!, ¿por qué, por qué, pitonisa, me pronosticaste un día la realeza? ¿Te acuerdas de cuán hermoso era sin corona? ¡El más

insignificante pastor de las montañas (¡yo era uno de ellos!) tiene más realeza en su aspecto que la que me ha dado toda mi púrpura coronada! Conozco a uno que, en cuanto se adelanta, domina... En cuanto a mí... *(Cae sentado en una piedra.)* Estoy cansado.

LA HECHICERA *(después de levantarse).* — Saúl... *(Como compadeciéndose, y no sabiendo qué decir.)* Con este tiempo, el camino era duro.

SAÚL. — ¿Este tiempo?... ¿Es que llovía? *(Se palpa el manto mojado.)* ¡Sí! Tengo frío... Ven más cerca de mí; necesito ser consolado.

LA HECHICERA *(toca la frente de Saúl con gran ternura).* — ¡Saúl!

SAÚL. — ¿Qué?

LA HECHICERA. — Nada... Tengo piedad de ti, rey Saúl.

SAÚL. — ¡Ah! ¿Piedad?... ¡Es verdad que doy lástima, pitonisa! Hace noches que... *(Parece tambalearse en su asiento.)* ¡Ah, desfallezco! Noches y noches que busco y consumo mi alma buscando...

LA HECHICERA. — ¿Buscando qué?... ¿El porvenir, Saúl?

SAÚL *(como profeta).* — Tormentos incomparables de mi alma... *(Reprimiéndose.)* No siempre estoy tan débil como esta noche; algunos días parezco aun razonable. Pero el camino para venir me ha matado... No había querido comer nada esta noche.

LA HECHICERA. — Tengo algunos panes... ¿quieres?

SAÚL. — No, todavía no. Mi alma tiene más hambre que mi carne... Pero habla, pitonisa. ¿Puedes hacer venir a un muerto?

LA HECHICERA *(apenada).* — ¡Un muerto... quieres! ¿Pero cuál?

SAÚL. — ¿Cuál?... Samuel.

LA HECHICERA *(espantada).* — ¡Es demasiado grande!

SAÚL. — ¿No soy yo Saúl?

LA HECHICERA. — Sé obedecido. Aún dominas. *(Se acerca al hogar y hace gestos y movimientos propios para hacer venir a un muerto.)* ¡Mira! ¡Ya se agita la llama! Apártate.

SAÚL *(de pie, tiene su manto delante de la cara, de manera que sólo esté oculta la aparición y que los espectadores puedan verle a él).* — ¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel!... Heme aquí. Llamo y temo tu temible aparición. ¡Háblame! Que una palabra tuya me abrume... me abrume o me alivie; ya no puedo con mi incertidumbre, y mi inquietud es más dura que cualquier palabra tuya... ¡Pitonisa! ¡Pitonisa! ¿Qué ves?

LA HECHICERA. — Todavía nada.

SAÚL. — No me atrevo a mirar... Mi alma dentro de mí parece retozona y ligera y como si yo fuera a cantar. Estoy desfalleciendo. ¡Pitonisa! ¡Pitonisa! ¿Qué ves?

LA HECHICERA. — Nada... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!... Veo un dios que sube de la tierra.

SAÚL. — ¿Qué figura tiene?

LA HECHICERA. — Es un anciano que sube; va envuelto con un manto.

SAÚL *(se prosterna).* — ¡Samuel!

LA SOMBRA DE SAMUEL. — ¿Por qué me has turbado en mi sueño?

SAÚL. — Me encuentro en una gran aflicción. Los filisteos me hacen la guerra... y Dios se ha apartado de mí.

LA SOMBRA DE SAMUEL. — ¿Por qué me consultas, si el Eterno se ha apartado de ti y se ha vuelto tu enemigo?

SAÚL. — ¿A quién consultaría sino a ti? Él no me ha contestado ni por los sacerdotes ni por los sueños. ¿Quién me dirá lo que ahora tengo que hacer?

LA SOMBRA DE SAMUEL. — ¡Saúl! ¡Saúl! ¿Por qué siempre mientes ante Dios? Muy bien sabes que del fondo de tu corazón se alza otro pensamiento. No son los filisteos los que te inquietan, y no es esto lo que venías a preguntarme.

SAÚL. — Entonces habla, Samuel; tú, que conoces mi secreto mejor que yo mismo. De todas partes el temor ha acometido mi alma; ya no me atrevo a mirar mi pensamiento. ¿Cuál es?

LA SOMBRA DE SAMUEL. — ¡Saúl! ¡Saúl! Hay otros enemigos que no son los filisteos para someter; pero tú das acogida a lo que te daña.

SAÚL. — Someteré...

LA SOMBRA DE SAMUEL. — Es demasiado tarde, Saúl. ¡Ahora es a tu enemigo a quien Dios protege! Antes de que fuera concebido en el seno de su madre, Dios ya se lo había escogido. Es para prepararte a esto por lo que le acoges.

SAÚL. — ¿Pero, así, cuál era mi falta?

LA SOMBRA DE SAMUEL. — El acogerle.

SAÚL. — Pero ya que Dios le había escogido...

LA SOMBRA DE SAMUEL. — ¿Tú crees que Dios, para castigarte por ello, no había ya conocido desde lejos las últimas vacilaciones de su alma? Él ha puesto tus enemigos delante de tu puerta; ellos tienen tu castigo en sus manos; detrás de tu puerta mal cerrada, ellos te esperan; pero están invitados desde hace mucho tiempo. También tú experimentas en tu corazón la impaciencia de esta espera: lo que tú llamas temor, bien sabes que es deseo.

Ahí lo tienes: ahora los filisteos de que hablabas ya

se preparan. Dios entregará todo Israel entre sus manos. *(Saúl cae al suelo tan largo como es.)* La realeza será para ti como una púrpura que se desgarra, como el agua que huye de los dedos mal cerrados de tu mano...

SAÚL *(suspirando).* — ¿Y Jonatás?

LA SOMBRA DE SAMUEL. — Jonatás ya no tendrá ni una gota para beber, ni un pedazo de púrpura para cubrirse... ¡Ah!, desgraciado Saúl, ¿qué hará de ti el porvenir si su anuncio ya te agobia?

SAÚL. — ¡Dios Eterno de los ejércitos!; mi porvenir está en vuestras manos poderosas... *(Cae sin conocimiento.)*

LA SOMBRA DE SAMUEL. — ¡Sí, desgraciado Saúl!, que matas a los videntes y suprimes a los que explican los sueños, ¿piensas matar el porvenir? Ahí lo tienes: tu porvenir ya se ha puesto en marcha; lleva una espada en la mano. Tú puedes matar a los que lo miran, pero no le impedirás que avance. Ya avanza, Saúl, ya avanza; ya es tan grande que no puedes impedir a nadie que lo vea.

¿Por qué, si no puedes oírme, haberme pedido que apareciera? Mi palabra, que ahora has provocado, continuará: en adelante no dejará de extenderse; si ahora suprimieras a los profetas, las mismas cosas tomarían una voz; y si te negaras a oírla, tú mismo profetizarías.

Dentro de tres días los filisteos te librarán batalla y la flor y nata de Israel sucumbirá. ¡Mira!, la corona ya no está sobre tu cabeza. Dios la ha puesto sobre la de David. Mira, el mismo Jonatás ya la pone... Adiós, Saúl; tu hijo y tú, los dos, pronto vendréis a reuniros conmigo... *(La sombra desaparece.)*

LA HECHICERA *(débilmente).* — Yo aun más pronto, Samuel. *(Silencio.)*

SAÚL *(como despertándose).* — Tengo hambre.

LA HECHICERA *(está arrodillada junto a Saúl tendido).* — Saúl.

SAÚL *(incorporándose).* — Soy yo. Tengo hambre. Vamos, mujer; ya ves que hace falta tener piedad del rey. Está enfermo. Dale algo de comer...

LA HECHICERA. — ¡Pobre Saúl! Había guardado estos panes; tómalos.

SAÚL *(inconsciente).* — Oye: ¿quién era el que hablaba hace un momento? *(Se emociona.)* Mujerona, ¿con quién hablabas? ¡Anda!, ¿qué he venido a hacer yo aquí? Contéstame en seguida: ¿no eres la hechicera de Endor?...

LA HECHICERA. — ¡Pobre Saúl!

SAÚL. — ¡La hechicera! ¡No! ¡No! ¡Todos los hechiceros están muertos! Saúl ha hecho matar a todos los hechiceros. La hechicera de Endor está muerta... *(levantándose)* o va a morir.

LA HECHICERA *(siempre arrodillada).* — ¡Ah!, sin que tú la toques, Saúl; pronto se morirá. Déjala...

SAÚL *(completamente despierto, con una agitación creciente).* — ¿Con quién hablabas?... ¿No era con...? ¿Quién te ha permitido llamar a Samuel?...

LA HECHICERA. — ¡Desdichado!

SAÚL. — ¡Ah!, yo suprimiré lo que ha dicho... ¡Lo que ha dicho quiero suprimirlo en tus oídos!... Yo mismo ya casi no me acuerdo.

LA HECHICERA. — ¡Desdichado!

SAÚL. — Pero... no lo he oído todo... *(Volviéndose furiosamente contra la hechicera.)* ¡Ah, desgraciada!, ¡vas a hablar!... ¡Ahora lo recuerdo todo! Yo he caído... ¿Qué ha dicho él? ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

LA HECHICERA. — ¡Desdichado!

SAÚL. — ¡Ah!, ¡ah!, ¡hablarás, hechicera? ¿Samuel ha nombrado? Díme... habla... ¿ha nombrado a alguien?

LA HECHICERA. — ¡Compasión!

SAÚL. — Más...

LA HECHICERA. — ¡Compasión, Saúl!

SAÚL. — Que a mí...

LA HECHICERA. — Compasión por mí.

SAÚL. — Y a Jonatás para...

LA HECHICERA. — ¡No!

SAÚL. — ¡Ah, vamos! ¡Ahora lo sabes todo! ¿Para sucederme en el trono?

LA HECHICERA. — ¡No!

SAÚL. — ¡Mientes!... ¡mientes!... ¿Te ha dicho que yo amaba a alguien?...

LA HECHICERA. — ¡Saúl!

SAÚL. — ¿Sí?... lo sabes todo... ¿a David?

LA HECHICERA. — ¿Por qué le has nombrado?

SAÚL. — ¡No!, ¡no! ¡No lo digas! ¡No, no! *(Golpea a la hechicera con la punta de la jabalina.)*

LA HECHICERA. — Me has herido.

SAÚL. — ¡No!, ¡no, que no!; vamos, no era más que un golpecito de jabalina; habla, termina, díme que no era él.

LA HECHICERA *(apoyada en un brazo. Saúl inclinado).* — ¡Saúl!, me has herido mortalmente. ¡Saúl!, ¡yo iba a morir!; ¿por qué no me has dejado? Mira, mi sangre pálida corre por tu manto...

SAÚL. — ¡No!, ¡no!, no te he hecho daño. Anda, ¡habla! Ya puedes esperar un instante para morir. *(Suplicando.)* ¡Ah!, contéstame.

LA HECHICERA. — Deja que mi alma, ¡ah!, se duerma tranquila, está calmada.

SAÚL. — No, todavía no.

LA HECHICERA. — Rey Saúl...

SAÚL. — ¿Qué

LA HECHICERA. — Rey deplorablemente dispuesto a la acogida, ¡cierra tu puerta!

SAÚL. — ¡Ah!, contéstame: ¿te ha nombrado?...

LA HECHICERA. — Deja que mi alma, dulcemente, se hunda...

SAÚL *(cogiéndose la cabeza con las manos).* — ¡Ah!

LA HECHICERA. — ¡Rey Saúl!...

SAÚL *(con un último destello de esperanza).* — ¿Qué?

LA HECHICERA *(agonizando).* — ¡Cierra tu puerta! ¡Cierra tus labios!; tapa tus orejas y que el perfume del amor...

SAÚL *(sobresaltado).* — ¿Qué?

LA HECHICERA *(con esfuerzo).* — ...No encuentre más el acceso de tu corazón. Todo cuanto te es encantador te es hostil... ¡Líbrate! Saúl... Saúl... *(Muere.)*

SAÚL *(se inclina cada vez más a medida que la voz se apaga como si esperara aún una nueva revelación).* — ¿Qué?... Está muerta. *(Mira alrededor suyo; el hogar se ha apagado, la cueva se ha vuelto muy oscura.)* ¿Así, en adelante, voy a agitarme solo entre las tinieblas? *(Quiere salir y anda a tientas.)*

ESCENA VIII

La gran sala del primer acto; las cortinas de los dos lados están corridas herméticamente. Saúl, como rey, está sentado en el trono (púrpura, corona y jabalina). David, no lejos, en un escabel o simplemente en el suelo, toca el arpa delante del rey.

DAVID

...Alrededor tuyo los hombres piadosos aplauden
Los enemigos emprenden la huida.
El Eterno protege al rey.

Y he aquí el nuevo cántico que he compuesto para Saúl:

...Palabras llenas de encanto, corred, rebosad de mi corazón.
Yo canto. Mi canto es para el rey.
Que sea como el de un hábil escritor.

(Pausa.)

¡Despiértate, laúd mío!
¡Despertaos, mi laúd y mi arpa!
Que mi canto despierte la aurora...

(Pausa.)

¡Rey Saúl!, sube a tu carro,
¡Defiende la verdad, la dulzura y la justicia!
¡Sube a tu carro, rey Saúl!

(Pausa.)

Todos los guerreros están esperando...
Mientras esperan, los filisteos se alegran:
Saúl duerme, ¡Saúl no aparece!...

(Pausa.)

Sube a tu carro, valiente rey,
Por miedo de que triunfen los enemigos de Dios;
Por miedo a que se alegren.

(Pausa.)

¡Saúl! ¡Saúl!, despiértate:
Mi laúd resonante te acompaña
Tu diestra se señala por nuevas hazañas.

(Pausa.)

¡Valiente guerrero!, ciñe tu espada,
Tus galas y tu gloria.
Sí, ¡tu gloria!

SAÚL *(un poco molesto al principio, bostezando después, hace un gesto para que David acabe).* — ¿No sabes algo más alegre?

DAVID. — ¿Más alegre?

SAÚL. — Sí. Te sorprende; es porque no conoces bien quién soy... ¡Vamos!, ¡deja tu arpa, David!, hablemos. Estamos aquí para distraernos. Díme, ¿qué es lo que parezco, David?

DAVID. — Un rey.

SAÚL. — No; no comprendes mi pregunta. Quiero decir: ¿qué encuentras sobre todo en mí de notable?

DAVID. — La realeza.

SAÚL *(incomodado, luego cambiando).* — ¡Ah!... ¿incluso sin barba?

DAVID. — Sin barba un poco menos.

SAÚL. — Es porque me ven mejor que parezco menos rey. Sí. Por esto me hice cortar la barba; me sentía menos rey de lo que parecía... mientras que ahora... díme que me prefieres así.

DAVID. — Yo prefiero al rey.

SAÚL. — No, David: ahora te parezco más joven y lo soy; al envejecerme ante tus ojos, la barba no podía gustarme, esta barba real... Por ti la hice cortar... David... *(David, molesto, vuelve a tocar el arpa. Saúl, furioso, dispuesto a golpearle.)* ¡David! *(Gesto de David.)* ¡No te vayas! Estaba bromeando. Yo quiero... Sigamos hablando, David, díme: ¿Es que ruegas a Dios, alguna vez?

DAVID. — Sí, rey Saúl, a menudo.

SAÚL. — ¿Por qué? Él nunca atiende las oraciones.

DAVID. — ¿Qué es lo que puede pedir el rey, que nunca sea atendido? ¿Qué puede pedir un rey?

SAÚL *(vacilando sobre lo que va a contestar, luego bruscamente).* — ¿Y tú? ¿Qué es lo que le pides?

DAVID *(confusamente).* — No llegar a ser nunca rey.

SAÚL *(furioso al principio, salta sobre David, que no se mueve; luego, inclinado hacia él, en voz más baja).* — ¡David! ¡David!; ¿quieres que nos unamos contra Dios? David, si fuera yo quien te la diera, la corona... *(Mira fijamente a David; luego, turbado por su triste extrañeza, su espanto, se decide por romper a reír.)* ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, ya ves que un rey sin barba puede bromear. *(Vuelve a subir y a sentarse en el trono; furiosamente:)* ¡Basta!, yo no quiero ser el único que bromee. ¡Por el Eterno!, me has tomado en serio, creo... ¡La corona! ¡David! ¡Tú quisieras la corona! ¡Ah!, ¡ah!; ¡bueno!, ¡bueno! ¡Y Jonatás! ¿Es que ya no piensas más en el débil Jonatás? *(David, abrumado, quiere salir.)* ¡Anda!, ¡helo aquí que aún quiere marcharse! ¡Pajarito salvaje! Así, pues, nada puede enjaularte... ¡Entonces, canta! ¡Vamos, David!, algo alegre. *(Gesto de David.)* ¡No!, nada alegre; ¡tú no sabes nada alegre! Bueno, ¡tú nunca haces broma, David!; ¿con tu Jonatás? ¡Nunca! Entonces, toca solamente; por otra parte tu canto distrae mi pensamiento. Uno no puede siempre distraerse. *(David empieza a tocar el arpa y toca hasta el final de la escena.)* ¡Ah! ¡Ah!, este canto de arpa corre por mi pensamiento... Yo también he sabido alabar a Dios, David. Por él canté cánticos; por él en otro tiempo mi boca estaba siempre abierta y mi lengua inmoderadamente agitada; pero, por miedo a hablar, mis labios ahora se han cerrado sobre mi secreto, y mi secreto, vivo en

mí, grita dentro de mí con todas sus fuerzas. *(Saúl se exalta y empieza a hablar como en delirio.)* Yo me consumo permaneciendo silencioso. Desde que callo, mi alma se agota; como un fuego vigilante, su secreto la consume noche y día. *(Pausa con una ligera interrupción de la música.)* ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! ¡Quieren saber mi secreto y yo mismo no lo sé! Mi secreto se forma lentamente en mi corazón... Pero la música lo levanta... Como un pájaro choca con los barrotes de su jaula, él ha subido hasta mis dientes; hacia mis labios salta, salta, ¡y quiere lanzarse fuera!... ¡David, mi alma está incomparablemente atormentada!... ¡Labios míos!, ¿a quién nombraréis? ¡Apretaos, labios de Saúl!; ¡cierra tu manto real, Saúl! ¡Todo en rededor tuyo te asedia! ¡Tapa tus orejas a su voz! ¡Todo cuanto viene a mí me es hostil! ¡Cerraos, puertas de mis ojos! ¡Todo cuanto me es delicioso me es hostil! ¡Delicioso!, ¡delicioso! ¿Por qué no soy cabrero con él, junto a los arroyos? Yo le vería a lo largo del día. ¿Por qué no me he extraviado por el desierto ardoroso, como antaño, ¡ay!, buscando las burras?; ¡yo ardería entre el calor del aire! Entonces sentiría menos ardiente mi alma, que el canto activa y que se lanza de mis labios hacia ti, Daúd delicioso. *(David echa al suelo el arpa, que se rompe. Saúl parece despertarse.)* ¿Dónde estoy? ¡David! ¡David! Pero quédate...

DAVID. — ¡Adiós, Saúl! En adelante tu secreto ya no es sólo intolerable para ti. *(Sale.)*

Acto IV

ESCENA I

Es de noche, pero la escena, bastante estrecha, no está muy oscura; representa un jardín en donde bruscamente viene a terminar una colina; a la izquierda, mana una fuente; la rodean unos cipreses plantados regularmente. Jonatás, Saki, luego David.

Jonatás. — ¿Estás del todo seguro que es aquí? Sí, he aquí la fuente y los cipreses. ¡Saki!, ¡qué bella se presenta la noche en estos parajes! ¡Ah!, si hubiese conocido este jardín, a menudo hubiera venido a él... ¿Y ahora, para subir a esa meseta?

Saki. — ¡Oh!, por fuerza hay que dar un largo rodeo.

Jonatás. — ¡Oh!, es esto... ¡sí, es esto!

Saki. — ¿Qué, príncipe? ¿Qué buscáis?

Jonatás. — Un pájaro, pequeño; es por esto que he tomado mi arco; me han dicho que cada noche volaba por encima de esta fuente, y que se posaba allá... ¡mira! ¿Lo ves? ¿Lo ves?

Saki. — No.

Jonatás. — ¡Mira, mira cómo vuela!; está girando, como si de pronto fuera a posarse.

Saki. — Pero yo no veo absolutamente nada.

Jonatás. — ¡Cuidado!, ya está en tierra... ¡Chist! ¿Cómo? ¿Tú no ves nada? ¡Cerca de aquella piedra

blanca, allá! Mira: fíjate bien donde va a volar mi flecha... ¡Le he dado! Aprisa, corre, ¡corre! Tráeme mi flecha o el pájaro. *(No bien se ha alejado Saki, David sale de detrás de una zarza.)*

DAVID. — ¡Jonatás!

JONATÁS. — ¡Ah! ¡David!, he creído morirme de inquietud! ¡Habla de prisa; sólo tenemos un instante! Saki va a volver... ¿Pero por qué en este jardín? ¿No estábamos mejor en el palacio para vernos?

DAVID. — No, Jonatás. Aquí yo no debo ya ser visto por nadie. Me marcho. Esta noche te digo un adiós.

JONATÁS. — ¡Ah! Daúd... ¡un adiós! ¡Cómo!; ¿así te marcharás? *(Se sienta sin fuerza en el borde de la fuente.)*

DAVID. — ¡Ah! ¡Jonatás!, mi fuerza no me basta para dejarte; también hace falta la tuya. No flaquees. ¡Anímate!

JONATÁS. — Lejos de ti, todo placer me abandona... ¿Así te marcharás?

DAVID. — Debo marcharme... Saúl... *(Vacilando.)*

JONATÁS. — Habla; mi padre...

DAVID. — Ya no tolera mi presencia. Me ha...

JONATÁS. — ¡Te ha pegado!

DAVID. — ¡Sí...pegado!... pegado... Ya conoces su humor irritable. ¡Ah! ¡Jonatás!, levántate. Volveré a verte, Jonatás.

JONATÁS. — ¿Dónde vas? Lejos de ti estoy sin fuerza...

DAVID *(vacilando primero)*. — ¿Dónde voy... ahora? Con los filisteos.

JONATÁS. — ¡Los filisteos!

DAVID. — De prisa, procura comprenderme. Saki va a volver; no quiero que me sorprenda... ¡Si tu padre

lo supiera!... pero todo lo importante está por decir. Escucha: los filisteos se preparan de nuevo. Tu padre está inquieto; yo no sé qué es lo que le conturba, pero su espíritu no está preparado para la guerra y si los filisteos atacan, la derrota es segura para él. Los filisteos atacarán; esto es seguro y por ello yo quiero ponerme a su cabeza; parecerá que lucho en contra tuya, pero si quito la corona a Saúl será para dártela después.

JONATÁS *(como si no hubiera oído nada).* — ¡Los filisteos! Daúd, ¡tú con los filisteos!

DAVID. — ¡Ah!, ¡procura comprenderme!... ¡Jamás!; si pensara que tu padre pudiera vencer; pero ya sabes que una preocupación le absorbe; nada puede distraerle de ella y el desarreglo de su alma se encuentra también en su ejército. Los soldados ahora respingan; Saúl no sabe ponerse a su cabeza.

JONATÁS. — ¿Y yo?

DAVID. — Tú, Jonatás... ¡Ay!, sucumbiríais los dos. ¡Ah!, déjame vencer y por vosotros. Pero escucha, y fíjate bien en lo que voy a decirte. Si ves, al anochecer del segundo día, el otro ejército acampado en lo alto de la colina, de la que está frente a la ciudad, la colina de Guilboa, no temas nada: he aquí lo que tendrás que hacer.

JONATÁS. — Habla: lo que digas, haré.

DAVID. — En el fondo de este jardín, oculta bajo limoneros y zarzas, está la entrada de una cueva muy ancha; yo esperaré allí toda la noche; no temas; no creo que nadie conozca la entrada; ven sin ninguna antorcha que te descubra; el cielo estará puro y la luna rielará esa noche. Aquella no es precisamente una cueva, sino una especie de caverna entreabierta donde vuelve a verse el cielo después de franquear el mal paso. Yo te esperaré;

guiaré tus pasos en la sombra... Hablaremos. Nos diremos cómo debemos... *(Se oye cantar a Saki.)*

JONATÁS. — ¡Ah!, ¿qué? ¡Habla!

DAVID. — Saki vuelve. ¡Jonatás!, ¡hermano mío!, mi alma ha sollozado de amor... ¡Adiós!, no olvides... *(Se aleja, y volviéndose:)* ...Más que mi alma, ¡ah! ¡Jonatás, más que mi alma!

JONATÁS. — Basta, David, ¡basta!, o vas a llevarte mi vida.

SAKI. — ¡Príncipe! El pájaro ha volado; no he podido encontrar más que la flecha.

JONATÁS. — Ven. *(Los dos salen.)*

ESCENA II

Un desierto. Una árida llanura de arena vagamente ondulada. Sol ardoroso. A la izquierda, tendido en una duna, el demonio vestido con un enorme manto pardo que se arrastra y se extiende por el suelo.

Saúl, un demonio negro.

SAÚL *(entra por la derecha, con la cabeza descubierta y un bastón nudoso en la mano; no lleva el manto real; va en cuerpo).* — ¡Cuidado!, bajo este sol es como se evapora la cordura de los reyes. ¿Pero qué es lo que había venido a buscar?... ¡Ah!, las burras... cualquier huella se pierde como agua en el desierto... *(Se agacha hacia el suelo, luego con sobresalto.)* ¡Uf! Una serpiente.

EL DEMONIO *(inmóvil).* — No te hará daño.

SAÚL *(no muy sorprendido).* — ¿Qué?

EL DEMONIO. — Digo que no te hará daño... ¡Va-

mos!, ¡no vas a tener miedo de las serpientes ahora, viejo monarca!

SAÚL. — Este pequeño lisiado me falta al respeto... *(Se acerca para pegarle.)*

EL DEMONIO. — Hay que reconocer, Saúl, que, sin barba, no eres muy respetable que digamos. *(El rey le golpea y le estimula con su bastón.)* ¡Ah!, ¡eso no!, no me hagas cosquillas, me harías reír demasiado. *(Se desternilla. El rey también.)* Rey Saúl, ¿dónde has dejado tu corona? ¿A David?

SAÚL *(se lleva la mano a la cabeza).* — He saltado un poco en el desierto. Se me habrá caído.

EL DEMONIO. — Ten cuidado con el sol del desierto; ya no tienes bastantes cabellos para estar así, sin corona. Toma mi sombrero. *(Le entrega su gorro; el rey se lo pone.)* Rey Saúl, ¿dónde has dejado tu manto? ¿Tu hermoso manto de púrpura, rey Saúl? ¿A David?

SAÚL. — Tenía demasiado calor... Hace mucho calor en el desierto.

EL DEMONIO. — Sí. Pero de noche hace mucho frío en el desierto. Toma mi capa.

SAÚL. — ¿Y tú?

EL DEMONIO. — Yo estoy acostumbrado al desierto.

SAÚL *(lo despoja).* — ¡Vaya!, no me habías dicho que eras muy bello.

EL DEMONIO *(desnudo del todo).* — ¡Oh!, un poco negro quizá...

SAÚL. — No, hombre, no.

EL DEMONIO. — Esto depende de los gustos. *(Saúl se ha puesto encima el enorme manto que se arrastra detrás suyo.)* Oye: ¿y dónde has dejado el cetro?

SAÚL *(maquinalmente).* — A David. Era demasiado pesado. Vale más este bastón, en el desierto.

EL DEMONIO *(alarga la mano).* — Enséñamelo un momento. ¡Pero, rey Saúl! Es una serpiente.

SAÚL. — ¡Anda, guasón! *(Ríe.)* ¡Una serpiente! ¡Una serpiente! ¡Ah, vamos, vamos! ¡Bromas, no! *(El bastón, vuelto serpiente, se escapa.)* ¡Persíguelo! *(El rey se pone a gatas.)*

EL DEMONIO *(que se ha puesto completamente de pie, sobre el montículo).* — Hay que reconocer que ya no tienes muchas trazas de rey, de esta manera. *(Ríe. Saúl vuelve.)* ¿Sabes en qué te he reconocido, Saúl? En tu belleza.

SAÚL *(admirable con su manto de loco, ansiosamente).* — ¡Ah!, ¿lo dices de verdad? Todavía parezco...

EL DEMONIO. — ¡Cuánto tiempo hace que no te había visto! De joven, Saúl, ya viniste aquí, ¿te acuerdas? Era para buscar las burras.

SAÚL *(suspirando).* — ¡Ah!, ¡mis burras!

EL DEMONIO. — ¡Rey Saúl!, ¿dónde dejaste tus burras?

SAÚL. — ¿Tú sabes dónde, díme, lo sabes, tú?

EL DEMONIO *(tirándole de un faldón del manto).* — ¿Quieres venir? Las buscaremos juntos. *(Se alejan detrás de la duna. Se oye:)* ¡Oh, escucha, rey Saúl!, estoy cansado; llévame.

SAÚL *(acariciando).* — ¡Chiquillo! ¡Chiquillo!

ESCENA III

El patio del palacio como en el primer acto. Gente del pueblo se apretuja para ver, pero deja un paso libre, de la entrada de la derecha al trono, por donde va a venir el rey. De lado, a la derecha, el barbero y Joel

observan la muchedumbre y hablan en voz baja. La mayoría están de espaldas al público.

La muchedumbre, luego Saúl y Jonatás.

PRIMER HOMBRE. — ¿Y entonces?

SEGUNDO HOMBRE. — Entonces le condujeron al palacio.

PRIMER HOMBRE. — ¿Todavía cantaba?

SEGUNDO HOMBRE. — ¡Ya lo creo que cantaba! ¡Y también bailaba! No se le podía aguantar.

TERCER HOMBRE. — El príncipe había querido que le pusieran sus vestidos y su corona, pero Saúl saltaba de tal manera que no podía sostenérsela sobre la cabeza. *(Ríen.)*

CUARTO HOMBRE. — ¡Vamos, que es muy desagradable!, una vez que nos escogemos un rey...

QUINTO HOMBRE. — David, en cambio, se escoge él solo.

TERCER HOMBRE. — ¿Pero dicen que no quiere ser rey?

QUINTO HOMBRE. — ¡Vamos, hombre! ¿Quién es el que no quiere ser rey?

SEGUNDO HOMBRE. — ¿Tú quisieras serlo?

PRIMER HOMBRE. — Y qué harías si fueras rey ¿eh?

QUINTO HOMBRE. — Empezaría por echar a la calle a David. *(Ríen.)*

UN SEXTO HOMBRE *(que se acerca, hostil).* — ¿Quién es el que habla mal de David?

TERCERO, CUARTO Y QUINTO HOMBRES. — Nadie habla mal de David.

SEXTO HOMBRE. — Esperad solamente que vuelva, y ya veréis si es a él a quien echarán a la calle, o a Saúl.

VARIOS. — ¡Oh! ¡Saúl!... ¡Saúl!... *(Con el aspecto*

de decir que no vale gran cosa; pero no afirmándolo.)

UN JUDÍO VIEJO *(que se ha acercado al segundo hombre).* — ¿Y qué decía Saúl?

SEGUNDO HOMBRE. — ¿Es que lo sabemos? Gritaba sin saber qué.

TERCER HOMBRE. — Ni siquiera sabe lo que dice.

EL JUDÍO VIEJO. — Hay que escuchar siempre a los profetas.

CUARTO Y QUINTO HOMBRES. — Pero Saúl no es un profeta. *(El grupo aumenta sin cesar.)*

SÉPTIMO HOMBRE. — ¡Sí! ¡Sí! Saúl es un profeta; yo estaba presente cuando bailó delante de Samuel.

OCTAVO HOMBRE. — ¿Es verdad que Samuel bendijo a David antes de morir?

UN NIÑO. — ¿Es verdad que el rey Saúl se ha hecho cortar la barba? *(Todos ríen. El grupo se deshace o más bien se ensancha; la conversación cambia de sitio.)*

NOVENO, SEGUNDO Y QUINTO HOMBRES. — Claro que es verdad.

PRIMER HOMBRE Y OTROS. — ¡Vaya broma! ¿Quién le ha visto? ¡Cómo! ¿Toda la barba?

DÉCIMO HOMBRE. — Esto yo no lo encuentro bien, un rey sin barba.

CUARTO HOMBRE. — Pero David no tiene barba.

DÉCIMO HOMBRE. — Todavía no tiene barba...

QUINTO HOMBRE. — Además, David es hermoso.

CUARTO HOMBRE *(al décimo).* — ¿Y Jonatás?

VARIOS. — ¡Oh! ¡Jonatás! Éste, ¿cuándo la tendrá?

OTROS *(del lado derecho, con rumor).* — ¡Chito!... ¡chito! He aquí al rey.

UNO *(en voz muy baja).* — ¿Por qué chito?

RUMORES. — ¡Es verdad! ¡Es verdad que ya no tiene barba!

PRIMER HOMBRE *(a un grupo).* — ¡No gritéis de esta manera!

UNO DEL GRUPO *(se vuelve hacia el primero).* — ¡Oh!, desde el otro día, el rey no oye nada de lo que le dicen.

QUINTO HOMBRE U OTRO. — ¡Es cierto que parece enfermo!

SEXTO HOMBRE. — ¡Y Jonatás, pues!

QUINTO HOMBRE Y OTROS. — ¡Oh! ¡Jonatás!...

UNO DE LA PRIMERA FILA *(por consiguiente, lejos del público).* — ¡No apretéis!

UN NIÑO. — ¡Jacob! ¡Jacob! Álzame. Quiero ver al rey sin barba.

Todos ríen: un retroceso de la gente anuncia que se acerca Saúl; la muchedumbre se separa estrechamente de los dos lados del trono, de manera que los espectadores puedan ver avanzar al rey.

Durante toda esta parte de la escena, se comprende que se acerca el rey y que pueden verlo los actores, pero Saúl permanece aún oculto para los espectadores.

PRIMER HOMBRE. — ¿Por qué entra solo de esta manera? Yo creía que tenía guardias consigo...

TERCER HOMBRE. — ¡Oh! Ahora ya nadie le escucha: cuando él llama, todos se van.

Saúl se adelanta vacilando como un hombre ebrio o, mejor, como alguien rodeado por una muchedumbre burlona y hostil; tiene la mirada de un loco, ya rencorosa, ya inquieta; se apoya en Jonatás, que desfallece y cuya mirada avergonzada y triste implora al pueblo.

Cuando se oyen las últimas palabras, Saúl blande ridículamente la jabalina; movimiento de retroceso en la muchedumbre.

TERCER HOMBRE. — Pero no tengáis miedo: es una jabalina sin hierro en la punta.

PRIMER HOMBRE. — ¿Es verdad que ya no le dejan más armas?

SEGUNDO HOMBRE. — Harta razón tienen.

QUINTO HOMBRE. — Al parecer, quiso matar a David...

Se percibe que Jonatás sufre terriblemente con estas palabras; cuando cesan, alguien de la muchedumbre lanza una fruta pasada, que se aplasta en la espalda de Saúl.

ALGUIEN *(rencorosamente).* — ¡Tómate ésa!

Otros giran con indignación. Sacudidas. Alboroto. El rey sube al trono; junto a él, Jonatás con la cabeza entre las manos. Saúl hace ademanes como alguien que quisiera hablar.

UNOS GRITAN. — ¡Silencio!... ¡Silencio!

SAÚL *(de pie).* — ¡Queridos hebreos! *(Muchos se desternillan de risa.)*

OTROS. — ¿Qué ha dicho?... ¿Qué ha dicho?

SAÚL. — ¡Querido pueblo hebreo! *(Se desternillan aun más. Inquietud visible del rey. Habla lenta y difícilmente, buscando las palabras.)* En vísperas de librar una importante batalla...

Su voz está cubierta por un rumor creciente venido de la izquierda; la gente se apretuja; se ve que se interrogan. La atención se dirige hacia unos recién llegados; en medio del creciente tumulto, en el que acaba de perderse la voz del rey, se distinguen estas palabras: ¡Sí! En la colina de Guilboa.

OTROS. — ¿Qué? ¿Qué?

LOS PRIMEROS. — El ejército de David... de los filisteos, sí. Puede vérselo desde la plaza.

OTROS. — ¿Pero dónde? ¿Dónde? *(Una voz fuerte domina en este momento a todas las demás y grita solemne-*

mente:) ¡Rey Saúl: el ejército de David ha acampado en la montaña de Guilboa!

TODOS. — ¡Vamos a verlo! ¡Vamos a verlo! *(Tumulto, desbandada.)*

UNAS MUCHACHAS. — ¡A prisa! ¡A prisa!

JONATÁS *(levanta la cabeza, que hasta entonces ha tenido oculta entre las manos; parece salir de un sueño; mira alrededor suyo; mira a Saúl. Se le oye decir:)* — ¡El anochecer del segundo día!... ¡Ah, David! ¡David! *(Sale como arrebatado de alegría o de inquietud en dirección opuesta a la que ha tomado el pueblo. Y durante esta escena:)*

SAÚL *(que se enoja y grita como un maestro de escuela detrás de sus alumnos).* — ¡Pero queréis quedaros! ¡Pero queréis quedaros... cuando yo hablo!... ¡Pero queréis...! *(Hace ademán de correr detrás de ellos; luego echa torpemente su jabalina; después va a recogerla lastimosamente. La escena ahora está vacía. En los peldaños del trono, un niño solloza; es Saki. El rey vuelve.)*

ESCENA IV

El rey, Saki.

SAÚL. — ¡Tú, Saki! *(Se le acerca, y muy tiernamente:)* ¿Es por mí por quien lloras?... ¡Pobre Saki!... *(Saki sigue llorando. El rey se para, cohibido, entre cada frase.)* No hay que tener compasión de mí... ¿Así que tú me amas?

SAKI *(sollozando).* — Todos os han dejado... todos.

SAÚL. — ¡Y por eso estás llorando, pequeño Saki!...

Pero esto no es serio, ya lo comprendes. (¡Oh, yo quisiera poder consolar a este niño!) ¿Así que me amas un poco, Saki?

SAKI. — ¡Oh, mucho! ¡Mucho!

SAÚL. — ¡Vaya!... ¿Y por qué?

SAKI. — Vos sois bueno conmigo.

SAÚL. — ¡Yo!... ¿Bueno?...

SAKI. — Sí. En la terraza me hacíais beber...

SAÚL *(con repugnancia de sí mismo).* — ¡Ah, beber vino!

SAKI. — Y además... Y además...

SAÚL. — ¿Qué?

SAKI. — Estáis solo.

SAÚL *(con una emoción nueva, poco a poco).* — Pero ya ves que no, mi pequeño Saki; tú estás aquí. ¡Ah!, yo no sabía que entristecía a alguien. ..¿Qué hacer? *(Entran varios oficiales precedidos por el Sumo Sacerdote, azorado.)*

EL SUMO SACERDOTE *(como si tuviera que decir algo muy grave).* — Rey Saúl...

SAÚL *(interrumpiéndole).* — ¡Dejadme!... Ya veis que estoy conversando... *(Los otros salen con gestos de renuncia. Saúl, por juego.)* ¿Te divertiría ser rey, Saki?

SAKI. — ¡Oh, no!

SAÚL. — ¡Cómo! ¿No querrías ser rey?

SAKI. — No lo sé.

SAÚL. — "No lo sé"... Vamos, ¿quieres probarte mi corona? *(Saúl la ha tomado; la acerca a la cabeza de Saki.)*

SAKI *(rechazándola).* — ¡No!

SAÚL *(renunciando por un instante).* — Díme, Saki, ¿por qué no has seguido a David?

SAKI. — No lo sé.

SAÚL *(cada vez más molesto).* — "No lo sé"... ¿Así que tú no amas a David?

SAKI. — ¡Oh, sí!... Pero...

SAÚL. — ¿Pero...?

SAKI. — Yo prefiero quedarme con vos.

SAÚL. — Pero yo creía, Saki, que me abandonabas por Jonatás... Estas últimas noches, en la terraza, tú me dejabas...

SAKI. — Por Jonatás... sí.

SAÚL. — Pues bien; David, Jonatás... están juntos, ¿no?

SAKI. — A menudo, sí.

SAÚL. — ¡Y ellos son mucho más divertidos que un rey viejo.

SAKI. — ¡Oh, vos no sois viejo, rey Saúl!

SAÚL *(que no ha vuelto a ponerse la corona, sino que la guarda sobre sus rodillas, la sostiene de vez en cuando como para ponerla en la cabeza de Saki, pero se retiene en cuanto éste, que está sentado a sus pies, levanta la cabeza).* — ¿Lo crees así?... ¿Tú crees que aún sé hacer bromas?

SAKI. — David y Jonatás no hacen bromas.

SAÚL. — ¡Ah! ¿Y qué es lo que hacen?

SAKI. — Nada.

SAÚL. — ¡Ah! ¿Y qué es lo que dicen?

SAKI. — Nada.

SAÚL. — ¿Hablan?

SAKI. — Sí.

SAÚL. — ¿Y qué es lo que dicen?

SAKI. — No lo sé. *(Inclina la cabeza cada vez más, por una especie de confusión, de manera que Saúl bruscamente le hunde la corona sobre la cabeza. Ella le baja hasta taparle los ojos.)*

SAÚL *(por broma obligada).* — ¡Ah! ¡No lo sabes!... ¡Cui!... ¡La corona!

SAKI *(espantado).* — ¡Oh! ¿Qué es esto?

SAÚL. — Es la corona.

SAKI. — Me tapa los ojos... ¡Ya no veo!

SAÚL *(rompiendo a reír).* — "Ya no veo". ¡Je! ¡Je! ¡Je!

SAKI. — Me hace mucho daño... ¡Oh, quitádmela, rey Saúl!

SAÚL *(mantiene y hunde la corona con las dos manos).* — ¿Qué dice David?

SAKI *(sollozando).* — Nada... ¡Os lo aseguro!... ¡Oh, quitádmela!

SAÚL *(golpea las manos de Saki, que se debate).* — ¡Déjala! ¡Déjala!... Es para reír... Y Jonatás, ¿qué dice?

SAKI. — Nada... rey Saúl... Os lo juro.

SAÚL. — "Nada, nada"... ¿Y qué?

SAKI. — Le llama "Daúd".

SAÚL. — Ya lo sabía... ¿Pero qué?

SAKI *(se desespera).* — ¡Pero nada! ¡Pero nada, rey Saúl! *(Saúl, trágico, le quita la corona.)*

SAKI *(la mano en la frente).* — ¿Lo veis? La frente me sangra.

SAÚL *(casi triunfante).* — ¡Ah! ¿Ves como no soy bueno? *(Luego, bruscamente, se inclina con gran ternura.)* ¿Te he hecho daño, Saki? *(Saki, cuyo espanto dura, se desprende del gesto de Saúl, se levanta y lentamente va a salir a reculones, mientras Saúl:)* ¿Y qué dijeron cuando volvieron a cogerme? Que estaba loco, ¿eh? *(Íntimamente.)* Díme, tú sabías que me había escapado, ¿eh? Pero ahora ya no me dejan salir sin corona... Es Jonatás quien quiere... *(Sólo entonces parece darse cuenta de que Saki quiere escaparse, y en el momento en que éste se vuelve una última vez antes de huir:)* ¡Oh, Saki, te

vas! *(Muy tristemente.)* ¿Tú decías que me amabas, Saki? *(Saki, impresionado, vuelve junto al rey, que se inclina, y, confidencialmente:)* Oye: mis burras, ¿sabes?, mis burras... ¡Pues bien, ya sé dónde están! ¿Quieres? ¡Vamos a buscarlas juntos!... *(Salen.)* ¡Nos escaparemos! ¡Nos escaparemos!... *(Salen.)*

ESCENA V

Una cueva, o, mejor, una caverna cuya bóveda está derrumbada por el lado izquierdo y deja entrar la claridad de la luna llena, en medio de malezas y bejucos. A la izquierda, bloques de rocas; a la derecha, la parte prolongada por la bóveda permanece muy oscura; un sendero formando pendiente conduce a ella por el fondo; por allí desciende Saúl, tanteando con el pie.

SAÚL. — ¡Mira! Una fuente... Uno resbala por ahí. He estado a punto de caer. La tierra está mojada. ¿Dónde me has hecho venir?

EL DEMONIO *(callado).*

SAÚL. — ¿Es aquí? Vamos, contesta. ¡Siempre lo mismo!... No hay que creer que me hagas venir donde tú quieres, para no encontrar nada de lo que busco. *(Avanza hacia la izquierda.)* ¡Mira! Por ahí es bastante curioso. No se está mal para conversar... Oye, en el fondo, mis burras no me interesan tanto como eso... Sólo que a mi edad tú me haces andar demasiado... Has de comprender que yo puedo estar cansado. *(Ha buscado lugar para sentarse y ha vuelto hacia la derecha; se sienta en una especie de banco natural, en la parte oscura de la cueva.)* Ponte allí. *(Señala vagamente enfrente de sí. El demonio*

hace el ademán de sentarse.) ¡No! No te sientes por el suelo: está muy mojado. *(Le entrega la corona.)* Ponte allí. *(El demonio se sienta sobre la corona.)* Primeramente vas a contarme... *(Estornuda con el gesto de alguien que se está resfriando.)* Sólo que, si no es por las burras, ¿por qué me has hecho venir aquí? *(Estornuda.)*

EL DEMONIO. — ¡Salud!

SAÚL. — ¿Qué?

EL DEMONIO. — ¡Je, je, je!

SAÚL. — ¡Ah! No me gusta que rían cuando yo no bromeo.

EL DEMONIO. — ¡Je! Rey Saúl, ¡es tan divertido! ¿Sabes a quién vas a ver aquí?

SAÚL. — ¡Ah! ¡Saki! ¡Tengo tan pocas ganas de reír ahora! Vamos, habla, ¿a quién vamos a ver? *(Se levanta y va hacia el demonio.)*

EL DEMONIO. — ¡Chito! ¡Chito! Escucha solamente. *(Ruido de pasos y voces que se acercan por la izquierda.)*

SAÚL. — ¡Ah! ¡Jonatás!

EL DEMONIO. — ¿Y?...

SAÚL *(murmurando).* — ¡David!

EL DEMONIO. — ¡Dí gracias!

DAVID *(aparece con Jonatás. Están alumbrados por la luna).* — ... ¡Tres veces! Haré tocar la trompa tres veces. Desde la primera, prepárate. Será poco antes de la aurora... Persuade a Saúl... A la tercera, ya no podré responder de nada. Es necesario que antes de que amanezca, ambos estéis refugiados aquí.

SAÚL *(hace ademán de avanzar hacia ellos; el demonio le tira del manto hacia atrás).* — ¡Oh! ¡Oh! ¡Pero es una traición lo que aconseja!

EL DEMONIO. — Si tú te asomas, ellos huirán.

JONATÁS. — Adiós, David.

DAVID *(pone su frente en el hombro de Jonatás).* — ¡Ah, Jonatás!

EL DEMONIO *(hace retroceder a Saúl).* — ¡Ven! ¡Ven! Oye, acostémonos. Déjalos que se acerquen. Aparenta dormir. Los verás de más cerca. *(Saúl se tiende donde estaba sentado primero. El demonio desaparece.)*

DAVID *(levantando la cabeza).* — Adiós. Ahora márchate. Déjame solo un rato. Todavía tengo necesidad de orar.

JONATÁS. — ¿Y qué es lo que pides a Dios?

DAVID. — ¿No lo sabes, Jonatás? ¡Ah! Que aparte de mí esa corona.

SAÚL *(chanceándose, aparte).* — ¡Qué sencillo es!

EL DEMONIO. — ¡Chist!

JONATÁS. — Adiós. *(David se arrodilla entre las rocas, dando casi la espalda al público. Jonatás se aparta hacia la derecha. Ve a Saúl y vuelve precipitadamente hacia David.)* ¡David! ¡David! Mi padre está aquí. *(David, absorto en su oración, no se mueve. Jonatás, aterrado:)* Mi padre está aquí, David.

DAVID *(sigue orando).* — Es que no he terminado de orar. ¡Déjame!

JONATÁS *(se aparta de nuevo y mira hacia Saúl. A David:)* — Está durmiendo. *(La claridad de la luna, que durante toda la escena se desplaza lentamente hacia la derecha, toca entonces la corona de Saúl, que ha permanecido en el suelo.)* ¡Ah! Su corona ha caído al suelo...

DAVID. — Es que no he terminado de rogar... ¡Déjame! *(Silencio. Inmovilidad.)*

SAÚL. — A ver si no va a acercarse. *(David se levanta.)*

JONATÁS. — ¿Qué harás?

DAVID. — Míralo. *(Recoge la corona y la coloca al*

lado de la frente de Saúl.) Se lo dirás, Jonatás. Es necesario persuadirlo.

SAÚL *(aparte).* — ¡Cómo tiemblo! David va a comprender...

JONATÁS. — No me creerá.

DAVID *(volviendo con una idea súbita).* — ¡Ah! *(Saca su espada, corta en pleno manto real un gran pedazo de púrpura y lo quita.)* Que sepa que soy yo, y que al quitarle este pedazo de manto podía quitarle la vida... ¡Cuidado! ¡Se despierta! ¡Ven, huyamos! *(Salen por la izquierda.)*

SAÚL *(se incorpora, avanza hacia la claridad de la luna, se mira mal vestido, como indecentemente, por el manto despedazado; luego, riendo burlonamente).* — ¡Qué buenos han sido conmigo!

Acto V

Es de noche. La escena representa un vago lugar de montañas poco delimitado. Hacia la derecha, la tienda de Saúl.

ESCENA I

Joel; el barbero. Delante de la tienda.

El barbero. — ¿Seguimos sin órdenes?

Joel. — ¿Órdenes? ¡Ah, órdenes sí, muchas; pero no una dirección!

El barbero. — ¿Es verdad que los hebreos están divididos?

Joel. — ¿Divididos? De ninguna manera; todos están por David.

El barbero. — ¡Demonio! ¡Vaya que promete ser curiosa esta batalla! *(Chanceándose un poco.)* ¿Y Saúl? ¿También está por David?

Joel *(cada vez más grave).* — Calla, barbero; Saúl está vacilando como un anciano. Y este combate ya no es sino como un simulacro de batalla: la derrota ya está consumada en su corazón.

El barbero. — Entonces, ¿tú qué harás, Joel?

Joel. — ¿Tú qué harás, barbero? ¿Es un consejo lo

que quisieras de mí? ¿Desde cuándo me ocupo en guiar tus pensamientos? Apártate: ahí está Saúl. *(Entran Saúl y Jonatás. Unas antorchas alumbran el interior de la tienda.)*

ESCENA II

Saúl, Jonatás, otros personajes, uno de los cuales es Saki.

SAÚL *(a Jonatás).* — Mira mis manos... ¡Cómo están temblando!

JONATÁS. — ¡Pobre padre!

SAÚL. — ¿Qué es lo que me iría mejor? ¿Crees que sería beber vino? ¿O no beberlo? Yo creo que beberlo... Saki, vé por él. *(Saki sale.)* Hoy para matar, aunque fuera a un enemigo, no me encontraría con fuerzas. Ya es hora de que vuelva a acercarme a Dios... *(En voz más alta.)* Dejadme ahora. La noche se acabará pronto y necesito quedarme solo para reflexionar. *(Movimiento.)* Tú, Jonatás, quédate; todavía quisiera hablarte. *(Los demás salen. Saúl anda un rato a paso largo, sin hablar.)*

JONATÁS. — Padre, sólo dispongo de unos instantes.

SAÚL *(estornuda).* — Baja el toldo de la puerta. *(Estornuda.)* Me resfrié el otro día en una cueva... Después de todo, tú quizá la conoces; no está lejos de aquí... David, el merodeador, debe conocerla.

JONATÁS *(cada vez más embarazado por la insistencia de Saúl).* — Padre mío, por favor, démonos prisa. Sólo esta noche nos separa de la luna; hace falta prepararnos o dormir.

SAÚL *(sentencioso).* — Prepararnos, hijo mío. Esta noche toda mi alma se prepara.

JONATÁS. — Padre, prepararnos para actuar. ¿De qué queréis hablarme?

SAÚL. — ¡Ah! Precisamente de esto, Jonatás. Cuando yo actuaba, no lo comprendía. Hay un tiempo para actuar... y un tiempo para arrepentirse de haber actuado. Hijo mío, has de comprender que para el alma hay cosas más importantes que las victorias de un ejército...

JONATÁS. — ¿Pero cuándo habéis actuado tanto, padre mío?

SAÚL. — Ya lo sé; ya lo sé. Yo he deseado sobre todo. Pero también de esto, hijo mío, llega un tiempo en que uno quisiera arrepentirse. *(Jonatás, cada vez más desolado, se prepara para marcharse.)* ¡Cómo! ¿Te vas?

JONATÁS. — ¡Ah, el tiempo vuela! Tengo que verlo todo... Padre, volveré dentro de un momento.

SAÚL. — ¡Jonatás! ¡Jonatás! ¿Me dejas cuando mi corazón está temblando? ¿No puedes quedarte un instante a hablar conmigo?... Hijo mío, yo soy más tierno que antes, te lo aseguro.

JONATÁS. — ¡Ay!... Aquí está Saki... Padre mío, dejadme.

SAÚL *(a Jonatás y a Saki a la vez).* — ¡Ah, dejadme vosotros también! ¡Estoy loco buscando un apoyo en vosotros!... Saki, llévate este vino. Más valdría no beber, ¡Véte! ¡Véte! *(Jonatás sale. Saki se queda, inadvertido, en un rincón de la tienda.)*

JONATÁS *(saliendo).* — Padre, cuando vuelva, ¿me seguiréis?

SAÚL. — Quizá sí. *(Recordando.)* ¡Un momento Jonatás!... Jonatás, no te entristezcas. Vuelve en seguida, te seguiré... Pero déjame orar un poco.

ESCENA III

Saúl; Saki, inadvertido al principio. El demonio, fuera.

SAÚL *(creyéndose solo).* — ¡Ah!, ¡ah! Recojámonos. ¿Quién soy yo?

EL DEMONIO *(fuera, oculto).* — ¡Saúl!

SAÚL *(yendo a la puerta).* — ¿Jonatás? *(Mira.)* No. Estoy solo. *(Se arrodilla.)* Dios mío, ¿qué soy delante de Vos...?

EL DEMONIO *(oculto).* — ¡Saúl!

SAÚL. — ...para que me abruméis de deseos? Cuando busco algo en qué apoyarme, aquello cede. No tengo nada sólido en mí... *(Distraído.)* Lo que me gusta sobre todo en él es su fuerza. ¡La flexibilidad de sus riñones es admirable! Le he visto cuando bajaba la montaña; siempre parece a punto de saltar... *(Huraño.)* ¡Basta, labios míos! *(Se levanta.)*

EL DEMONIO *(lastimeramente).* — ¡Saúl!

SAÚL. — Estoy distraído.

EL DEMONIO. — ¡Saúl!

SAÚL. — ¡Hombre, me llaman! *(Va hacia la puerta de la tienda.)*

SAKI *(queriendo impedirle que abra).* — ¡No abráis, rey Saúl!

SAÚL. — ¡Cómo! ¿Eras tú, Saki? ¿Qué haces aquí?

SAKI. — Tengo miedo por vos.

SAÚL. — ¿Me llamabas?

SAKI. — No.

SAÚL. — ¡Ah, es desde fuera!

SAKI. — ¡No! No abráis... Todo está afuera. Es negra noche.

EL DEMONIO. — ¡Saúl!

SAKI. — No acojáis...

SAÚL. — ¡Oh, pequeño corazón cerrado! ¿Es que no oyes que me llaman? *(Saúl sale con una antorcha.)*

EL DEMONIO *(cada vez más lastimero)*. — ¡Saúl!

SAÚL *(se acerca, se agacha)*. — ¡Pequeño!... ¡Ah, cómo está temblando!... ¿Es de frío? *(Le toca.)* ¡Pero si está completamente helado, pobrecito! Ven, estaremos más calientes dentro de mi tienda. ¡Anda, ven! Yo te calentaré. *(El demonio no se mueve.)* ¡Oh! ¡Es que yo no puedo llevarte, pequeñín! *(Lo alza.)* ¡Hay que ver cómo llega a pesar! *(Lo lleva. Saki se va.)* Saki se va. ¡Buen desembarazo! Y deja el vino... Tú vas a beber. *(Lo deposita en el suelo.)* ¡Uf! Anda, acurrúcate dentro de mi manto. *(Se sienta.)*

EL DEMONIO *(envolviéndose a medias con el manto)*. — Está roto.

SAÚL *(sonriendo)*. — Sí... De este lado, David ha tomado ya un pedazo.

EL DEMONIO *(chanceándose)*. — ¡Je, je, je!

SAÚL. — ¿Qué?

EL DEMONIO. — Nada.

SAÚL. — ¿Es extraño?

EL DEMONIO. — Sí... Tengo sed.

SAÚL *(alargándole el jarro)*. — Bebe... ¿Te sientes mejor?... Aquí, junto a mí... Ahora estáte quieto; yo tengo que pensar mucho.

JONATÁS *(desde fuera)*. — ¡Padre mío!

SAÚL *(avergonzado)*. — ¡Bueno, vamos, Jonatás!... No se entra... *(Al demonio.)* Escóndete.

JONATÁS. — Padre mío, seguidme. Venid ahora; ya ha llegado el momento.

SAÚL *(muy embarazado)*. — Ya me levanto... sólo

un instante... Vete, ya te sigo. *(El demonio se deja ver; mira burlonamente a Jonatás.)*

JONATÁS. — ¡Oh! ¿Qué es esto?

SAÚL. — Es un muchachito que tiritaba de frío... que yo he recogido en mi tienda.

JONATÁS *(profundamente triste)*. — ¡Ah!

SAÚL *(vergonzosamente)*. — Sí.

JONATÁS *(cada vez más desesperado)*. — ¡Padre mío: que se vaya ahora! ¡Venid!

SAÚL *(inmóvil y como imbécil)*. — Sí.

JONATÁS. — ¡Oh, padre! ¡Padre mío! ¿Es que no me amáis un poco más que a este pequeño?

SAÚL *(casi sollozando)*. — ¡Calla, Jonatás!... ¡Jonatás, te lo ruego! ¡Tú no sabes cuán difícil es!

JONATÁS. — ¿Qué es difícil?... ¡Pobre padre!... ¡Cómo estáis atormentado!

SAÚL. — Jonatás... tú eres demasiado joven para comprenderme. ¡Me doy cuenta de que me vuelvo muy extraño! Mi valor está en mi complicación... Oye, voy a decirte secretos... ¿Tú crees que yo dormía la otra noche... en la cueva...?

JONATÁS *(fingiendo no comprender)*. — ¿La cueva?

SAÚL. — Sí... ya lo sabes... Cuando David...

JONATÁS. — ¿David?

SAÚL *(irritándose)*. — Sí, David... organizaba contigo mi derrota... y cortaba el pedazo de mi manto para enseñarte mejor a traicionarme... ¡Ah!, ¡ah! El acuerdo es perfecto entre vosotros dos... ¡Qué cuidados para mí! ¡Tú le darás las gracias por mí!... Le darás las gracias... ¿lo oyes, Jonatás? *(El demonio se burla.)* Le darás muchas gracias de mi parte. ¡David me cree bien degradado! *(Se oye una llamada de trompetas.)*

JONATÁS. — ¡Ah!

SAÚL. — ¡Ah!... ¡La señal!

JONATÁS. — Venid, padre mío... ¡Ah, por compasión por vos!

SAÚL. — ¡Lloras, Jonatás! ¡Jonatás, hijo mío, díme, por lo menos tú comprendes que padezco, que padezco haciéndote llorar. Escucha todavía este proverbio, es mío: *(Mientras le acompaña hasta el umbral de la tienda, sentencioso:)* ¿Con qué se consolaría el hombre de una degradación, sino con lo que le ha degradado? *(Despidiéndole.)* ¡Véte! Márchate. ¡Huye a prisa!... ¡Hacia la cueva! ¡Corre!, yo te alcanzo al instante. *(Se oyen y se entrevén pasar unos grupos de soldados. Jonatás se aleja.)*

ESCENA IV

Saúl, el demonio.

SAÚL *(olvidando al demonio).* — ¡Ah!, ¿pero qué es lo que espero ahora para levantarme y actuar? ¡Mi voluntad! ¡Mi voluntad! Ahora la invoco como un marino abandonado llama una barca que ve huir a lo lejos, ¡desaparecer!... desaparecer... Yo lo aliento todo, en contra mía. *(Ve al demonio que bebe.)* ¡Bueno!, ahora déjame. Adiós... Véte. Necesito descansar. *(El demonio no se ha movido.)*

EL DEMONIO. — Ya no descansarás más, rey Saúl.

SAÚL. — ¡Que no descansaré más! ¡Oh! ¿Por qué me dices esto, pequeño?

EL DEMONIO. — Porque ya no te dejaré más, rey Saúl.

SAÚL. — ¡Nunca!

EL DEMONIO. — Nunca más.

SAÚL. — ¡Cómo! ¡Ya no me dejarás más! ¿Y por qué?

EL DEMONIO. — Porque tú me has cuidado.

SAÚL. — ¡Cuidado! ¿Qué es lo que te he hecho, miserable? Sólo te he alargado el faldón de mi manto, ¡estabas tiritando!

EL DEMONIO. — Sí. Pero me he calentado enormemente. Toca un poco. ¡Observa cómo está ardiendo mi piel!

SAÚL. — ¡No! Déjame... No quiero. Véte. Te lo ruego, ten compasión de mí, que he tenido compasión de ti.

EL DEMONIO. — ¡Compasión! ¡Oh! ¡Vamos, Saúl! No hay que decirme que si me has hecho venir, es que no te gustaba a ti mismo... ¿eh? ¿Tenerme entre los pliegues de tu manto? ¿Eh? ¡Saúl! ¡Saúl! Anda, vamos, Saúl, hazme reír un poco, estamos tristes. ¿Oye, es que te he hecho daño? ¿Por qué estás enojado conmigo?

SAÚL *(que quiere resistirse).* — Quiero orar.

EL DEMONIO *(sin oír).* — Además, oye... Si quisieras tener compasión... yo no estoy solo; hay muchos otros, fuera.

SAÚL *(a pesar suyo, engolosinado).* — ¡Ah! ¿Hay otros? ¿Dónde?

EL DEMONIO. — Allí, detrás de la puerta. *(Saúl va hacia la puerta de la tienda y la levanta. Los demonios entran atropellándose.)*

ESCENA V

Saúl y los demonios.

SAÚL. — ¡Oh! ¡Qué numerosos son! ¡Vamos, entrad! Tendría miedo, si negara a uno solo mi morada, de que no fuera al más encantador, o al más miserable. *(La*

puerta vuelve a cerrarse. Un murmullo confuso, incesante, reina ahora en la escena. Los demonios alborotan.)

PRIMER DEMONIO *(a los demás).* — ¡El rey acaba de decir ahora algo tan gracioso!... *(Confusión. Habla al oído de los demás, todos ríen... Se oye una segunda llamada de trompeta.)*

SAÚL. — ¡Ah! ¡Ah! La noche se acaba... ¡Aprisa! *(Llega Jonatás.)*

JONATÁS *(desde fuera).* — ¡Padre mío!

SAÚL *(salta a la entrada de la tienda y extiende su manto para velar la escena interior).* — ¡No entres!

JONATÁS *(desolado).* — ¡Ah! ¡Venid!

SAÚL *(apremiante).* — ¡Por el amor del Dios de David, huye, Jonatás! ¡Corre! ¡Corre! *(Jonatás sale. Unos guerreros suben cada vez más tumultuosamente la escena. Ruidos fuera, tumulto de los demonios en la tienda. Despunta el día poco a poco. Pero el interior de la tienda permanece oscuro, alumbrado solamente por las antorchas. Saúl avanza por el proscenio, hacia los espectadores. Su voz domina todo el ruido.)* Quisiera, antes de partir, condensarme en algunas palabras. *(Aumenta el tumulto que promueven los demonios.)* ¡Callad de una vez, alborotadores! ¡No veis que estoy hablando al público! *(Hacia los espectadores.)* Con qué se consolaría el hombre...

LOS DEMONIOS. — Pero si ya lo has dicho... ya lo has dicho... ¡Je, je, je! *(Escándalo. Todo este murmullo creciente de los demonios se obtiene con una música muy ajustada.)*

SAÚL *(vuelto hacia y contra los demonios).* — Bueno, ¿y qué? ¡Vamos! Si queréis tomar mi sitio... por lo menos representad algo, mostrad lo que sabéis hacer.

(Los demonios dan volteretas, escándalo ajustado. Saúl mira detenida, gravemente. Hastiado.) Esto no es hermoso.

LOS DEMONIOS. — Pero, Saúl, tú no nos has enseñado nada.

SAÚL. — ¡Entonces, basta! ¡Basta! *(Empujado un poco, Saúl ha caído de rodillas; lo aprovecha para decir:)* Quiero orar. *(Ruidos fuera. Saúl, retrocediendo un poco hacia la puerta, de rodillas, por acorralarlo poco a poco los empujones de los demonios. Orando.)* ¿Encontraría, para mi deseo, algún remedio que no fuera su satisfacción? *(Sigue retrocediendo.)* ¡Yo me condenso! ¡Me condenso! *(Huraño.)* ¡Ah!, ¡vamos, pequeños! Ya no me dejáis bastante sitio. *(Más bajo.)* Estoy completamente suprimido. *(El día va apareciendo. Se oye una tercera llamada de trompeta. Saúl, medio incorporado, arranca la cortina de la tienda. Los demonios se desvanecen ante el raudal de luz. La música ha cesado.)*

ESCENA VI

Varios.

SAÚL *(en voz muy alta, en medio del silencio).* — ¡Es demasiado tarde! Ya ha llegado el día. *(Se adelanta fuera de la tienda hacia la izquierda o se sienta a medias en el suelo, con las manos en la hierba.)* ¡Ah!, cómo me refresca este frescor... Esta es la hora en que los cabreros hacen salir a los rebaños de los establos. Hay hierbas impregnadas de rocío... *(Ha entrado Joel con otros guerreros del ejército de David.)*

JOEL *(viendo a Saúl).* — ¡Cómo! Está orando...

SAÚL *(absorto, sin verles).* — Estoy tentado.

UN GUERRERO *(a los demás).* — ¡Gente de David, corred! Avisad al rey que Saúl está aquí, desarmado. ¡Corred! David no quiere que se le mate. *(Se marchan. Joel se queda.)*

SAÚL *(siempre absorto).* — ... Impregnadas de rocío...

JOEL *(se acerca al rey, luego se yergue bruscamente detrás de él, con la mano levantada).*

SAÚL. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Esta es una cobardísima tentación; viene a asaltarme por detrás. *(Joel le hiere mortalmente. Saúl cae. Joel le arranca la corona y va a llevarla a David, que surge acompañado por muchos otros. Bajo una orden de David, detienen a Joel. Movimiento. Ya es completamente de día.)*

DAVID. — ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! ¡Vamos! ¡Llevaos a este hombre! Matadlo y dad su cadáver a los animales de los bosques. ¡Vergüenza para él, que alza la mano contra el elegido de mi Señor! Él ha hecho recaer esta corona, con todo su peso, sobre mi cabeza. *(Se inclina hacia Saúl y coge la corona que primero había hecho colocar junto a Saúl, se la pone sobre la cabeza. Muy inclinado y en voz baja.)* Yo no te detestaba, rey Saúl. *(Incorporado.)* ¿Y también Jonatás, decís? ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! Que lo traigan aquí. Que lo tiendan junto a Saúl y que la muerte los reúna. ¿Qué son estos gritos, estos lamentos de fuera? El dolor mora en mi alma. *(Un cortejo trae el cuerpo de Jonatás.)* Montañas de Guilboa: que en vosotras ya no haya miel ni rocío. *(Se inclina hacia Jonatás.)* ¡Yo he hecho cuanto he podido, Jonatás! ¡He hecho lo que he podido, Jonatás, hermano mío!... *(Incorporado.)* ¡Vamos! ¡Ahora, levantémonos! Que lleven al palacio el cuerpo de Saúl y el del

príncipe. Que los pongan en una litera real. Que todo el pueblo forme el cortejo; que acompañe mi dolor con sus sollozos y sus lamentos. ¡Vosotros, músicos! Que suene una música fúnebre. *(Salen formando un numeroso cortejo al son de una marcha fúnebre.)*

EL REY CANDAULES

Drama en verso en tres actos

1900

El Rey Candaules se estrenó el 9 de mayo de 1901 en el "Nouveau-Théâtre". Dirección escénica de Lugné-Poë. Los principales papeles estaban desempeñados por:

Lugné-Poë	Candaules
De Max	Giges
Henriette Roggers	Nisia

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

("Revue Blanche", 1901)

Empezaría por disculparme de escribir este prefacio, si no fuera que me encuentro escribiéndolo para disculparme de haber escrito la obra. No se me oculta que, si la obra es buena, ninguna necesidad tiene de que un prefacio la sostenga, y que si la obra es mala, querer explicarla, luego de haberla escrito, es la mayor equivocación. Así pues, hasta ahora, me había prohibido los prefacios, y, ciertamente, hubiera continuado procediendo de igual modo, a no ser lo extraño de esta obra y la confusión que en torno suyo podría producirse.

Inseguro acerca de la acogida que va a tributársele, puedo, debo suponerlo todo... hasta suponer que se la aplauda. Ahí estaría la confusión. Pues a la vista del éxito ruidoso que han alcanzado cerca del público las obras del Sr. Rostand, por ejemplo, no puedo aspirar ni por un solo momento a que, si se ovaciona mi obra, se la ovacione por sus méritos literarios; los aplausos, caso de producirse, se dirigirían a lo que quienes no aplaudieran encontrarían en ella de escandaloso; a lo que yo hubiera suprimido, si el hacerlo no representara suprimir al mismo tiempo toda la obra, y si no pensara, lo confieso, que una producción dramática debe presentar, además de su valor profundo, toda clase de atractivos, componer un espectáculo, un hermoso espectáculo, sin asus-

tarse de "hablar a los sentidos". Pero cuantas más trazas de gustar tiene este último aspecto, secundario después de todo, tanto mayor es mi necesidad de disculparme en seguida para evitar al menos que la confusión se prolongue. Expliquémonos.

I

He querido, sencillamente hacer una labor de artista. Pero puesto que el arte, hoy día, ya no existe, y como por otra parte no hay ya nadie para comprenderlo, me veo obligado, pues, a hacer resaltar la parte de ideas, aquella que precisamente, a mis ojos, no es la más importante, aquella que debe permanecer, creo yo, al servicio de la belleza, pero que sólo puede servir a la belleza si ella misma empieza por ser perfectamente justa y sólida. Esto no es sino el esqueleto de mi drama, pero, ¡ay!, sólo de él me atrevo a hablar hoy.

II

El rey Candaules amaba locamente a su mujer y la miraba como a la más hermosa de las mujeres. Obsesionado por esta pasión, no se daba punto de reposo en exagerar su belleza a Giges [1]*, uno de sus guardias, muy querido por él, y a quien comunicaba sus asuntos más*

[1] No sé si me es realmente necesario disculparme, por no haber seguido estrictamente ni la historia ni la leyenda: el famoso anillo de Giges no fué dado por Candaules. Se encontró, según cuenta Platón, no en la carne de un pescado, sino en los cavernosos ijares de un gran caballo de bronce. Por otra parte, Giges no fué pescador, sino pastor. Por otra parte, no se sirvió de ese anillo para ver a la reina. Por otra parte, etc.

importantes. Poco tiempo después, Candaules (que no podía evitar su desdicha) habló a Giges en estos términos: "Me parece que no me crees bastante respecto a la belleza de mi mujer. Los discursos causan menos impresión que la vista de los objetos; haz, pues, cuanto esté en tu mano para verla desnuda." "¿Qué decís, Señor? —exclamó Giges—. ¿Habéis reflexionado en ello? ¿Ordenar a un esclavo que vea a su soberana? ¿Olvidáis que una mujer se despoja de su pudor al hacerlo de sus vestidos? Las máximas de la honestidad, conocidas hace tiempo, deben servirnos de reglas; ahora bien, una de las más importantes es la de que cada uno de nosotros no debe mirar más que lo que le pertenece. Estoy persuadido de que tenéis la más hermosa de todas las mujeres; pero no exijáis de mí, os lo suplico, una cosa deshonesta."

Giges, por lo visto, rehusaba la proposición del rey, temiendo para sí las consecuencias. "Tranquilízate, Giges —le dijo Candaules—; no temas ni a tu rey (mis palabras no son ninguna trampa para probarte) ni a la reina, que no te hará ningún daño. Lo dispondré todo de manera que ni siquiera sabrá que la hayas visto..."

. . . . . .

Giges no tenía medio de escaparse. Era preciso que pereciera, él o Candaules.

Herodoto (*Clío*, VIII y s.)

III

Quizás este drama ha nacido, simplemente, de la lectura de Herodoto; sin embargo, acaso deba también algo a la lectura de un artículo en que, abogando por "la

libertad moral", un autor de talento concluía por criticar a los detentores del arte, de la belleza, de la riqueza, a las "clases dirigentes" en dos palabras, por no saber suscitar la educación del pueblo instituyendo para él ciertas exhibiciones de bellezas. El autor no decía nada, y se guardaba muy bien de decirlo, sobre si el pueblo tendría el derecho de tocar. Me figuro que, demasiado inteligente para desconocer que solamente en este punto empezaba el interés de la cuestión, sabía preferir eludirla, percatado de la extrema gravedad de sus derivaciones y temeroso de no poder ya mostrarlas. De aquí nació mi Candaules.

Y así fué cómo, al cabo de poco tiempo, este drama incipiente creció y se evadió. Otras cuestiones nacían de la primera, exactamente como sus corolarios. Si Candaules, demasiado grande, demasiado generoso [1]*, al arrostrar las últimas consecuencias permite que el ignorante Giges vea primero, luego toque y comparta lo que aprende lenta y demasiado rápidamente a saborear. ¿hasta qué, hasta quién podrá extenderse ese comunismo? ¿Qué va a pensar de ello Nisia? ¿Y el mismo Candaules, después del hecho?... ¿Y Giges?... Pero al llegar aquí interrumpo los comentarios: es a la obra a quien corresponde hablar.*

En esta trágica historia de Candaules, tal vez convenga sólo ver, siguiendo al historiador griego, el advenimiento del primer Mermada al trono de Lidia. Sin embargo, quizá no sea imposible ver también en ella la derrota, casi el suicidio, de una aristocracia a la que sus cualidades, excesivamente nobles, van a desarmar por

[1] "Generoso hasta el vicio", escribe Nietzsche; y en otra parte: "Es curioso comprobar que la generosidad excesiva no ocurre con pérdida del pudor." El pudor es una reserva.

propio impulso, luego a impedirle la defensa... ¡No importa!; pero que no se pretenda ver aquí "símbolos", sino sencillamente una invitación a generalizar. Y que la elección de un tema tal, del carácter excepcional de Candaules, encuentre aquí su explicación, su excusa.

IV

En el teatro, cualquier carácter nuevo parece siempre, a primera vista, un carácter de excepción. El público, antes de aceptarlo, protesta. Teatralmente, lo que no está deslindado por la convención parece falso. El teatro vive de convenciones. Se mira de reojo al que nos saca de ellas, al que intenta sacarnos de ellas. Hay, para el público, unos sentimientos naturales, y otros que no lo son. En el hombre se encuentran los sentimientos todos, aunque se denomina exclusivamente naturales a algunos de ellos, en vez de llamarlos, sencillamente, más frecuentes. ¡Como si lo frecuente fuera más natural que lo raro, el plomo más natural que el oro! Todo cuanto hace Candaules es natural.

V

Algunos me han reprochado lo cortado, lo rápido, lo conciso de mi drama; se me ha dicho que se hallaba más anotado que desarrollado o, mejor aun, más dibujado que pintado. No lo ignoro, y la crítica es justa; pero en un tiempo en que todos pintan, o en que no dibuja ya nadie, o casi nadie, al intentar dibujar he querido dejar al propio dibujo toda su probidad, su severidad, su lógica, y no valerme de ningún procedimiento de ornato

lírico y de énfasis, demasiado fácil a mi modo de ver, para con ello ocultar quizá los defectos. Si éstos existen, la que quiero es que aparezcan, tal como aparecerán, así lo espero, las cualidades.

Algunos me han criticado que un artificio de tipografía haya dado la apariencia del verso a lo que las más de las veces no es sino prosa claramente escandida. A ello no puedo aducir más explicación que ésta: desde el mismo día en que concebí la obra, es así como la he querido, y si, más tarde, para dar satisfacción a algunos amigos, la hice copiar "en prosa", alineando mis versos demasiado libres sin intervalo alguno, esa nueva presentación no logró gustarme.

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN (1904)

A fin de ayudar al lector a formar criterio, suponiendo que así lo desee, no solamente sobre la presente obra, sino también sobre la excelencia de la crítica dramática en los periódicos del año 1901, no creemos inútil copiar aquí, sin comentarios, esos recortes.

Naturalmente, no reproducimos sino las líneas de "apreciaciones", prescindiendo de aquellas en que el periodista pretende contar y explicar el drama, ya que después de leerlas el lector correría el riesgo de no comprenderlo ya para nada. A esto se limita mi selección. No pretendo que los periódicos citados representen TODA *la "Prensa Francesa", sino únicamente la que se dignó ocuparse de "El Rey Candaules".*

Al lado de la crítica dramática de los diarios, la de las publicaciones llamadas generalmente "Pequeñas Revis-

tas", se manifestó de muy distinta manera. Séame permitido dar de nuevo aquí las gracias a los Sres. Viélé-Griffin, Romain Coolus, Luis Dumur, Maurice Baubourg, Henri Ghéon, por sus largos y excelentes artículos que sólo la modestia me impide citar.

En cuanto a las revistas llamadas "Grandes Revistas", coincidieron en callarse.

Esta obra de tono sobrio. ("Le Petit Caporal")

...no le consagramos más que algunas líneas a título de curiosidad literaria. ("La République")

"El Rey Candaules" es una obra regularmente tupida, en la que el autor, sin quedarse corto en el uso de su libertad de dramaturgo, nos inicia en aventuras más que extraordinarias. ("Le Petit Bleu")

...obra bastante morigerada, a pesar de sus pretensiones de promover algún alboroto, por las ideas en ella agitadas. El alboroto no se ha producido, y las ideas carecen de audacia.

...La obra no está mucho más desarrollada que el análisis precedente. No he podido encontrar su significado. ("Le Moniteur Universel")

El Sr. Lugné-Poë, a quien debemos tantos artificios y tantas tentativas afortunadas, parece haber estado menos acertado que de costumbre al presentar el "Rey Candaules". Esta obra no tiene nada de original, a no ser la extrema pretensión de su autor a la creación artística. ("Le Chroniqueur Mondain")

A la lectura esta composición había parecido, aunque extraña, no carecer de originalidad, y fina en sus detalles. Esa ilusión se ha desvanecido en la escena. El género literario con que se relaciona no es, por otra parte, tan nuevo como parece.

¿Lo diré con toda sinceridad? La obra ha perdido in-

terés artístico en la representación. Me ha parecido larga, lenta, oscura, sutil, etc., etc. ("La Semaine Française")

Ni nueva, ni atractiva, la historia del Rey Candaules, que, etc.; no más interesante la historia del pescador Giges, que... etc.; todo esto más bien mal expresado, por... etc., etc. (H. Matagrin, "Réveil des Jeunes")

La fábula de Herodoto no es más fácil de tratar en serio que un dogma de la religión papista o de otra cualquiera. El Sr. André Gide acaba de experimentarlo. Con apreciables intenciones literarias ha probado de deducir alguna filosofía de la historieta, pero su demostración, hecha con ideas en el fondo muy simples y que nada pierden con no ser demostradas, no ha establecido aún la necesidad de desnudar a la reina Nisia.

La obra merece, ciertamente, la estima; me parece, sin embargo, que el anillo de Giges no será necesario para que pase inadvertida. ("L'Aurore")

Verso o prosa, esta mezcolanza sólo tiene de notable una vulgaridad desprovista de simplicidad, bastante ajustada, en definitiva, a la indigencia presuntuosa del fondo. (L. B., "Semaine politique et littéraire")

Obra bastante curiosa, por la forma que el autor le ha dado, pero que a veces se acerca demasiado servilmente a la leyenda antigua, sin remozarla por un comentario original, ni por un detalle inédito. ("L'Autorité")

De esta historia, el Sr. André Gide ha sentido la necesidad de hacer una obra. Ni el teatro ni el tema han ganado nada con ello. ("La Fronde")

El Sr. Gide no desprecia los fracasos fáciles; pertenece a esa pléyade de autores que se encierran en la torre de marfil, bajo pretexto de oposición a la torre de Nesle... ¡Qué lástima que tantos talentos se empeñen en no mostrárnoslo!...

No insisto sobre las fábulas del autor; pero sí sobre la pena que siento al ver a literatos como el Sr. Gide poner tanta pretensión al servicio de lo que creen ser originalidad... ("Le Courrier Français")

Obra fumosa, interminable e incomprensible... El fracaso ha sido completo. ("La Patrie", "L'Echo de l'Armée")

¿Bajo qué forma Giges puede ser verdaderamente el amante de Nisia, si permanece invisible? Todo esto no está claro. ("Le National", "La Dépêche", "Le Monde Artistique", "Le Petit Troyen")

Esta manera de disfrazar una leyenda es infantil...

La manifestación literaria anunciada se redujo a una obra extravagante, escrita con una afectación y un rebuscamiento con mezcla de trivialidad, sin nada de la sal del aticismo. (G. V., "Journal de Rouen")

La nueva obra del "Nouveau-Théâtre", "El Rey Candaules", es para mí un enigma que no llego a descifrar. ("Le Soleil", "La Petite Presse", "Le Libéral", "Le Constitutionnel", "La Cocarde")

"El Rey Candaules" es quizás una obra maestra. ¿Qué sé yo? ¿Qué sé yo?... Leed el prefacio del Sr. Gide y empezad a irritaros... He aquí la obra, que es, en efecto, sencilla, como una obra maestra. Es verdad que la historia es muy pequeña; pero también es verdad que alrededor de esta historia se puede colocar un mundo de cosas, de pensamientos, de ideas. Se puede vestir este esqueleto con concepciones filosóficas, económicas y maravillosas. Es la aristocracia, la cual, etc.; que, etc., los misterios de la Belleza, es decir, de la ciencia, es decir, etcétera. Es aun muchas otras cosas si queremos, muchas otras cosas, etc.

Pero tal como aparece en su dibujo tan escueto, yo

tengo a mi vez el orgullo de decir al orgulloso Sr. Gide que su producción dramática no es una obra maestra. A este grado de simplicidad una obra maestra no es sino una tentativa. (Gaston Leroux, "Le Matin")

El Sr. Gide nos dice que ha querido "hacer, sencillamente, una labor de artista". ¿Pero en qué obra dramática no se persigue ese objetivo?

...Yo no comprendo nada. (Henry Fouquier, "Le Figaro")

Junto con el espectáculo he seguido y releído constantemente el folleto; no podía admitir que el autor delicado y personal de los "Cahiers d'André Walter" se viera reducido a especulaciones tan poco significativas. Del conjunto de la obra surge una impresión de armonía y de ironía filosófica. (Henry Bauer, "La Petite République")

Un poco de grandeza y hasta una belleza. (Catulle Mendès, "Le Journal")

La obra del Sr. André Gide no está torpemente escrita y tiene cierto atractivo de estilo. (Faguet, "Le Journal des Débats")

"El Rey Candaules" me ha interesado en la lectura y aburrido en la representación. El folleto permite, en efecto, seguir un estudio original de sentimiento, y deja tiempo a la reflexión para comprender el pensamiento sutil del autor. En la escena, la finura de ese análisis se pierde, pues la marcha del diálogo no permite al espíritu detenerse en él, y la originalidad excepcional de los supuestos no parece ya sino extravagancia. (Larroumet [1], "Le Temps")

[1] De buena gana colocaría aparte los dos artículos de los Sres. Larroumet y Faguet, los dos únicos (con el Sr. Maurras después) que se hayan dignado hablar seriamente de la obra.

"El Rey Candaules"... ese librito intenso y sutil, que interpreta tan libremente las antiguas fábulas del rey lidio y de su pastor, no dejó de hacerme reflexionar en hermosos problemas, cuando lo leí a solas y a mi gusto.

El Sr. André Gide ha confiado, no símbolos, sino profundas alusiones políticas, a ese pequeño drama de filosofía natural. ¡Oh, muy discretamente! Pero esta discreción dista de excluir la precisión. Etc. (Charles Maurras, "Gazette de France")

Acto I

ESCENA I

La escena representa una parte de un jardín muy cuidado dispuesto como sala de fiestas. Un poco hacia la derecha, una mesa cubierta con todos los preparativos de un festín.

PRÓLOGO

GIGES

Aquel que goza de su felicidad, ¡que se esconda!;
o bien que esconda a los demás su felicidad.
Aquí es donde el rey Candaules, dentro de una hora,
ayudará a los aduladores a enriquecerse a su costa.
¡Tanto peor! Ni hábil para adular, ni para discursear,
y más seguro de mis brazos que de mi lengua,
yo, Giges el pobre,
para poseerlos mejor, sólo dispongo de cuatro cosas en la tierra:
mi choza, mis redes, mi mujer y mi miseria.
Una quinta todavía: mi fuerza,
con la que he construído mi choza y mi orgullo;
con la que he recogido los juncos de las orillas del río,
para recubrir con ellos mi casa;

cuando el mar se retira, he recogido las algas
que han formado, una vez secas, el lecho áspero y perfumado
donde, cada noche, mi mujer y yo, cansados, nos dormimos;
y yo estoy pescando desde el amanecer,
con mi red en un brazo y mi fuerza en el otro;
porque a través del mar, donde todo nace,
los nuevos peces no pertenecen a nadie
mientras no hayan sido pescados.
Yo he pescado el pez que aquí veis.
Yo lo he pescado; mi mujer lo ha guisado.
Desde hace dos días ella está trabajando en las cocinas del palacio.
Como si su felicidad le pareciera
para un hombre solo, demasiado inmensa,
el generoso Candaules llama a su alrededor
a los reyes y a los grandes de sus tierras,
y desde hace dos días las fiestas no paran.
Antaño, yo, Giges el pobre, conocí a Candaules, el rey.
Los dos somos de la misma edad
y cuando ambos éramos muchachos
el niño Candaules bajaba gustoso a la playa;
yo estaba allí jugando; él jugaba
y quería compartir conmigo todos sus juegos,
pues era de un natural dadivoso.
Él ya no se acuerda de esto porque es rico,
pero en la vida de un pobre, todo queda.
Desde aquel tiempo no he vuelto a verle;
pero amo aún a Candaules, y me duele
saberle rodeado de señores
vergonzosamente aduladores, imbéciles,
que se aprovechan de su gran bondad

y le alaban sin ni siquiera poder comprenderle.
¡Viva Candaules! Todos los bellos discursos de los aduladores
no valen las solas "gracias" que él les dirige.
Pero, ¿qué le importa a Candaules que yo le quiera?
Las miradas de los poderosos pasan por encima de los pobres sin verles.
He aquí por qué yo ahora me marcho,
aunque me hayan invitado en las cocinas;
pero el festín terminará tarde,
y mucho más tarde aun la embriaguez;
mañana se me escaparía la marea.
Vamos, Giges el orgulloso, Giges el sobrio,
vé a recoger en la cocina tus redes mojadas;
después, sin mirar demasiado, espera en las puertas
que tu mujer, lavados ya los platos de la comida de los ricos,
se reúna y vuelva contigo
a la casa de Giges, el pescador. Ven, Giges.

(Sale.)

ESCENA II

Entran el cocinero y varios criados cargados con platos.

EL COCINERO

En todas partes, un poco de fruta...
¡Eh, Giges! ¿Te marchas?
¡No! Esas ensaladas más lejos.
¡Giges, quédate con nosotros!

(Sigue dirigiéndose a Giges, que está entre bastidores.)

El rey retiene en su palacio a todos cuantos pasan.
Yo te invito en nombre de toda la cocina.
El rey quiere que esta noche corra tanto el vino
que llegue chorreando hasta nuestras mesas
y que hasta el último criado se maree.

GIGES

(Que vuelve a pasar, cargado con sus redes.)

Yo no soy ningún criado del rey.

EL COCINERO

¿Y qué más da? Si su mesa está demasiado llena y rebosa, aprovéchate.

GIGES

No me gusta eso de aprovecharme del rey.

(Sale por la izquierda.)

EL COCINERO

¡Qué palurdo! Afortunadamente su mujer es más fácil.

(A los criados.)

¡Aprisa, aprisa!

(Varios personajes han entrado y circulan.)

SEBAS Y ARQUELAO

SEBAS

(Toma un higo y se lo come.)

¿Estamos bien colocados?

(El cocinero le señala un sitio.)

¿No está demasiado lejos, verdad, de las flautistas?

EL COCINERO

No las habrá.

SEBAS Y ARQUELAO

¡Oh!

EL COCINERO

La reina no lo quiere.

ARQUELAO

Nos consolaremos mirando a la reina.

SEBAS

¿Asiste, pues, al festín?

EL COCINERO

Es la primera vez que se la ve en público.

SEBAS

¿Por qué se oculta? ¿Se cree demasiado fea?

ARQUELAO

No; al contrario, demasiado hermosa.

SEBAS

¿Cómo? ¿Orgullo?

ARQUELAO

Recato.

(Los dos ríen.)

SEBAS

(Sigue tomando higos; unos se los come y otros los hace pasar a Arquelao.)

¡Despierta tu apetito!
Mi querido Arquelao, estoy desesperado.
Ella se vuelve a marchar.

ARQUELAO

¿Quién?

SEBAS

La cocinera.

ARQUELAO

¿Tu mujerzuela de anoche?

SEBAS

Su marido se la lleva después de cenar.

ARQUELAO

Tanto peor para ti.

SEBAS

Tanto peor para ella, pobrecita...
En cuanto a las flautistas...

(Se alejan.)

(Se oye:)

ARQUELAO

... ¡Qué ogro!

NICOMEDES, SIFAX, FARNACES

NICOMEDES

Pues bien, mi querido Sifax, ahí tenemos un pequeño festín que no se presenta del todo mal. ¿Cuál es tu opinión?

SIFAX

La tengo mejor del festín que de Candaules.

FARNACES

Y sin embargo él es aun mejor que el festín.

NICOMEDES

¿Tú crees?

FARNACES

Sí, porque este festín no nos hará ver sino a un Candaules,
al paso que Candaules nos hará ver muchos festines.

EL COCINERO

(A los hombres del servicio.)

Por ahí unos higos.

SIFAX

(Apartándose con Nicomedes.)

Empiezo a creer, en efecto,
que si el rey nos retiene aquí para las fiestas
y nos colma de atenciones,
no es por política, ni por necedad,
sino, como me lo decías,
por una especie de generosidad indecisa.

(Nicomedes hace el gesto que significaría: "esto es".)

EL COCINERO

Allí faltan dos copas.

SIFAX

(Continuando.)

Y eso es precisamente lo que me molesta:
mientras despreciaba al rey,
aceptaba muy a gusto sus obsequios;
pero si de verdad es el que empiezo a creer,
es a mí mismo, por aceptarlos, a quien voy a despreciar ahora.

NICOMEDES

¡Déjate de complicaciones! No tomes nada que no te ofrezca.
Que el bien venga del cielo o de los hombres,
aceptar alegremente sus beneficios
es el mayor secreto de la felicidad.

EL COCINERO

Me parece que todo está dispuesto.

(Se aparta con los criados. Los señores se alejan.)

FEDRO y SIMIAS ámistosamente, y FILEBO

FEDRO

No, querido Simias, créeme: el rey Candaules
tiene más cordura de la que le concedes;
es de una gran cordura tenerse por dichoso.

SIMIAS

¿Lo es en realidad o simplemente lo aparenta?

FEDRO

Hace falta aun más cordura para aparentarlo.

FILEBO

Sin contar que vale más creerse feliz que tratar de serlo.

FEDRO

A pesar de todos sus tesoros, el rey conoce aún el precio
de la amistad;
y sabe que ésta no se compra con el oro,
y por eso hace poco caso de aquella
que pretenden tener por él los aduladores;
estima en su justo valor sus palabras,
las paga sin creerlas.
Aun más, no le he visto irritarse sino contra ellos.

FILEBO

Si algo le impide ser dichoso,
es, a causa de sus mismos tesoros,
el sentir a su lado a cortesanos, y ni a un solo amigo.

SIMIAS

Tiene a su mujer.

FILEBO

Pero no es lo mismo.

SIMIAS

Se dice que la ama apasionadamente.

FEDRO

Hace muy bien.

SIMIAS

Se dice que ella es extraordinariamente hermosa.

FEDRO

Pero nadie ha podido verla.

SIMIAS

Se dice que asistirá al festín de esta noche.

FILEBO y FEDRO

¿Quién lo dice?

(Entretanto Candaules, con algunos de los señores precedentes, se ha acercado. Oye las últimas palabras y)

SIMIAS

(Se vuelve hacia él para decir:)

Pues el mismo Candaules.

ESCENA III

EL REY CANDAULES

Sí, lo dice Candaules. Sí, la reina Nisia
adornará el festín de esta noche. Noche espléndida...
La belleza de este día había ido creciendo hasta esta hora
como un himno de alegría que ascendiera
hasta cierta aguda vibración
que los sentidos sólo perciben apenas.
Ahora todo se calma, y el himno languidece;
pero, en el pequeño mirador donde estábamos aún no
hace una hora,
uno se extasiaba.
Hubierais debido venir con nosotros, amable Filebo;
allí los laureles están en flor,
y en la sombra dan un perfume...

SIFAX, NICOMEDES y FARNACES

...Deleitoso.

EL REY CANDAULES

(Siempre a Filebo, que está aún cerca de Fedro y de Simias.)

Estáis estorbando a Fedro y a Simias.

FEDRO y SIMIAS

¡Oh, de ninguna manera!

EL REY CANDAULES

A ellos sí que no les pido que me sigan,
su amistad busca la soledad, y sabe llenarla.
Estoy celoso de tu amistad, hermoso Simias;
es más preciosa que mis bienes
y quiero que mis bienes la protejan.
Sebas, por ti he hecho traer desde lejos higos blancos,
me alegro de que tu buen gusto los prefiera,
por encontrarlos, como yo mismo, más jugosos, más sabrosos;
Farnaces, tu ingenio me ha encantado:
mañana me continuarás aquella historia.
Han sido de mi agrado, querido Sifax, los versos que me has dicho;
los haré poner en música. ¡Ay! Arquelao,
esta noche no habrá flautistas...
La reina se hallará presente...
Si las miraras como ayer hiciste
su pudor se sentiría incomodado.
Señores, me avergüenza reclamaros esta atención:
tened en vuestras conversaciones la mayor decencia:
la reina se hallará presente;
dentro de un momento vuelvo con ella.

(Se va. Retrocede un poco.)

¡Qué espléndida noche!...
Hemos tomado en el mirador, amable Filebo,
los más dulces sorbetes en que puedas soñar...

¡Oh, plenitud de mi dicha!
¿Cómo tendría bastante con mis solos sentidos para agotarla?
¡Gracias os sean dadas, señores, que me ayudaréis;
exprimiendo, como el licor de un racimo,
de este atardecer, todo cuanto tiene aún de embriaguez y de felicidad!
Un gozo que con vosotros se comparte resulta doble.
Mañana repetiremos este hermoso día...

(Se aleja.)

SIFAX

Candaules es maravilloso.

ARQUELAO

Es bello.

SEBAS

Es grande.

NICOMEDES

Su manera de obsequiarnos es magnífica.

FARNACES

Sí, realmente.

SIFAX

Brindaremos ahora mismo por la felicidad de Candaules.

FARNACES

Sifax, esto es peligroso.

SIFAX

¿Para quién? ¿Para mí?

FARNACES

Para él.

SIFAX

¡Bah!... ¿de dónde podría venirle la desgracia?

NICOMEDES

De su mujer, quizá...

FEDRO

No se puede ser más fiel.

FILEBO

O de él mismo, entonces...

SIMIAS

¡Chist! Cállate... Aquí están.

ESCENA IV

EL REY CANDAULES

(A la reina.)

Quitaos vuestro velo; todos son amigos míos.

LA REINA

¡Cuántos amigos, querido señor! Os sabía muy rico,
y, sin embargo, no de esta manera.
Que todos sean bienvenidos a mi lado,
ya que vos me queréis junto a ellos en esta mesa.

(Todos se sientan. Cierto embarazo sigue a las palabras de la reina.)

ARQUELAO

(Dirigiéndose a Farnaces.)

Habla... ¡vamos!

FARNACES

(A media voz.)

No sé ya qué decir, sino que la reina es muy hermosa.

ARQUELAO

(Dirigiéndose a Filebo.)

Vos, entonces.

(Filebo hace señal de silencio.)

LA REINA

¡Cómo! ¿Os calláis? ¿Es por mí?
Por más gusto que tenga en complacer los deseos
de Candaules,
sentándome, como lo he hecho, a esta mesa,
si pudiera pensar
que fuera en menoscabo de la alegría del banquete,
abandonaría esta mesa ahora mismo,
pues la alegría está aquí
mucho más en su sitio que la reina.

NICOMEDES

No me atrevo a expresar a la reina
que la extraordinaria belleza de sus rasgos
nos tiene aún asombrados a todos,
hasta el extremo de que nuestro silencio no es
más que una admiración contemplativa.

EL REY CANDAULES

¡Basta, Nicomedes!
Esto es precisamente lo que temía
y quería evitar la reina:
que la alaben.
¡Nisia!, por favor contestadles;
estos señores, si vos no prestáis atención conmigo,
corren el peligro de sólo presentar al festín
un fastidioso torneo de cumplidos bien hechos
y de réplicas faltas de osadía.
Sin duda vuestra insólita presencia
los tiene un poco cohibidos.

Os juro que por lo general saben hablar mejor;
por favor, que vuestra gracia venga en su ayuda;
que cure el mal que les ha hecho vuestra belleza
y disipe el tedio que todos empiezan a difundir.

LA REINA

Si verdaderamente mi rostro es culpable,
es fácil, señor, impedirle que cause más daño.
Soportad que cubra de nuevo su rubor con un velo
que no levantaré sino obligada
y que no hubiera debido levantar sino delante de vos.

EL REY CANDAULES

(Irritado.)

No, Nisia, no... Unas palabras más por este estilo
y todo el placer del festín se habrá estropeado.
Quitaos por completo ese velo, Nisia.
Y nosotros, señores, de prisa,
¡ofrezcamos nuestra primera copa a la alegría!
La de este festín duerme aún.
¡Vamos, que el ruido de las voces la despierte!

(Movimiento.)

¡Nisia!... ¡Bebed también, Nisia!

SIFAX

¿Contestaré en nombre de todos?

VARIOS

¡Sí, empieza, Sifax!

EL REY CANDAULES

Llena primero tu copa.

SIFAX

En nombre de los amigos de Candaules,
ofrezco mi copa a la belleza perfecta
de Nisia, mujer de Candaules...

EL REY CANDAULES

¡Basta, Sifax!

SIFAX

Y también a Candaules, quien poseyendo un bien tan precioso,
en vez de ocultarlo a todos y guardarlo para sí solo,
permite que con él se embriaguen nuestras miradas respetuosas y encantadas.

VARIOS

(Levantando su copa.)

¡Muy bien! ¡Muy bien, Sifax!... ¡Viva Candaules!

EL REY CANDAULES

Os lo ruego, señores, no me agradezcáis
que ofrezca a este banquete la belleza de la reina;
ciertamente, me dolía demasiado conocerla solo.
Cuanto mayor era la admiración que por ella sentía,

tanto más cuenta me daba también de cuánto os privaba
a todos.
Yo me parecía a mí mismo como un codicioso acaparador
que poseyera injustamente una parte de la luz.

FARNACES

¿Injustamente, Candaules? ¿No es justo que cada cual
disponga de su bien como se le antoje?

EL REY CANDAULES

Acaso... Pero el bien del que yo solo gozara
me parecería que lo robo a todos.

SEBAS

Imposible expresar mejor un pensamiento más admirable.

LA REINA

(A Candaules.)

¡Vaya, señor! Parecéis olvidar
que yo soy el bien del cual se habla.

EL REY CANDAULES

¡Oh, interpretáis mal mis palabras!
No pensaba ya en vos, Nisia,
y lo que decía no era verdad
sino de una manera más general.

FILEBO

Y vos, señora, ¿qué es lo que pensáis del compartir?

SIMIAS

Filebo es muy atrevido.

LA REINA

(A Filebo.)

Que hay ciertas formas de felicidad que uno mata
antes que poder compartirlas.

(El festín se ha animado poco a poco. Se habla de prisa y es casi juntos como contestan Sebas, Fedro y el rey.)

EL REY CANDAULES

(Molestado, como no habiendo oído más que la respuesta de la reina.)

Pero eso también depende de con quién...

FEDRO

(A Simias.)

¿Has oído cómo la reina
ha eludido finamente la ironía?

SEBAS

Imposible contestar más finamente
a pregunta más especiosa.

EL REY CANDAULES

¡Basta, Sebas! Es mejor que te ocupes de los higos.

(Le lanza algunos.)

¡Fedro! ¿No bebes? ¡Anda, alarga tu copa!
Señores, he decidido probaros a todos.

NICOMEDES

¿Probarnos, Candaules? ¿Y por medio de qué?

EL REY CANDAULES

Por la embriaguez.

FEDRO

Yo soy un mal bebedor, y la embriaguez me asusta.
Te ruego, Candaules, que me dispenses.

EL REY CANDAULES

¡Eh, Fedro! ¿Qué es lo que temes?
La embriaguez no revela en nosotros
más que lo que llevamos dentro de nosotros mismos.
¿Por qué debería temer
quien no tiene nada de innoble que mostrar?
La embriaguez no deforma; sólo exagera;
o, más bien, hace exteriorizar a cada uno
lo que a menudo ocultaba por exceso de pudor;
a ti, Fedro, tu sabiduría; a Farnaces y a Sifax, su ingenio;
a Arquelao, nada; a Sebas, los higos con que se harta.

FEDRO

El rey va a hablar demasiado.

EL REY CANDAULES

(A los criados.)

Servid ese pescado.

NICOMEDES

¡Está bastante dorado!

EL REY CANDAULES

Apuesto a que frecuentaba ese lugar del mar
donde se pone el sol de verano. O si no, mirad...

(El cocinero lo enseña.)

ARQUELAO

Es soberbio.

EL COCINERO

Sí. Es una dorada.

EL REY CANDAULES

¡Brindemos por el esplendor de este pescado, señores!
Y tú, Farnaces, haznos unos versos sobre la dorada...
¡A ver!

FARNACES

El rey sin duda olvida que los peces son mudos.

SIFAX

¡No todos! Se habla de uno que trasmitía los oráculos.

FARNACES

Entonces tú te encargas de los versos, Sifax...

VARIOS

¡Los versos! ¡Los versos!

SIFAX

Aguardad... ¡Y allá ellos si son malos!
El sol que te ha dorado
con sus sublimes rayos, dorada,
habla a quien haya adivinado
tus oráculos, dorada.

FARNACES y CANDAULES

¡Bravo, Sifax!

NICOMEDES

Esperemos que el pescado sea mejor que los versos.

(Se sirve el pescado.)

EL REY CANDAULES

¿Cómo lo encontráis, Farnaces, Arquelao?

FARNACES

Excelente...

ARQUELAO

(Dando un grito.)

¡Voto a tal! ¿Qué es esto?
Por poco me como una sortija.

NICOMEDES

(y otros).

¡Una sortija!...

ARQUELAO

Y me ha roto dos dientes.

SIFAX

(A media voz.)

¡Qué voraz animal!

ARQUELAO

Estaba escondida en la carne del pescado.
¿Os reís?

SIFAX

(y otros, exclaman):

¡No faltaba más!

SEBAS

¿No ves que te tragas unos bocados descomunales?

ARQUELAO

¡Habría podido ahogarme!

SIFAX

¿Nada más que eso?

NICOMEDES

Veamos un poco la sortija.

FILEBO

(Pasándosela.)

Eso no es trivial.

NICOMEDES

(Reclamándola a su vez.)

¿Dices que en el pescado?

SIFAX

¡Vaya un manjar raro!

NICOMEDES

La piedra es bonita.

EL REY CANDAULES

¡Bah! Yo no veo aquí más que un zafiro bastante ordinario.
Tengo varios mucho más grandes y más puros.
Mañana te los enseñaré, Nicomedes.

SIFAX

(a cuyas manos ha llegado la sortija después de haber dado la vuelta).

¿Y ahora de quién será la sortija?

ARQUELAO

El pez me la da; yo se la doy al rey.

SIFAX

¡Ah!, por ser de Arquelao, a fe mía que la frase es muy bonita.

VARIOS

¡A Candaules, eso es! ¡A Candaules!

FEDRO

(que ha vuelto a tomar la sortija para pasarla de nuevo al rey).

Esperad. Hay algo escrito.

NICOMEDES

(Inclinándose hacia Fedro para mirar.)

Sifax tenía razón: la dorada ha hablado.

EL REY CANDAULES y NISIA

¡Ah!, ¿qué dice?

NICOMEDES

No veo. No veo bastante.

FEDRO

Farnaces tiene buena vista.

FARNACES

(Levantado y acercándose a una de las antorchas o a una de los lámparas que los criados han traído entretanto.)

Dos palabras griegas.

EL REY CANDAULES

Tradúcenoslas.

FARNACES

Εὐτυχίαν κρύπτω.

FEDRO

"Yo escondo la dicha."

VARIOS

¿Yo escondo la dicha?... ¿Qué dicha?

NICOMEDES

El oráculo no es claro.

FARNACES

(Como si viera aún algo más.)

¡Esperad!... ¡Esperad!...

(Todos se quedan suspensos.)

No... Eso es todo.
Rey Candaules, pongo este misterioso anillo en tu dedo.

EL REY CANDAULES

(Con un gesto detiene a Farnaces.)

Cocinero... ¿de dónde viene este pescado?

EL COCINERO

Un hombre lo trajo hace poco.
Lo compré porque me pareció hermoso.

EL REY CANDAULES

¿Dónde está ahora ese hombre?

EL COCINERO

Se ha marchado a su casa.

EL REY CANDAULES

¿Por qué no le has convidado al banquete de esta noche en la cocina?

EL COCINERO

Él es quien no ha querido.

EL REY CANDAULES

No me gusta ver desechar mis ofrecimientos...
¿Qué clase de hombre es ése?

EL COCINERO

Nada más que un pobre pescador.

EL REY CANDAULES

¿Y qué se le dió por ese pescado?

EL COCINERO

Cuatro monedas de plata.

EL REY CANDAULES

Oro es lo que merecía.

EL COCINERO

Es tan desgraciado que la plata le ha bastado.

EL REY CANDAULES

En primer lugar, no hay desgraciados en mi reino...
O bien es que yo no lo conocía.
¿Cómo se llama el pescador?

EL COCINERO

Su nombre es Giges, para serviros.

EL REY CANDAULES

Que se le busque. Quisiera conocerle.
Juro que ningún dedo entrará en este anillo
antes que yo haya visto a ese hombre...
¿Giges, dices?

EL COCINERO

Sí, Giges.

EL REY CANDAULES

Antes que haya podido hablar a Giges el pescador.
¡Anda! Vé a buscarle.

EL COCINERO

(que da indicaciones a un hombre).

Vamos corriendo.

(Un silencio bastante largo acompaña el silencio del rey. Luego se oye:)

SEBAS

Hay más claridad aquí en la sala.

FILEBO

Y este rincón del jardín es admirable bajo la noche.

NICOMEDES

¡Qué vista!
Me gusta que se extienda así hasta el mar,
donde... ¡Mirad! Empieza a rielar el delicado creciente
de la luna.

NISIA

¿Qué resplandor es aquél?

FEDRO

Señora, es la luna.

ARQUELAO

¡Eh!, no... Allí, junto al borde de la playa.

FARNACES

Se diría una choza que está ardiendo.

NICOMEDES

¡Ah! Es muy hermoso.

SEBAS

Estos faisanes están exquisitos.

ARQUELAO

Yo he tomado una codorniz.

SIFAX

Candaules no dice nada y parece preocupado.

EL REY CANDAULES

Ya casi no se ve... Traed las luces.

(Traen las antorchas.)

¡Mi copa está vacía!
¡La vuestra también! Filebo, Farnaces. ..El vino se agota.

(Filebo rehusa el vino que le ofrecen.)

¡Eh!, habla, pues, si no bebes... porque yo estoy inquieto.
Esas dos palabras de la sortija... ¿Tú qué piensas?
Yo no puedo distraer de ellas mi espíritu.

FILEBO

¡Oh, Candaules! ¿Por qué?
Yo creo que no son sino de esas palabras de doble sentido,
que suelen atribuirse a los oráculos.
No deben más que a su misterio el crédito que se les otorga.
Después de mucho cavilar, al final se descubre,
bajo su apariencia de enigma, una gran verdad sobrado conocida.

FARNACES

Y las más de las veces no se descubre absolutamente nada.

EL REY CANDAULES

Entonces, para vosotros, ¿esas palabras no significarían nada?

FILEBO

¿"Yo escondo la dicha"? No; nada.

EL REY CANDAULES

¡Tanto mejor! Me habrían podido inquietar.

NICOMEDES

Además, si estas palabras me parecen de índole
para desanimar hasta a un hombre en ayunas,

nosotros no estamos ya, ni unos ni otros,
en estado, creo yo,
de resolver enigmas ahora.

SIFAX

¡Muy acertado, Nicomedes!
Brindemos, pues, sencillamente, por la felicidad de Candaules.
En vez de imitar a la sortija, él por lo menos
no oculta su dicha. ¡Al contrario!

FARNACES

(Levantándose para brindar con los demás.)

¡Por Candaules, el hombre más dichoso de la tierra!

EL REY CANDAULES

(Dando un fuerte puñetazo en la mesa.)

¡Alto! ¿Qué es lo que sabéis de mi dicha? A ver...

FEDRO

(Muy tranquilo.)

Nada, Candaules.

EL REY CANDAULES

(Calmándose.)

Perdonadme, señores.
No sé qué inquietud

ha podido arrebatarme... Y vos, Nisia,
que os calláis tan pronto como ya no se reclaman vuestras palabras,
decid: ¿qué pensáis de mi dicha?

NISIA

Que es igual que la mía, señor.

EL REY CANDAULES

(Irritándose de nuevo.)

¡Enigmas todavía!... ¿Qué queréis decir con esto?
¡Vamos a ver! Hablad más claramente.

NISIA

Quería decir
que temo se marchite si permanece descubierta...

EL REY CANDAULES

(En quien el vino empieza a hacer su efecto.)

¡Entonces cubríos de nuevo!
Me importa poco, ahora que todos los presentes os han visto.

(Nisia hace un gesto de triste sorpresa.)

¡Oh, Nisia! ¡Perdóname!... ¡Ay!, ¿qué he podido decir?
Y, sin embargo, no quería causaros pena...
Pero es que, muy al contrario, a mí me parece

que mi dicha saque su fuerza y su violencia de lo ajeno.
A veces me parece que no existe
sino por lo que de ella conocen los demás,
y que no poseo
más que cuando me saben poseedor.
Os juro, señores, que me importaría poco
poseer toda la tierra,
si para ello me fuera preciso quedarme solo en la tierra,
o si no llegara a saberse.
Señores, no lo dudéis, es sobre todo
mientras participáis de mi riqueza,
cuando la siento.
Yo soy muy rico. Ninguna embriaguez
puede hacerme exagerar.
Soy muy rico.
Y si me irritaba hace un momento,
cuando bebíais diciendo "Por la salud
de Candaules, el hombre más rico de la tierra",
es porque esta riqueza, señores,
todavía no la conocéis bien.

FEDRO

No era por tu riqueza, Candaules.
¡No! Por tu dicha brindábamos.

EL REY CANDAULES

(Levantándose y exaltándose.)

¡Eh! ¡Eso es aun peor!
¿Qué es lo que sabéis de mi dicha?
¿Y qué es lo que yo mismo sé de ella?
¿Es que uno puede mirar su dicha?

No se ve más que la de los demás;
la suya uno no la ve sino cuando no la mira...
El aire, esta noche, es de una blandura agobiadora...
¡Bueno! ¿Y ese Giges? ¿Es que no llega?

(El rey Candaules se levanta, sale de su sillón o del banco, se tambalea un poco, pero muy poco.)

¡Traedme vino! Quiero que aquí todos estén embriagados!
Achisparemos a Giges cuando venga.

(Le dan de beber. Se acerca a Fedro.)

Y tú no sabes aún, Fedro... un secreto...

(Se sienta entre Fedro y Simias. El orden de los comensales se dispersa, tal como sucede en nuestros banquetes a la hora del café. Nicomedes se acerca a la reina y le habla.)

EL REY CANDAULES

(A Fedro, continuando.)

Después de todo, a mí, ¿qué me importa la felicidad?
¿No es verdad que sólo es digno de los pobres
preocuparse de ser dichoso?
Vamos a ver, Fedro, ¿me comprendes
y tu sabiduría aprueba
lo que no puedo decir más que a ti?
Cada nuevo bien que se posee
trae consigo su nuevo deseo de probarlo.
Y poseer, para mí, es experimentar.

(Da con su copa vacía contra la mesa, y escucha el sonido que produce.)

¿Por qué no dices nada, Fedro? ¿Es que no has bebido nada?
¡Oh, Fedro! ¿Tu dicha se encuentra, pues, en el sosiego?
¿Enseñas al sueño? ¿No a la vida?
¿Tendré yo más sabiduría que tú, filósofo,
para comprender que, donde abunda la dicha,
es donde abunda aun más la vida?
¡Oh, Fedro! Para alcanzar más dicha y más vida el hombre se agota,
cuando es pobre, en desear,
y aun te diría no en desear,
no, sino en trabajar por lo que se desea.
Y cuando lo posee: en arriesgarlo.
¡Arriesgar! Es la forma de la dicha; la de los ricos...
Es la mía.
Soy tan rico, ¡Fedro!, y tan lleno de vida...

SIMIAS

Si tu dicha consistiera en una amistad
no hablarías de ponerla en juego, Candaules...
Pero una amistad, esto es lo que aún te falta.

EL REY CANDAULES

Es verdad; ¿con cuántos tesoros, hermoso Simias,
no compraría la tuya?

(El cocinero vuelve y trae a Giges por la izquierda.)

EL COCINERO

Rey, aquí está el pescador.

EL REY CANDAULES

(Desde la parte derecha de la mesa, donde ha vuelto a sentarse.)

¡Ah! ¿Tú eres Giges?

GIGES

Sí, yo soy Giges, rey Candaules.

EL REY CANDAULES

¿Giges el pescador?

GIGES

Sí, Giges el pescador.

EL REY CANDAULES

¿Giges el pobre?

GIGES

Giges el pobre, rey Candaules.

ARQUELAO

No es muy elocuente.

SEBAS

La costumbre del pescado.

EL REY CANDAULES

¡Basta, Sebas! Acércate, Giges.
¿Por qué no estabas en el festín de las cocinas?

(Giges no contesta nada.)

Que se le dé una copa. ¿Bebes vino alguna vez?

GIGES

Puede decirse que nunca.

EL REY CANDAULES

Prueba éste.

(Viendo que un servidor va a servirle vino ordinario.)

¡No! De éste, no. Sírvele del mejor.

FARNACES

¡Anda! ¡Ya verás qué bueno es, Giges!

EL REY CANDAULES

¡Basta, Farnaces!
¿Es verdad que eres tan desgraciado, Giges?

GIGES

No, desgraciado no; miserable.

EL REY CANDAULES

¿Eres muy pobre?

GIGES

Tengo lo que me hace falta.

SIFAX

No es muy tonto para ser un pescador.

EL REY CANDAULES

¿Qué es, pues, lo que tienes?

GIGES

Tenía una pequeña casita, rey Candaules;
pero, al volver de tus cocinas,
mi mujer, que se había emborrachado un poco en tu casa,
al querer avivar los rescoldos del hogar
para calentar mi sopa de la noche,
ha pegado fuego a la paja.
Y no sé muy bien de qué manera,
como la choza estaba hecha de cosas secas,
todo ha ardido.

EL REY CANDAULES

¿No tenías nada más, Giges?

GIGES

Sí, tenía mis redes.
Han ardido con la choza.

EL REY CANDAULES

¡Es posible! En esta misma tierra,
¿cómo, al lado de una dicha como la mía,
podía darse una miseria semejante?
Quisiera conocer a tu mujer, pobre Giges.

ARQUELAO

Y yo también.

GIGES

¿Verla? Es fácil, Candaules. No está lejos de aquí.
Como está bebida, temía dejarla sola
y la he traído conmigo hasta el palacio.

(Giges sale.)

SEBAS

(Dando con el codo a Arquelao, a media voz.)

¡Arquelao!, vamos a reírnos de lo lindo.
¡Es ella, la maritornes!

ARQUELAO

(A Farnaces.)

Estoy muy excitado.
Realmente, Candaules acaba de tener una idea admirable.

(A Sebas.)

¿Es guapa por lo menos?

SEBAS

¡Bah! ¿Qué quieres que sea la mujer de un pescador?

FARNACES

Despacito, querido, he visto a veces a aldeanas
que no...

FEDRO

(Viendo reaparecer a Giges y a su mujer; ésta, embriagada, parece una salvaje, mal vestida, con el pelo sobre la frente.)

¡Oh, rey! Lo que haces es peligroso.

GIGES

(Enseñándola.)

Aquí está. Señores, la mujer de Giges.

ARQUELAO

¡Eh! ¡Eh!

EL REY CANDAULES

¿Se llama?

GIGES

Yo la llamo Trido.

SEBAS

¡Ah! ¡Ah! ¡Si yo lo hubiera sabido! ¡Trido, Trido!

EL REY CANDAULES

¡Basta ya, señores!
Dejadme hablar amablemente a este hombre.
¿Entonces, pobre Giges, ahora ya no tienes nada más?

GIGES

Es mejor, para mí, no tener sino poco
pero tenerlo solo.

SEBAS

(en plena carcajada).
(A Arquelao.)

¿Le oyes?

GIGES

No tenía, antes, más que cuatro cosas,
no me quedan más que dos.
Uno guarda mejor en su mano dos cosas
que cuatro.

EL REY CANDAULES

¿Y cuáles son esas dos, valiente Giges?

GIGES

Una es mi mujer.

SEBAS

(No pudiendo ya contenerse.)

¡Ah! ¡Ah! Mi buen Giges, referente a ésta
puedes estar bien seguro de que no la tienes solo.

EL REY CANDAULES

(Indignado.)

¡Sebas!

SEBAS

¡No! Tampoco puede admitirse que esa escoria
venga a hacerse el orgulloso de este modo delante de mí
y a pretender que es el único que toque a esa mujer...

EL REY CANDAULES

¡Sebas!

SEBAS

Cuando, mientras él estaba pescando su pescado amarillo,
ayer, en la cocina... ¿Eh, Trido?

(Arquelao se desternilla.)

NISIA

(A Candaules.)

Pero, señor, esto es horroroso...

EL REY CANDAULES

Perded cuidado, Nisia.
No toleraré que se insulte a este hombre.

GIGES

Gracias, Candaules. Y tú, señor,
cuyo nombre ni siquiera conozco
y que, por cierto, me importa poco saberlo.
Tú puedes mucho sobre mí; yo sobre ti, nada.
Pero yo lo puedo todo sobre esta mujer.
Te he dicho que es mía.

(Ha tomado un cuchillo de la mesa y empieza a apuñalarla.)

Es mía. Es mía.

(Agitación.)

EL REY CANDAULES

Sujetadle.

NICOMEDES

¡Arquelao! ¡Sebas! A ver, sujetadle.

(Sebas, que se ha levantado, se coge los pies en su misma túnica y, completamente ebrio, rueda bajo la mesa. Nisia se levanta y quiere salir; Nicomedes intenta retenerla.)

FARNACES

¡Ah, este hombre es abominable!

EL REY CANDAULES

No, Farnaces, ¡más bien admirable!
Y más noble que tú, Sebas. ¡Sebas!
¿Dónde está ahora?

NICOMEDES

Ha ido a parar debajo de la mesa.

EL REY CANDAULES

Entonces déjale, Farnaces, está mejor ahí que en otra parte.

(Nisia sale.)

¡Nisia! ¿Os marcháis?

(Giges, después de haber permanecido un momento junto a su mujer muerta, quiere apartarse.)

Quédate. Quédate, Giges.
¡Giges!

GIGES

No, señor.

EL REY CANDAULES

¡Giges!

GIGES

No.
Ahora ya no tengo más que una cosa en la tierra.
Pero ésta, nadie podrá quitármela.

EL REY CANDAULES

¿Cuál es?

GIGES

Es mi miseria.

EL REY CANDAULES

Sí, Giges; y quien te la quitará
es tu amo; soy yo.

GIGES

Yo no soy tu criado, ¡oh rey!

EL REY CANDAULES

Bien contestado; ¿le oís, Filebo y Fedro?
No, tú no eres mi criado, ¡valiente Giges!
Y yo no soy tu amo
sino tu amigo.

(A los criados.)

Que se prepare en el palacio una habitación para él.
¡Ah, levantaos, señores! Me imagino que después de esto
no vais a seguir bebiendo...

Acto II

La escena representa una habitación del palacio, abierta a la izquierda, y terminada por una especie de mirador donde están los músicos. Candaules y Giges están aún sentados a la mesa, delante de los restos de una cena. Están casi tendidos sobre asientos bajos. Giges va espléndidamente vestido. Unos músicos acaban una sinfonía.

ESCENA I

El rey Candaules

Esta música ahora me importuna.
¡Terminad! Giges ha visto lo que podíais hacer.
Toda emoción sólo tiene la exquisitez de su sorpresa;
nuestra alegría es igual que el agua móvil de los ríos
que no debe su frescor más que a su constante fugacidad.
(A los músicos.)
Id a deleitar a mis invitados en los miradores.
Disculpadme con ellos de que no me vean esta velada,
me quedo con Giges;
y si me reúno con ellos, no será sino avanzada la noche.
¡Salid! Que vuestra música ligera
sepa apartarles el sueño.

EL REY CANDAULES

(Los músicos se retiran.)

Quitad la mesa.

(Los servidores se dan prisa.)

Dejad este vino azucarado:
Giges quizás aún se servirá...
Alarga tu copa, Giges. Viene de Chipre.
¿Te gusta?

(A los servidores que han quitado la mesa.)

Traednos pronto las lámparas. Está anocheciendo.
¡Daos prisa!

(Los servidores salen. Candaules se acerca a Giges.)

¡Amigo Giges!; así, cuando el mar era contrario
debías acostarte sin cenar.

GIGES

Sí, Candaules. En tus tierras hay más de un pobre que se acuesta más de una noche sin cenar.

EL REY CANDAULES

Hubiera querido saberlo antes.

GIGES

¿Para qué?

EL REY CANDAULES

Para inquietarme con ello, quizá.

GIGES

¿Para echar a perder tu dicha?

EL REY CANDAULES

Al contrario, mi dicha hubiera vencido la miseria...
Creía mi dicha tan grande, tan radiante,
que junto a ella nada pobre fuera posible.

GIGES

¿Así, lo que haces por mí, lo hubieras hecho sin conocerme?

EL REY CANDAULES

Incluso sin conocerte; sí, es verdad.

GIGES

(Vuelve tristemente la cabeza.)

¿No lo ves, rey, cómo la amistad no es posible?

EL REY CANDAULES

¡Oh!, Giges, ¿pero por qué?

GIGES

Lo que haces por mí, lo haces por compasión.
No se tiene amistad, se tiene compasión por un pobre.

EL REY CANDAULES

¡Pobre! Ya no lo eres. ¡Levántate! ¡Levántate!
¡Mírate, Giges! Mira cómo ha cambiado tu vestido.
¡Oh espléndido Giges! ¿Quién te compadecería ahora?

(Giges se ha levantado; mira su vestido espléndido, pero parece preocupado y se aparta de Candaules.)

Toma este collar...

(Desata uno de sus collares y quiere ponerlo al cuello de Giges.)

Lo quiero.

(Giges, que ahora tiene el collar, ha vuelto a sentarse; Candaules, con insistencia, junto a él:)

¿Me crees rico?

GIGES

Sí.

EL REY CANDAULES

¿Muy rico?

GIGES

Sí, muy rico.

EL REY CANDAULES

Pero, oye, díme... ¿de cuánto?

GIGES

Sé que tan lejos como puede extenderse mi mirada
tu reino se extiende hacia el horizonte.

EL REY CANDAULES

¡Oh Giges! Mi reino sobrepasa mucho el horizonte.

GIGES

Se dice que tienes islas en el mar.

EL REY CANDAULES

De ellas mis barcos regresan cargados...
Y esto no es más que una pequeña parte de mis bienes.
¿Te imaginas el oro que hay en mis sótanos?

GIGES

Pienso que casi tanto como el que falta a los pobres.

EL REY CANDAULES

No hables de los pobres, Giges;
puedo hacerlos ricos como reyes
sin ni siquiera notar una disminución en mi fortuna.

Mañana visitaremos mis palacios.
Querido Giges, tu choza era estrecha, ¿no es cierto?

GIGES

Sí, Candaules, estrecha y baja.

EL REY CANDAULES

¿Crees que tengo alhajas?

GIGES

Me has enseñado unas muy hermosas.

EL REY CANDAULES

Tengo otras aun más bellas; ya verás.
¿Qué es lo que solías beber?

GIGES

Agua.

EL REY CANDAULES

¿Te gusta este vino?

GIGES

Voy acostumbrándome.

EL REY CANDAULES

Tengo mejor.

GIGES

(Retirando la cabeza de entre sus manos.)

Rey Candaules, ¿por qué te empeñas tanto
en que conozca tu fortuna?

EL REY CANDAULES

Para que te alegre la amistad
que te hace participar de estos bienes.

GIGES

Yo pensaba que la amistad que querías
no era la de tus bienes, sino de ti mismo.

EL REY CANDAULES

Deja tu ironía, Giges,
y no resistas más a la dicha.
Qué importa que uno dé y otro reciba
donde dos gozan juntos de los mismos bienes.
Escucha: la inquietud no me dejará
mientras no conozcas
en toda su complicación, mi fortuna.

GIGES

Rey, posees muchas cosas
cuyo mismo nombre no significa nada para mí.
¿De qué sirve que me las nombres?
Su gusto de ningún modo se imagina.

EL REY CANDAULES

Giges, quiero hacerte probar la dicha.

GIGES

En lo que no se puede tener, es mejor no pensar.

EL REY CANDAULES

Pero ya que yo te daré todo esto, todo esto...
¡Oh Giges! ¡Demasiado tiempo desgraciado Giges!
Quiero que hoy tu placer
sea más grande que lo que era tu pena.

(Los servidores traen antorchas, luego se retiran. Silencio.)

EL REY CANDAULES

¿En qué piensa mi amigo Giges?...
En estas horas de la noche, ¿qué hacías ayer?
Cansado por las olas amargas,
pobre pescador...

GIGES

(Interrumpiendo.)

Regresaba a su choza donde le esperaba Trido.

EL REY CANDAULES

Trido, es verdad. ¿Echas de menos a Trido?
¡Pobre Giges! Siéntate junto a mí.
Contéstame. ¿La querías?

(Giges sigue callando.)

¡Oh Giges!, ¿acaso no tendrás por mí
más que una amistad sin confianza?
¡Oh!, mi amigo Giges... contéstame; háblame.
¿La querías? ¿Oyes?

GIGES

(Se coge la cabeza con las manos y solloza.)

En las noches de invierno, ella se calentaba en mi lecho.
Yo le decía: Trido; ella respondía: Señor.
Yo creía que me amaba, yo era feliz.

EL REY CANDAULES

¡Pobre Giges!

(Candaules, molesto, se ha levantado; preocupado, anda dando grandes pasos por el fondo de la sala; a media voz:)

¿Qué me propones, inquieto pensamiento?...

(Apaga resueltamente algunas antorchas; luego, siempre de pie, se vuelve hacia Giges.)

Giges, ¿sabes por qué había empezado a quererte?
Sólo tú habías comprendido la belleza de la reina...
¡Pobre Giges! Antes de haberla visto,
podías creer que tu mujer era hermosa...
Pero te he visto que, de pronto, veías a Nisia,
y en seguida Trido ya no te ha parecido hermosa.

(Se acerca a Giges.)

Giges, es por eso que la has matado, ¿no?

GIGES

¡Oh, rey!, ¿cómo puedes pensar en esto?

EL REY CANDAULES

¿Eh? ¿Soy hábil para escudriñarte?

GIGES

Tan cierto como creo en Dios, no es así.

EL REY CANDAULES

(Andando de nuevo.)

¿Tú crees en Dios?

GIGES

Claro que sí.

EL REY CANDAULES

Yo, no mucho. Sencillo como eres,
no imaginas más que cosas sencillas;
pero yo...

(A media voz.)

¡Más alto, habla más alto, mi más joven pensamiento!
¿Dónde quieres conducirme? ¡Admirable Candaules!

(Sigue andando y apaga de nuevo una antorcha; luego, vuelto hacia Giges:)

Entonces, de veras, es porque...
¿Así, te molestaba mucho saber
que tu mujer no te pertenecía a ti solo?

GIGES

Por eso la maté
y porque no podía matar al otro.

EL REY CANDAULES

¡Noble Giges!... Es curioso...
¿Así, pues, hace falta poseer tan pocas cosas
para desear poseerlas con tanta exclusividad?
...Pero, ¿si el otro hubiese sido tu amigo?

GIGES

¡Oh rey! ¿Cómo un amigo podría pensar en engañarme?

EL REY CANDAULES

Claro... ¿pero si lo hubiera hecho sin engañarte?

GIGES

Ya no te comprendo, rey Candaules.

EL REY CANDAULES

No importa... ¿Entonces no viste a la reina?

GIGES

Sí, un poco; pero no la miré.

EL REY CANDAULES

Entonces es que no la viste...
Es imposible no mirarla cuando se la ve.

(Más bajo, a Giges.)

Ella lo sabe y quiere que no la vean más. Me ha dicho:
Que esta mi primera aparición sea la última.

(Se acerca más a Giges, y aun más bajo.)

Giges... ¿Tú quisieras ver a la reina?

GIGES

(Como cansado de la insistencia se levanta; finge no haber oído.)

Estoy cansado ahora; déjame.

EL REY CANDAULES

(Reteniéndole por el vestido.)

Giges... ¿deseas ver a la reina?

GIGES

(Desasiéndose.)

No.

EL REY CANDAULES

¿Por qué?
Giges, quiero hacerte ver a Nisia.

GIGES

(Violentamente, vuelto hacia Candaules.)

Pues yo no quiero verla.

EL REY CANDAULES

(A media voz.)

¡Ah! ¡Si la hubieras visto!...

GIGES

¿Pero es que no la quieres?

EL REY CANDAULES

¡Oh! ¡Aun más que a mí mismo!
Por esto sería necesario que ella no sepa...
¡Y me quiere tanto!...
Esto te dirá su belleza.
Pero, escúchalo muy bajo:

(Se inclina al oído de Giges.)

Nunca, nunca he deseado a otras mujeres.
Su cara no es nada... ¡Si tú supieras, Giges!
¡Y su ternura! Y si la oyeras entonces...
Yo sufro cuando oigo alabar a otra mujer

y me digo: es porque no la conocen.
Giges... ¿quieres conocer a Nisia?

GIGES

¡Cómo! ¿Quieres probarme? No te comprendo.

EL REY CANDAULES

Lástima... Dejemos esto...
Este collar que te he puesto en el cuello
todos mis servidores lo conocen;
todos ellos obedecen a quien lo lleva.
Es el collar del rey; te lo doy.
¿De mi amistad, dudas todavía?

GIGES

Mientras seas tú el que siempre dé,
sí... Ahora déjame salir; tengo sueño.

EL REY CANDAULES

(Un poco irritado.)

¡Ya dormirás más tarde! Quédate, Giges:
Escucha:
Tú también me has dado algo...

GIGES

¿Yo? ¿Qué?

Siéntate; ¡anda!... Quédate un poco.

(Giges vuelve a sentarse a medias.)

¿Ves esta sortija?
Ayer aún no hacía mucho caso de ella;
pero era porque no conocía su valor.
Sin embargo, dos palabras grabadas detrás del chatón
me inquietaban tanto como su extraña procedencia.
Giges, la sortija estaba oculta
en la carne del pez que ayer pescaste.
Al querer comerlo, uno de nosotros la encontró,
me la alargó; pero yo, sorprendido, turbado,
juré no ponérmela en el dedo
antes de haber podido hablar con el pescador
gracias al cual aquel pescado se hallaba en mi mesa.
Entonces tú llegaste. Hablamos los dos;
y el sangriento final de aquella comida
hizo que no pensara más en la sortija.
Pero al volver a encontrarla esta mañana,
yo estaba en compañía de los señores, mis invitados,
casi sin darme cuenta me la puse en el dedo.
Al instante: "¿Pero dónde se ha ido Candaules?", dijo uno de ellos.
"¿Pero dónde está? Se ha marchado. Se ha marchado..." dijeron todos.
Sin embargo, yo no me había movido.
Yo les veía, allí,
cerca de mí, muy cerca, como lo estoy de ti...
Ellos ya no me veían...
Así sorprendido, lleno de alma y de dicha,

comprendí que el anillo me volvía invisible...
Tuve la fuerza de no decir nada,
y suavemente me escabullí de entre ellos.
Y en seguida pensé: esta sortija
a quien la debo es a Giges, a mi amigo;
se la enseñaré esta misma noche.
Aquí está.

GIGES

¡Cómo! ¿De veras sería tu amigo, querido Candaules?

EL REY CANDAULES

Fíjate... mírame bien.

(Muy ostentosamente, se pone el anillo en el dedo.)

¡Oh!... Te derrites como un grano de sal.
El aire va recubriéndote... desapareces... ¡Candaules!
¿Vives todavía? ¿Dónde estás?... Candaules...

(Ostentosamente Candaules se ha sacado el anillo. Es completamente inútil que, cualquiera que fuese el artificio, Candaules desaparezca de la vista de los espectadores, pues los gestos de Giges bastan para indicar que ya no le ve. Tan pronto como Candaules se ha sacado la sortija, Giges, echándose a sus pies, indica que le ve de nuevo.)

¡Ah! ¡Mis ojos!... ¡Helo aquí!
Desapareces y reapareces como un dios, rey Candaules.

EL REY CANDAULES

Como un dios no, Giges,
sino como vas a hacerlo tú mismo,
si te pones esta sortija en el dedo...
¡Toma! Póntela.

(Giges, temeroso, mira la sortija, luego se atreve a ponérsela en el dedo.)

¡Prodigio! Un sueño, para los ojos del durmiente que se despierta,
no es más rápido en huir...
Milagroso anillo, desaparecido de la mirada
con aquel que haces desaparecer,
protege la dicha de mi amigo Giges, ¡y ocúltala!
¡Ocúltate bien, Giges!... ¡Chist! ¡Oigo a Nisia!

(Vuelto al azar hacia el sitio donde había dejado a Giges, y que está vacío, pues Giges, como lleno de espanto, ha retrocedido.)

¡No aparezcas más, Giges! Ten firmemente esta sortija en tu dedo!
¡Ni una palabra! ¡Ni un ruido!
Sé invisible como el aire, ¡oh transparencia!

(Apaga de nuevo otra antorcha. La sala está ahora poco alumbrada.)

¿Sois vos, Nisia?

NISIA

(Desde fuera.)

¿Señor?

EL REY CANDAULES

¿Venís aquí?

NISIA

(Lentamente.)

¡Esta noche es tan hermosa!... ¡Candaules, venid a verla! ¡Qué dulzura fuera!

EL REY CANDAULES

(Al oír estas palabras, se queda como temblando de triste ternura... Aparte, y como sollozando, dice:)

¿Nisia? ¡Amor mío! ¡Nisia queridísima!
¡Aguántate! ¡Aguántate, vacilante pensamiento!...
¡Pronto! ¡El vino! ¿Queda aún bastante? Estaba flaqueando.

(Bebe; luego, al azar, en el vacío:)

¡Escóndete bien! Estoy haciendo una insensatez...

ESCENA II

Nisia se acerca un poco, aunque sin dejar de permanecer en la parte de la habitación que forma mirador y que sólo está alumbrada por la luna; ahora una sola antorcha ilumina débilmente el interior del aposento. Instintivamente, si bien invisible para ella, Giges se ha estreme-

cido al ver que avanzaba Nisia; retrocede a la izquierda y durante toda la escena permanece medio disimulado. Candaules se ha acercado a Nisia.

NISIA

Hubiera venido mucho antes,
pero creía que no estabais solo;
de lejos me parecía oíros hablar.

EL REY CANDAULES

Estaba recitando en voz alta los versos de Sifax.

NISIA

¿Por qué les habéis dejado, esta noche, a vuestros invitados?

EL REY CANDAULES

Me cansaban un poco.

NISIA

Desde que están aquí, apenas si puedo veros...
Ya no sabéis estar solo.
¿Ya no os gusta la soledad?

EL REY CANDAULES

No.

NISIA

¿Y os sentís solo, conmigo?

EL REY CANDAULES

¡Oh! ¡Nisia!

NISIA

¡Escuchad!... Vuestros músicos, a quienes se oye en el mirador...
¿Por qué les habéis enviado allá?

EL REY CANDAULES

Pues por estar solo con vos, amiga mía...

NISIA

De lejos, así, su música es encantadora;
a merced del viento, se acerca o desaparece.
¡Fijaos! ¡Ahora ya no se oye más que el silencio!
¡Qué largos me han parecido estos días y estas noches sin vos!

EL REY CANDAULES

Lo mismo a mí... Estoy cansado
de las charlas, de los cantos y de las risas,
y no espero su término para volver a vos.

NISIA

Reconoced que, mientras os escapáis, mi amor ayuna
y que me duele no estar ya sola con vos.
¡Me habéis acostumbrado tanto a ser dichosa!
Querido y amante amigo, que tanto hicisteis por mí...

EL REY CANDAULES

¡Mi Nisia! Por ti haré aun más.
Siempre más... Siempre más enamorado.
Me extraño a veces
de saber inventar tan poco para complacerte.
¡Ah, todo cuanto se ha hecho en la tierra para el amor,
quisiera que todo esto fuera inventado por mí!
¡Ay! ¿Qué puedo hacer?...

NISIA

Querido Candaules, amarme.

EL REY CANDAULES

Nisia, te adoro.
Ven, entremos... Podrías resfriarte.

(Quita el manto real de los hombros de Nisia.)

NISIA

(Como abandonándose.)

Apagad esa luz.

EL REY CANDAULES

(Reteniendo el gesto que Nisia hace hacia la antorcha.)

Déjala... Quiero verte.

NISIA

Vuestras miradas van a hacerme creer
que en mí no amáis más que mi belleza.

(Ríe y quiere apagar ella misma la antorcha.)

EL REY CANDAULES

(Irritándose.)

Te digo que la dejes.

NISIA

(Como jugando.)

Entonces, quiero una promesa.

EL REY CANDAULES

(Como aceptando el juego.)

Prometo...

NISIA

¿Qué?

EL REY CANDAULES

(Desabrochando una prenda del vestido de Nisia y vuelto misteriosamente hacia Giges, parece no prestar atención a lo que dice.)

¡Lo he prometido! ¡Todo cuanto quieras!... ¿Qué?...
Lo que sea.

NISIA

(Dejando caer una primera prenda.)

Que nunca más levantarás mi velo
ante más ojos que los tuyos.

(Candaules, angustiado, se tambalea.)

¿Qué tienes?

EL REY CANDAULES

(Se ha sentado, como aturdido.)

No sé... Dame, te lo ruego,
un poco de vino de este jarro... No es nada.

(Nisia se ha apartado para darle de beber.)

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué es lo que voy a atreverme a hacer?
¡No puedo más!...

(Aprieta los puños.)

¡Candaules, estás flaqueando!

¿Quién... quién haría nunca esto, sino tú?
¡Ánimo!

NISIA

(Dándole de beber.)

¿Os encontráis mejor, mi señor?

EL REY CANDAULES

Sí, gracias. Me siento mejor.

(Bebe.)

NISIA

(En un tono diferente.)

Filebo no me gusta; es osado.

EL REY CANDAULES

Y Fedro, ¿te gusta?

NISIA

Ya no le distingo bien. ¿Quién era?

EL REY CANDAULES

Lo mismo da... ¿Y Nicomedes?

NISIA

Ése me aburre...
Bueno, no hablemos más de ellos... Tengo sueño.

(Entretanto Nisia se ha ido desnudando poco a poco. Se arregla el peinado; luego se sienta en el lecho que está en el fondo del aposento, para quitarse las sandalias.)

EL REY CANDAULES

(Arrodillado.)

Déjame que yo mismo te quite las sandalias.

(Los cabellos de Nisia quedan sueltos y se derraman sobre Candaules arrodillado.)

Me gusta ver tus cabellos derramándose sobre mí.

NISIA

Y ese pobre pescador. . . ¿qué ha sido de él?
Oye. . . ¿me contestas?
Creo que le has sacado de su miseria. . .

EL REY CANDAULES

(Molesto.)

¡Chist! . . . Calla.

NISIA

¿Por qué callar?
¿Te crees que no conozco tu bondad?

EL REY CANDAULES

¡Nisia! . . .

NISIA

¿Cómo le llamas?... Contesta.

EL REY CANDAULES

No sé.

NISIA

¡Pobre hombre!... ¡Es terrible lo que ha hecho!
Pero yo le compadezco...
¡Oh! ¿Cómo puede una mujer...?
Ha hecho bien en matarla...
Pertenecer a dos... ¡Oh! ¡Es horrible!

EL REY CANDAULES

Oye, habla más bajo, Nisia.

NISIA

¿Más bajo? ¿Por qué?

EL REY CANDAULES

Esas palabras me son penosas.

NISIA

¡Oh, perdona! Ni siquiera quiero pensar más en ello.
Olvidemos incluso que se pueda ser infiel...
¡Candaules, amor mío!

EL REY CANDAULES

¡Nisia adorada!

NISIA

(Que acaba de prepararse para la noche.)

No puedo desatar este rizo; deshazlo...

(Se ha levantado un rumor de cantos lejanos.)

¿Oyes esos cantos?

EL REY CANDAULES

Son mis huéspedes, que me aguardan
y encuentran que va pasando la noche;
les había prometido volver a verles después de anochecido.

NISIA

¡Oh, si les dejaras!... ¿No?

EL REY CANDAULES

(Que quiere alejarse.)

Sólo un instante... Acuéstate, Nisia,
vuelvo en seguida... Acuéstate, amiga mía...
¡Qué hermosa eres, Nisia!

(Nisia se ha desnudado casi por completo. Giges, a pesar suyo, mira y se ha adelantado; se

nota que lucha y que no quisiera ver; en el momento en que Nisia va a dejar caer su último velo, se lanza hacia la antorcha que queda y la echa al suelo.)

¡Giges!...

NISIA

(Muy asustada, vuelve a taparse con una cortina de cama o vestido.)

¡Oh! ¿Qué hay?

EL REY CANDAULES

(Exaltado y enloquecido por lo que quiere hacer.)

Nada, nada...Tranquilízate;
al pasar, he tropezado con la antorcha...
Duerme... duerme. Vuelvo en el acto.

(Nisia se acuesta.)

VOCES DE FUERA

¡Candaules! ¡Rey Candaules! Te estamos esperando; nos cansamos...

EL REY CANDAULES

(Gritando.)

Ya voy.

(Tropieza con Giges, que también quiere salir, completamente trastornado y con el manto puesto sobre la cara.)

EL REY CANDAULES

(En voz baja.)

¿Eres tú, Giges?... ¿Eres tú?

GIGES

(Muy bajo.)

Sí, soy yo.

EL REY CANDAULES

(Imperioso.)

¡Quédate!

(Yéndose.)

Y ahora, que todo sea dichoso a mi alrededor.

(Sale.)

Acto III

El mismo decorado que en el primer acto. Sifax, Nicomedes y Farnaces están hablando, a la derecha.

ESCENA I

SIFAX

Y este envío, ¿no os parece demasiado postizo?

(Leyendo.)

"¡A mí qué me importa el copero!
Cuando en mi copa escancia
su vino claro por encima de mi hombro,
yo, sin mirar al copero,
ofrezco mi copa al rey Candaules.
Pero cuando el copero es Candaules,
ofrezco mi copa al copero."

NICOMEDES

Sí, tus versos son agradables; pero no veo muy bien por qué
se refieren más a Candaules que a cualquier otro.

FARNACES

Y yo no veo por qué esto puede molestarte.
Lo que alabamos en un hombre son
cualidades que no le pertenecen como propias;
lo que nos gusta de Candaules es su riqueza...
y su generosidad, que nos invita a gozar de ella.
Si no tuviera generosidad, no podríamos gozar de su riqueza.

(Los otros protestan.)

Pero si no tuviera riqueza, no gozaríamos de su generosidad.

(Nicomedes ríe.)

SIFAX

Y no sería a Candaules a quien yo alabaría.

FARNACES

(Repitiéndose los versos de Sifax.)

"Pero cuando el copero es Candaules
Ofrezco mi copa al copero."
¡No importa! Yo, si fuera botella,
quisiera poder dar las gracias a Candaules,
por alegrar, gracias a mí, a tanta gente a la vez.

(Desde hace unos momentos Fedro y Simias han entrado por el fondo; permanecen un poco apartados de los demás.)

FEDRO

Si la botella pudiera hablar y decir
"yo prefiero ser bebida por Nicomedes más que por Candaules:
sabe catar mejor"...
quizá Candaules tendría menos prisa
en escanciar con ella tu copa.

FARNACES

Mi querido Fedro, no hay más que el mal vino que nos diga:
"yo preferiría ser bebido por otro".
El buen vino siempre me ha dicho a mí...

SIFAX

(Interrumpiéndole y tirándole del manto.)

No malgastes tu ingenio... Vamos a leer mis versos,
antes de que el banquete... Ya sólo falta poco.
¿Venís, Fedro y Simias?

FEDRO

No; vuestros versos parecerán mejores sin nosotros.
Creeréis expresar un sentimiento más personal.
al ser sólo tres en expresarlo.

NICOMEDES

Cuidado, que yo no expreso nada: yo acompaño.

FEDRO

Nosotros no acompañamos.

(Los demás se alejan por la izquierda. Fedro y Simias se acercan mas.)

Dejémosles, Simias... Nuestro sitio no está a su lado.

SIMIAS

Ni tampoco en este palacio. ¿No es así, Fedro?

FEDRO

Es verdad lo que dices. Es verdad lo que dices. ¡Ay, nos marcharemos!

SIMIAS

¿Y dejaremos a Candaules?

FEDRO

Tenía por él el más vivo afecto, y le apreciaba;
pero desde ayer se calla; se encierra; parece que huye de nosotros.
¡Ah! Simias, ¿qué puede contra esto nuestro consejo?

SIMIAS

¿Pero piensas marchar así, sin volver a verle?

FEDRO

No; espero que esté solo para hablarle por última vez.

(Sebas y Arquelao han entrado por la derecha, y examinan los preparativos del festín.)

¡Adiós, Sebas, Arquelao! Bebed, comed; gozad de todo aquí.

SEBAS y ARQUELAO

¡Cómo!... ¿Os marcháis?

FEDRO

¡Adiós!

ARQUELAO

Os equivocáis.

SEBAS

Mirad, para un nuevo festín la mesa está ya puesta.

FEDRO

Con lo que os dejaremos podréis comer más... Ven, amigo.

(Fedro y Simias salen por la izquierda; Sebas y Arquelao se miran, luego se encogen de hombros.)

ARQUELAO

¿Tienes apetito?

SEBAS

Sí.

ARQUELAO

¿Ya?

SEBAS

(Lamentablemente.)

Arquelao, estoy engordando.

ARQUELAO

Come menos.

SEBAS

¡Alto! ¡Podría enflaquecer!

ARQUELAO

Podrías comer más, después.

SEBAS

¿Tú crees? . . . A fe mía, debes tener razón.
Devuelvo este higo.
Es verdad, a mediodía podré comer más.

(Filebo entra muy rápidamente por la derecha.)

FILEBO

¿Habéis visto a Farnaces y a Sifax?

ARQUELAO

Estaban...

SEBAS

(Interrumpiendo.)

Están aquí.

(Entran de nuevo Nicomedes, Sifax y Farnaces. Filebo se ha sentado en un banco cerca del festín, con las manos en las caderas, como sofocado.)

NICOMEDES

¿Has visto a Candaules, Filebo? Le andamos buscando por todas partes.

FILEBO

Ahora mismo acabo de dejarle.

SIFAX

¿Pero dónde estaba?

FILEBO

¡En todas partes!
En todas partes y en ninguna; anda huído, azorado, errante...

¡Ah, amigos míos!... ¡Dejadme reír!...
¡Ah, bonito caso! ¡Ah! ¡Ah!...

(Como sofocado por haber reído demasiado.)

FARNACES y SEBAS

¿Qué quieres decir?

FILEBO

¿Os acordáis del anillo con el que por poco se ahoga Sebas?

ARQUELAO

¡Cuidado! El que estuvo a punto de ahogarse fuí yo.

FILEBO

Bueno. Me importa poco.

ARQUELAO

Pero a mí me importa mucho.

FILEBO

¡Lo mismo da!... Dejadme explicar.
¿Te acuerdas, Farnaces,
de las palabras griegas que tus ojos vieron escritas en él?

SEBAS

¡Cuidadito! Quien las vió fué Fedro.

FILEBO

No me interrumpáis...

NICOMEDES, FARNACES y SIFAX

¡Pero sigue! Te estamos escuchando.

FILEBO

No sé cómo fué que aquella noche
el rey, inquieto al principio por las dos palabras grabadas,
pudo olvidar el misterioso anillo que las llevaba.
Creo que fué a causa de la llegada de Giges, el pescador.
¡Ah, amigos míos! ¡Si supierais la continuación!... Es
tan graciosa...

LOS DEMÁS

Cuéntala... ¡anda!

FILEBO

No sé cómo contarla.

NICOMEDES y FARNACES

¡Bah! Sigue de una vez.

FILEBO

(Contorsionado por la risa.)

No... ¡Pero si hubierais podido ver al rey Candaules!

SIFAX

¿Pero qué hace?

FILEBO

Está buscando.

SIFAX y FARNACES

¿Buscando qué?

FILEBO

(Gritando.)

El anillo.
Escuchad... Escuchad... Es la más loca aventura.

(Todos los demás se han agrupado alrededor de Filebo, que permanece siempre sentado en el banco.)

A lo que parece, ayer por la mañana
—¿por qué?, yo no lo sé;
¿cómo?, tampoco lo sé—,
Candaules se puso por fin esta sortija en el dedo.
Estaba con nosotros. ¿Os acordáis que, súbitamente,
al no verle más, le anduvimos buscando?

ARQUELAO

Sí. ¿Y por qué se había marchado?

FILEBO

No se había marchado.

FARNACES y NICOMEDES

(Impacientes.)

Continúa. Explícate.

FILEBO

Parece que el anillo... No me creeréis.

LOS DEMÁS

Pero cuéntanoslo.

FILEBO

Este era el sentido de las dos palabras griegas...

(Muy serio.)

Al que se pone esa sortija en el dedo, ya no se le ve.

NICOMEDES

¿Qué quieres decir con esto?

FILEBO

El anillo vuelve invisible al que lo lleva.

LOS DEMÁS

La historia es muy bonita... ¡Ah! ¡Ah!

FILEBO

¡Esperad, esperad el final!
¡No es esto lo más sabroso del caso!...
Candaules, muy sorprendido, no dijo nada;
y al principio —él me lo ha dicho al menos—,
atreviéndose apenas a creerlo,
desea asegurarse en alguien del poder del anillo.
Giges se encontraba allí; sin buscar más, pues,
el rey le entrega el anillo; Giges se lo pone... ¡No se le ha visto más!

SEBAS y ARQUELAO

¿Cómo que no se le ha visto más?

FILEBO

Que no se le ha visto más.
¿Giges ha comprendido su repentino poder?
Lo cierto es que ha emprendido la huida en silencio:
Giges llevando el anillo, el anillo ocultando a Giges.
Desaparecido... Desaparecido... ¡Candaules ya puede buscar!
Giges no es tan tonto; está oculto en todas partes.

(Entretanto Giges ha entrado por la derecha y ha avanzado despacio, de suerte que al final del relato de Filebo está enfrente de éste, y como en medio de los señores que le rodean; Giges permanece de espaldas al público.)

Muy hábil es quien sabe hallar sin ver.

Candaules va de una parte a otra gritando: ¿Habéis visto a Giges?
¿Habéis visto mi sortija?...
¿Pero quién podría verlos ahora?
¡Candaules sí que ha encontrado a su señor!
Donde Giges quiere, en todas partes, Giges puede estar.

LOS DEMÁS

¡Prodigioso! ¡Prodigioso!

FILEBO

Pero todo lo contrario de delicioso,
porque delante de él cada uno de nosotros se queda sin ojos.
¿Qué podemos contra alguien que no vemos?
¿Qué haríamos, señores, si de pronto su voz
viniera a enterarnos de que Giges está aquí... está aquí...
escuchando nuestra conversación y dispuesto a llamarnos imbéciles?

GIGES

(En voz baja.)

¡Imbéciles!

(Ante la voz de Giges, cada uno de los señores huye donde puede. En medio de su espanto, Arquelao choca con un árbol, y creyendo haber dado con Giges:)

ARQUELAO

¡Oh!... perdonadme...

(La escena queda vacía con Giges solo.)

ESCENA II

GIGES

(No bien solo, se ha dejado caer al suelo contra el banco en que estaba sentado Filebo, como abrumado de vergüenza y desesperación.)

¡Mi anillo! ¡Mi anillo!

(Lo aprieta contra sus labios.)

¡Ocúltame a mi pensamiento! . . .
A todos les das miedo, invisible Giges.
¡Anillo! ¿Por qué no puedes ocultarme a mí mismo?
Pues Giges tiene miedo de Giges.

(Se coge la cabeza con las manos y solloza.)

¿Con mis abrazos, demasiado duros, te he lastimado?
Lleno de amor y terror, he huído; la he dejado
durmiendo aún y tendida al borde del lecho. . .
He corrido bajo la noche; he huído como un ladrón,
por el césped helado, a lavar en el rocío
la fiebre de mis manos, el horror de mi pensamiento,
el rubor de mi frente, el crimen de mi corazón. . .
Oigo pasos. . . ¿Dónde esconderme? . . . ¡Es ella!

(Se queda en el suelo, un poco apoyado en el banco. Entran Nisia y Candaules.)

ESCENA III

NISIA

(Apoyada en Candaules. Los dos van a sentarse en el banco.)

¡Cómo, señor! ¿Por eso estáis preocupado?
Pero, ¿qué tenía ese anillo para que su pérdida hasta tal punto os atormente?
¿Es eso lo que hizo que me dejarais tan temprano esta mañana?
Desde el amanecer, tibia aún, medio despierta,
mis manos os buscaban por el lecho,
¡ay!, y no encontraron más que un sitio helado.
¿Habéis podido dejarme cuando yo aún os amaba?
¡Ah! ¡No sabéis lo que os reservaba mi despertar!...
Cuando, después, he vuelto a veros en el jardín,
ya no erais el ardiente amante de anoche, el que yo prefiero...
Parecéis inquieto... ¿Qué tenéis?... ¿Huís?...
Señor, de ese anillo voy a estar celosa:
os ocupa más que yo, que vuestra esposa.
¿No me decís nada? Vuestra boca es ingrata.
¿Qué importa ese anillo? ¡Tenéis tantos bienes!...
Vos, que siempre dais, imaginad sencillamente que lo regalasteis.

EL REY CANDAULES

¡Ah, solamente quisiera volver a verlo!

NISIA

Entretanto, alejad de vuestra frente estas arrugas.
¡Esta mañana es tan hermosa!... ¡Mirad! En el aire límpido
todo parece enamorado como nosotros, y riente...
De esta noche, señor, me siento casi rendida.
¡Ah, señor, vuestro amor me es más bello que el día!
Y esta noche me era...

EL REY CANDAULES

(Interrumpiendo.)

No habléis más de esta noche, Nisia.

NISIA

Señor, yo puedo silenciarla,
pero vuestra Nisia toda ella la recuerda
y se repite aún, uno a uno, vuestros besos...
¡Ah, de todas nuestras noches, la más bella noche de amor!

EL REY CANDAULES

¡La más bella, dices, Nisia!... ¿La más bella?...

NISIA

¡Señor!... ¿Os extraña? ¿Qué he dicho? ¿Qué tenéis?

EL REY CANDAULES

La más bella... ¿por qué?

NISIA

(Enrojeciendo.)

¡Basta!... Señor, os estáis divirtiendo con mi turbación...
¿Por qué os levantáis?... ¿Os vais? ¿Qué tenéis?

EL REY CANDAULES

(Aparte.)

¡Tú, Candaules, celoso!... ¡Ah, basta ya!...
Mala pasión, ¿te callarás?

(Hace ademán de dominarse.)

Perdonad...

(Nisia quiere atraerle hacia el banco, le coge un faldón del vestido.)

No..., dejadme.

(Se desase, y aparte:)

¡La más bella!... ¡Ah, me gustaría, al menos, saber por qué!...
La más... Es absolutamente necesario que vuelva a ver a Giges.

(A Nisia, de la que se ha apartado un poco por la izquierda.)

Allá veo a Fedro...
Perdonad; vuelvo al instante.
¡No! No me sigáis... Dejadme, Nisia.

NISIA

Entonces os espero aquí... Volved en seguida.

(Giges, durante esta escena, se ha incorporado poco a poco.)

ESCENA IV

GIGES

(A media voz.)

¡La más bella de todas las noches!... ¡Basta, anillo!... ¡Basta!

(Se arranca el anillo del dedo.)

Aunque por ello tuviera que morir, ¡me es preciso hablarle!

(Se arregla los vestidos descompuestos y se acerca.)

¡Señora!...

NISIA

(Sorprendida, se tapa de nuevo con el velo.)

¡Ah! ¡Me habéis sorprendido!...
No oí acercarse a nadie.

GIGES

(Inclinado hacia ella.)

¡Ah, señora!...

NISIA

¿Qué queréis?

GIGES

(Le alarga la sortija.)

El anillo que busca Candaules... aquí lo tenéis.

NISIA

¿Por qué, si sabéis que lo anda buscando,
no lo habéis entregado en seguida a él mismo?

GIGES

A vos es a quien quiero entregarlo primero.

NISIA

¿Pero cómo es que tenéis este anillo?

GIGES

El rey me lo ha dado.

NISIA

Y si os lo ha dado, ¿por qué lo busca?

GIGES

No para volver a ver el anillo, sino para volver a verme a mí.

NISIA

No os comprendo... Pero, entonces, ¿quién sois vos?
No estabais, me parece, en el festín de la otra noche.

GIGES

Sí... pero no llegué hasta el final del festín...
Soy Giges. ..¿Os acordáis, señora,
de Giges el pescador, por el que preguntabais
anoche, diciendo a Candaules:
"Y ese pobre pescador, qué ha sido de él?"
Aquí está.

NISIA

(Un poco desconcertada, primero.)

Bajo estos ricos vestidos, ¿cómo reconocerte, pescador?...
¿Es la bondad del rey la que te los ha dado?

GIGES

(Confusamente.)

Sí, reina; él me ha dado todo esto... todo esto...
Y el anillo que aquí tenéis.

(Se inclina de nuevo, y se lo alarga.)

NISIA

Voy a entregárselo.

GIGES

Por favor... todavía una palabra, señora... Este anillo...

(La reina mira la sortija y va a ponérsela en el dedo.)

¡Ah! ¡No os lo pongáis en el dedo!

NISIA

¿Por qué?

GIGES

(Ansioso, pensando en lo que va a decir.)

El anillo...

NISIA

Habla, pescador.

GIGES

Vuelve... invisible al que lo lleva.

NISIA

(Sonriendo.)

Entonces sí que es un anillo muy precioso, y ahora comprendo
por qué Candaules lo buscaba tanto.

GIGES

Quizá también porque ya no lo encontraba.

NISIA

(que empieza a inquietarse).

¿Tú te ocultabas, Giges?

GIGES

Él me ocultaba, señora.

NISIA

Pero, oye... ¿por qué el rey te había dado este anillo?

GIGES

Para ver sin ser visto.

NISIA

¿Y qué es lo que el rey
podía querer enseñarte de este modo?

GIGES

(Cayendo de rodillas a los pies de Nisia.)

¡Vos, Nisia!

(En el acto le tiende un puñal, que ella coge instintivamente.)

¡Matadme! ¡Matadme!... Yo soy el que esta noche...
Yo soy el que esta mañana os dejaba dormida...
¡Ah! Hubiera podido callarme y vos no hubieseis sabido
nada,

pero yo estaba aquí cuando dijisteis
que esta noche de amor fué de todas las noches...

NISIA

(Cuya confusión ha ido aumentando a cada palabra de Giges y que empieza sólo a comprender, lanza un grito, y le interrumpe.)

¡Candaules! ¡Horror! ¡Horror! Yo creía ser amada.

GIGES

(que se incorpora un poco).

Pero ya lo erais, señora...

NISIA

(Iracunda.)

¿Qué dices?

GIGES

(Tiernamente).

Que lo sois, Nisia.

NISIA

(Como decidiéndose bruscamente ante estas palabras, y poniéndole el puñal en la mano.)

Vé a matarle.

GIGES

(Azorado.)

¿A quién?... ¿A él?

NISIA

Vé a matarle.

GIGES

(Deja caer el puñal al suelo.)

No puedo.
¡Mi amigo!...

NISIA

¡También era mi esposo! Mátale.

GIGES

No puedo... Es él quien me ha dado...

NISIA

Es él quien me ha traicionado.

(Desgarra su velo.)

Ya vuelve. Uno de vosotros dos ha de morir.
Aprisa... Toma otra vez el anillo... ¡Apuñálale!
¡Mátale!

GIGES

(Aterrado.)

¡Cómo! ¿Sin dejarme ver?

NISIA

¡Para mí ya has sabido ocultarte!

GIGES

Él me ha dado el anillo.

NISIA

(Exasperada por esta resistencia.)

¡Oh! ¡Es necesario que uno de vosotros dos esté celoso!

(Coge a Giges y le besa furiosamente en los labios.)

¡Oh! Le matarás, Giges... ¡oh!, ¡tú le matarás!
¡El anillo! Ponte el anillo.

(Ella se lo pone en el dedo.)

¡Ocúltate! Ya llega.

(Entra Candaules hablando con Fedro; Nisia y Giges retroceden hacia el fondo de la escena.)

ESCENA V

EL REY CANDAULES

(A Fedro, a media voz.)

No, Fedro, si me quieres
quédate aún hasta este banquete,
es el último, te digo; el último...
Aún no habrán terminado de beber
cuando yo diré: ahora, dejadme;
este palacio, estos festines

han de pertenecerme ahora a mí solo,
y a Nisia...
Y a Nisia, óyeme: ahora la encierro
en la sombra, lejos de todos, para mí solo;
como un perfume sutil, indiscreto, que se orea...
Basta, no hablemos más de esto ahora; aquí está ella.
¿Asistirás al festín?

FEDRO

Sí, asistiré.

EL REY CANDAULES

Déjame.

(Fedro sale.)

EL REY CANDAULES

(A Nisia.)

El banquete está preparado... Pronto será mediodía.
Es la hora en que van a venir los señores mis huéspedes.
Nisia, os acompaño hasta vuestro aposento.

(Se acerca a ella, que retrocede. Giges está un poco detrás de ellos.)

NISIA

No. Asisto al banquete.

EL REY CANDAULES

¿Cómo? ¿Queréis ir?

(Se da cuenta de la turbación de la reina.)

¿Qué tenéis, Nisia?

NISIA

(Retrocede de nuevo, y vuelta hacia el invisible:)

¡Dale fuerte, Giges! ¡Dale fuerte! Tened cuidado, Candaules...

(Ansiosamente.)

¡Mátale! Mátale, te digo... ¡Ah!

(Giges apuñala a Candaules en el momento en que éste empieza a inquietarse.)

EL REY CANDAULES

(Caído al suelo, hacia la izquierda de la escena.)

¡Cómo! ¡Eres tú, mi Giges!
¿Por qué me has matado?
Yo no sentía en mí más que bondad.
¡Nisia!... Giges, también era yo el que te había dado el puñal.
Quítate el anillo...
Quisiera verte otra vez.

(Giges vacila un momento, luego arroja la sortija lejos de sí.)

GIGES

(Espantado y desolado, se arrodilla ante Candaules, e inclinado hacia él:)

¡Candaules! Mi amigo...

(Candaules muere.)

NISIA

(Tirándole del vestido.)

¡Levantaos! ¡Rey Giges!

GIGES

(Perplejo.)

¡Yo! ¡Giges!... ¡Rey!

NISIA

Vos sois mi esposo; yo soy la reina.
Aquí están vuestros invitados. ¡Levantaos! ¡Sosteneos!

(Quita la diadema del turbante de Candaules.)

Poneos esta corona. ¡Ah!, este velo me ahoga.

(Se lo arranca por completo.)

LOS SEÑORES

(Acercándose un poco; rumor.)

¡Candaules!
¡Oh!
Es horroroso.

SIFAX

(Reteniendo a Fedro y enseñándole a Giges.)

Chist. ¡Tened cuidado!...

NISIA

(Majestuosamente, del brazo de Giges.)

¿Queridos señores, venís? El banquete os espera.
¡Arquelao!, esta noche tendremos bailarinas.

(Fedro sale, llevándose a Simias.)

GIGES

(que se ha recobrado poco a poco).

Sentaos, señores.

(Con hostilidad, hacia Nisia.)

Este rostro tan hermoso, señora,
creía que debía permanecer velado.

NISIA

(Despreciativa.)

Velado para vos, Giges. Candaules ha desgarrado mi velo.

GIGES

(Muy brutalmente, vuelve a taparle la cara con un faldón del vestido.)

¡Pues bien! Recosedlo.

SIFAX

(En medio del rumor que este movimiento provoca.)

¡Vamos, señores, brindemos por la dicha de Giges!

A Bernard Grocthuysen

EDIPO

Drama en tres actos

1930

Edipo se estrenó en París, en el "Théâtre de l'Avenue", el 18 de febrero de 1932. Dirección escénica, decorados y vestuarios de Georges Pitoeff. Los principales papeles estaban desempeñados por:

Georges Pitoeff	Edipo
Jean Hort	Tiresias
H. Gaultier	Creón
Ludmille Pitoeff	Antígona
Nora Sylvère	Yocasta

Acto I

Muchas cosas son admirables; pero
nada hay más admirable que el hombre.
SÓFOCLES, Coro de *Antígona*.

EDIPO. — Aquí me tenéis bien presente, completo en este instante del eterno decurso; igual que alguien que se adelantara al proscenio de un teatro y dijera:

Yo soy Edipo. Cuarenta años de edad, veinte de reinado. Por la fuerza de mis brazos, alcanzo la cumbre de la felicidad. Niño perdido, encontrado, sin estado civil, sin papeles, estoy contento sobre todo de no deber nada a nadie, de deberlo todo a mí mismo. La felicidad no me fué dada; yo la conquisté. Por esto la infatuación me acecha, y por evitarla es por lo que me había preguntado primero si no hay predestinación en mi caso. Por temor a ese vértigo de orgullo que hace tambalear a ciertos capitanes, y no de los menos ilustres... ¡Vamos, vamos! Edipo, no te embarques en frases demasiado largas de las que corres el riesgo de no poder salir. Dí llanamente lo que tienes que decir y no des a tus palabras esa hinchazón que ya pretendes evitar en tu vida. Todo es simple y todo viene a punto. Sé tú mismo sencillo y directo como la flecha. Derecho al blanco... Esto me hace volver a lo que estaba diciendo ahora mismo: Es cierto; si a veces llego a creerme empujado por los dioses, es para volverme entonces más modesto y

trasladarles el mérito de mi destino. Pues, precisamente en mi caso, es bastante difícil no estar un poquitín engreído de sí mismo. Lo consigo creando encima de mí un poder sagrado al que, quiera o no quiera, estoy sometido. ¿Quién no se sometería gustoso a un poder sagrado, cuando éste conduce donde yo estoy? Un dios te guía, Edipo; y no hay dos como tú. Es lo que me digo los domingos y días de fiesta. El resto de la semana no encuentro tiempo de pensar en ello. Además, ¿para qué? Yo razono mal; la lógica no es mi punto fuerte; yo procedo por intuición. Los hay que se preguntan a cada momento y a cada agolpamiento de coches: ¿he de dejarles paso? ¿Tengo derecho a seguir adelante? En cuanto a mí, siempre actúo como aconsejado por un dios. *(El Coro, dividido en dos grupos, se sitúa en la parte delantera del escenario, a la derecha y a la izquierda de Edipo.)*

EL CORO *(los dos grupos).* — Nosotros, el Coro, que tenemos por misión especial, en este lugar, representar la opinión de la mayoría, nos declaramos sorprendidos y apenados por la profesión de una individualidad tan indómita. Los sentimientos que expresa Edipo no se soportan en los demás sino disimulados.

Ciertamente, bueno es poner a los dioses de su parte. Pero el medio más seguro es colocarse de parte del sacerdote. Edipo haría bien en consultar a Tiresias, pues es quien no da punto de reposo a los dioses. Edipo, bajo la apariencia de servirnos, corre el peligro de indisponerlos en contra nuestra, e indudablemente es a él a quien debemos los males que en el presente nos agobian. *(A media voz.)* Procuraremos, por algunos sacrificios de no muy crecido costo y algunas oraciones bien dirigidas, granjearnos la indulgencia divina y, apartándonos de

nuestro rey, desviar hacia él solo el castigo que merece su orgullo.

EL CORO DE LA DERECHA *(a Edipo).* — De que seas dichoso, aunque quizá lo digas demasiado, nadie duda. Pero nosotros, tu pueblo, oh Edipo, no somos dichosos; no, nosotros, ¡ay!, tu pueblo, no somos dichosos. Eso quisieran ocultártelo; pero la acción de este drama no podría iniciarse sin que nosotros te participáramos una noticia muy lamentable. La peste, ya que hay que llamarla por su nombre, sigue enlutando la ciudad. Hasta ahora tu familia ha quedado a salvo; pero conviene que un rey no se desinterese de las desgracias de su pueblo, aunque no esté directamente afectado.

EL CORO DE LA IZQUIERDA. — Por lo demás, nosotros no dejamos de pensar que tu dicha y nuestra desdicha son, en alguna mística manera, solidarias; esto es cuando menos lo que nos permite entrever el magisterio de Tiresias.

Interesa que sobre este asunto sepamos a qué atenernos. Apolo debe informarnos. Tú mismo te has dignado mandar, hacia el santuario del dios, al excelente Creón, cuñado tuyo, que pronto debe traernos la tan esperada respuesta del oráculo.

EDIPO. — Precisamente aquí le tenéis de regreso. *(Entra Creón. Edipo, a Creón.)* Bueno, ¿qué?

CREÓN. — ¿No sería preferible que te hablara a solas?

EDIPO. — ¿Por qué? Ya sabes que desprecio las caretas y las segundas intenciones. Por lo tanto, lo dirás todo delante de todos. Te invito a ello. Te lo ordeno. Lo que puede aportar remedio a los males del pueblo, debe conocerlo el pueblo lo mismo que yo. Solamente así puede ayudarme a curarlos. ¿Qué ha dicho el oráculo?

CREÓN. — Exactamente lo que yo presentía: Hay algo podrido en el reino.

EDIPO. — Aguarda. No basta el pueblo. Que hagan venir aquí a tu hermana Yocasta y a nuestros cuatro hijos.

CREÓN. — Oye; te felicito por convocar a Yocasta. Ya sabes cuán vivos son en mí los sentimientos de familia. Además, ella podrá sernos buena consejera. Pero tus hijos me parecen muy jóvenes para participar en la entrevista.

EDIPO. — Antígona ya no es una niña. Etéocles y Polinices son lo que yo era a su edad: nada tontos, temerarios y de pronta resolución. Ya está bien meterles un poco de preocupación en la cabeza. En cuanto a Ismene, ésta sí que no comprenderá. *(Entran Yocasta y los cuatro hijos de Edipo.)*

EDIPO *(a Yocasta).* — Tu hermano vuelve de Pito. Yo quería que todos estuvierais conmigo para oír la respuesta del dios. Vamos, Creón, ahora habla: ¿Qué ha dicho el oráculo?

CREÓN. — Que Dios no cejará en su ira contra Tebas, hasta que haya sido vengado el difunto rey Layo.

EDIPO. — ¿Vengado de qué?

CREÓN. — ¿Es que no sabes que aquel cuyo sitio ocupaste en el trono y en el lecho de mi hermana Yocasta pereció asesinado?

EDIPO. — ¡Sí lo sé! ¿Pero no se ha castigado al culpable?

CREÓN. — La policía no pudo cogerle. E incluso hay que reconocer que no se le ha buscado mucho.

EDIPO *(a Yocasta).* — Tú no me habías dicho...

YOCASTA. — Cada vez que he querido hablarte, amigo mío, me has interrumpido. "No, no me hables del

pasado —exclamabas—. No quiero saber nada de él. Ha empezado una edad de oro. Todas las cosas se han vuelto nuevas..."

CREÓN. — La palabra justicia se convertía en tus labios en amnistía.

EDIPO. — Si conociera al majadero que...

YOCASTA. — Cálmate, amigo mío. Esto es de la historia antigua. No vuelvas sobre el pasado.

EDIPO. — No, no tengo por qué calmarme y quisiera haberlo sabido más pronto. Voto al infierno, no pararé hasta que haya encontrado al culpable. Voy a perseguirlo, dondequiera que se esconda, y juro que no se me escapará. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

YOCASTA. — Yo era viuda desde hacía seis meses cuando tú sucediste a Layo. Hace veinte años de esto.

EDIPO. — Veinte años de felicidad...

TIRESIAS. — ...que son como un día ante la mirada de Dios. *(Tiresias, ciego, vestido de religioso, acompañando a Antígona e Ismene, ha entrado sin ser visto.)*

EDIPO. — ¡Dios mío! ¡Qué fastidioso es ese hombre! Siempre metiéndose en los asuntos de los demás. ¿Quién te ha pedido que vinieras?

YOCASTA *(a Edipo)*. — Amigo mío, de ninguna manera debieras hablar así delante de nuestros hijos. Es imprudente disminuir la autoridad de aquel que les hemos dado por maestro, y que debe acompañarlos. *(Volviéndose hacia Tiresias.)* Decíais...

TIRESIAS. — No quisiera disgustar al rey.

EDIPO. — Lo que puede disgustarme no es tanto lo que se dice como lo que se piensa y no se me dice. Habla.

TIRESIAS. — A solas, Edipo, hablaremos de tu dicha, de lo que tú llamas dicha. Pero ahora se trata de la desdicha del pueblo. Edipo, el pueblo está sufriendo y su

rey no puede ignorarlo. Entre la prosperidad de algunos y la miseria de la mayoría, Dios va tejiendo un lazo misterioso. El nombre de Dios, Edipo, está a menudo en tus labios. No te lo censuro, ciertamente; pero sí que busques en Dios un aprobador más que un juez; pero sí que no tiembles ni poco ni mucho delante de Él.

EDIPO. — Yo nunca he sido lo que llaman un miedoso.

TIRESIAS. — Cuanto más valiente es un jefe delante de los hombres, más gusta a Dios su temblor.

EDIPO. — Si hubiese temblado delante de la Esfinge, no habría sabido contestarle y no hubiera sido rey.

LOS DOS COROS. — ¡Edipo, Edipo!; es inútil. Sabes muy bien que con Tiresias, ni siquiera un rey puede tener la última palabra.

EL CORO DE LA DERECHA. — No cabe duda de que venciste a la Esfinge; pero acuérdate de que después, por haber resuelto el enigma, pretendías poder prescindir de la revelación de los pájaros.

EL CORO DE LA IZQUIERDA. — Y como éstos estorbaban tu sueño, nos metiste en un lío al autorizarnos a cazarlos, a pesar de las prohibiciones de Tiresias.

LOS DOS COROS. — Los guisos de pájaros eran riquísimos; pero nosotros comprendimos que habíamos pecado, cuando Dios, enojado, cubrió de orugas nuestras mieses.

EL CORO DE LA DERECHA. — Y si ayunamos, aquel año, sin duda fué por penitencia...

EL CORO DE LA IZQUIERDA. — ...pero también porque ya no teníamos nada que comer.

LOS DOS COROS. — Por eso, de ahora en adelante, inclinados por completo a la obediencia, te apremiamos a que escuches a Tiresias.

EDIPO *(a sus dos hijos).* — El pueblo siempre prefiere la interpretación mística a la explicación natural: nada que hacer contra esto. *(A Tiresias.)* ¡Vamos! Empieza.

TIRESIAS. — La policía del rey puede ir a la zaga de un criminal. Pero, en espera de que lo encuentre, yo exhorto a la penitencia a cada uno de vosotros; ya que, culpable, cada uno de vosotros lo es ante Dios, y no podemos imaginar ningún hombre sin mancha. Así, pues, que cada uno de vosotros se adentre en sí mismo y se examine y se arrepienta. Mientras tanto algunas ofrendas tratarán de aplacar a Aquel cuya irritación castiga tan rudamente a la ciudad. Los muertos ya no se cuentan. Polinices, con el que me paseaba hace un momento, viendo lo que yo no podía ver, te dirá.

POLINICES. — Sí, padre, no lejos del palacio hemos sorprendido a un grupo de apestados. Ensuciados con deyecciones y vómitos, se retorcían en medio de cólicos atroces y parecían ayudarse a morir unos a otros. El aire resonaba alrededor con sus hipos, sus sollozos, sus suspiros y sus miradas...

CREÓN. — ¡Basta! ¡Basta! *(Ismene se desmaya.)*

EDIPO. — ¡Bueno! He aquí que ahora la pequeña se encuentra mal.

ETÉOCLES *(a Polinices).* — No hubieras debido explicar esto delante de tu hermana.

EDIPO *(a Yocasta).* — Llévate a los chicos, hazme el favor. *(Tiresias sale con ellos.)* Que el pueblo también se vaya. Voy a probar de reflexionar. *(Edipo se queda solo con Creón.)*

CREÓN. — Inconsecuente, como todos los impulsivos. ¿A qué se refiere el juramento que pronunciabas hace un momento?

EDIPO. — ¿Qué juramento?

CREÓN. — ¿Lo ves?, ya no piensas en eso. Pero el pueblo, pero tus hijos están aquí para recordarlo, y Tiresias para recordártelo: el juramento de vengar la muerte del rey.

EDIPO. — Es verdad. ¿Por qué no se persiguió al criminal?

CREÓN. — Al asunto se le echó tierra encima.

EDIPO. — ¿Quién?

CREÓN. — Al principio, yo mismo, entonces rey provisional. Consideraba poco prudente llamar la atención del pueblo sobre este asunto, y dejarle ver que puede matarse a un rey como a otro hombre.

EDIPO. — Está bien, pero ahora ya lo sabe.

CREÓN. — Tampoco Yocasta quiso ordenar las pesquisas, considerando, con mucha discreción, que el comienzo de tu reinado no debía verse ensombrecido.

EDIPO. — Yocasta siempre se ha cuidado de proteger mi dicha. Es perfecta, Yocasta. ¡Qué esposa! ¡Qué madre! En cuanto a mí, que nunca he conocido la mía, tengo por ella un amor casi filial y conyugal a la vez. Escúchame un momento... a su primer marido, ¿le quería?

CREÓN. — De seguro mucho menos que a ti.

EDIPO. — Díme, también:... ¿no tuvieron hijos?

CREÓN. — Esto es toda una historia. No sé si debo decírtelo...

EDIPO. — En este caso no debías decirme nada. Pero ahora quiero saberlo.

CREÓN. — Pues bien, ahí va: no querían tener hijos, porque el oráculo...

EDIPO. — ¡Todavía el oráculo!

CREÓN. — ...había predicho que Layo moriría apuñalado por su hijo. Pero, cierta noche de jolgorio, sin precauciones...

EDIPO. — Ya te entiendo. Y de este hijo de la embriaguez, ¿qué se ha hecho?

CREÓN. — Era un niño. No bien hubo nacido, fué entregado a un pastor, encargado de la triste misión de abandonarlo en la montaña, donde lo devoraran las fieras.

EDIPO. — ¿Ese pastor vive aún?

CREÓN. — Me preguntas demasiado. ¿Quieres mi consejo? No te atormentes por esto. Vive tranquilo.

EDIPO. — Con esta espina en mi almohada, me temo que ya no podré dormir bien. Además, ya lo has oído, Dios pide que el culpable sea castigado.

CREÓN. — Mi querido Edipo, los oráculos, buenos para el pueblo, no pueden imponernos. Nosotros, los gobernantes, hemos de sacar de ellos un afianzamiento del poder, y cambiarlos a nuestro antojo. Los oráculos nos decían que Layo debía ser asesinado; a quien se suprimió fué al hijo. Sin embargo, Layo murió, me objetarás. Si él viviera, tú no habrías podido sentarte en su trono. Así que no vayas a desolarte hoy por su pérdida, ni a inquietarte por saber cómo murió. Si alguien le mató, fué por ti; te ha prestado un servicio; tú no debieras castigarle, sino al contrario, recompensarle.

EDIPO. — ¿Y qué diría Tiresias?

CREÓN. — ¿Le temes?

EDIPO. — No es exactamente eso. Pero el pueblo le escucha. Y a mí mismo, a veces, su voz me conturba; sí, el sonido de su voz; se diría que sale de los infiernos. Ya está aquí otra vez. Viene sin que nunca se le oiga acercarse. ¿Qué quieres de nosotros, Tiresias? *(Ha entrado Tiresias.)*

TIRESIAS. — Edipo, la reina quisiera hablarte. Te espera en el palacio. *(Edipo se aleja. A Creón.)* También es para que nos deje solos. He oído todo lo que decíais.

CREÓN. — ¿Estabas escuchando?

TIRESIAS. — Yo no necesito escuchar para oír. Aun antes de oír las voces, ya conozco los pensamientos. Creón, no está bien tranquilizar a Edipo.

CREÓN. — ¿Qué quieres decir?

TIRESIAS. — Que ya está demasiado tranquilo. Su alma es como un recipiente cerrado: ningún temor puede entrar dentro. En el temor de Dios yace mi poder. Su tranquila felicidad es impía. Te corresponde rajar un poco esta dicha.

CREÓN. — ¿Por qué?

TIRESIAS. — Por esta inquieta rajadura, Dios entrará en su corazón. Etéocles y Polinices se me escapan; cada día lo noto más. Yocasta te lo dirá: tomando ejemplo de su padre, creen poder emanciparse de un poder al que importa que todo hombre permanezca sometido. No te hablo en mi nombre, sino en nombre del Dios que represento; luego en nombre de Yocasta y de la piadosa Antígona; en fin, en nombre del pueblo que se espanta y ve en el azote que le abruma un castigo a la incredulidad de su rey. Además, ¿cómo podría venerar Antígona a un padre, Yocasta amar a un marido cuyo corazón se aparta de un Dios que ambas reverencian? Creón, tú mismo has de comprender que interesa a todos que un rey se incline ante un poder superior, en el que, aunque sea contra el monarca, cada cual pueda encontrar ayuda. *(Entra Yocasta.)*

YOCASTA. — Edipo está consternado por la noticia que acabo de darle: Antígona quiere tomar el hábito.

CREÓN. — ¡Vestal!

TIRESIAS. — Nada extraño. La amantísima hija espera compensar con esto la impiedad de su padre.

YOCASTA. — Antígona me ha confiado este proyecto,

que debe permanecer secreto y que sus hermanos desconocen aún.

CREÓN. — ¡Ah, pobre niña!

TIRESIAS. — ¿Por qué pobre? Ella podrá encontrar en Dios una dicha más segura que la de Edipo, una santa felicidad hecha de humildad, no de orgullo.

CREÓN. — Pienso también que las desgracias del pueblo la han conmovido.

YOCASTA. — Antígona me suplicaba que le dejara cuidar a los enfermos. Yo le contestaba que esto no podía ser la ocupación de una princesa. "Entonces, orar por ellos, interceder por ellos", me ha dicho; luego, como quiera que añadiese en voz más baja: "y quizá también por..." Su llanto le ha impedido terminar.

TIRESIAS. — Por alguien aun más enfermo.

CREÓN. — ¿Pensaba en su padre?

TIRESIAS. — Sin duda. ¿Cómo lo ha tomado Edipo?

YOCASTA. — A la vez furioso y apenado, al principio. Después ha exclamado que en esto descubría el trabajo de Tiresias.

TIRESIAS. — Yo no soy más que el instrumento de Dios; pero ya que es por mí que Él opera, su trabajo no se parará en esto.

YOCASTA. — Tantas virtudes, tanta constancia y valentía en un esposo amadísimo... Encaminarlas de nuevo hacia Dios, bien veo, ¡oh Tiresias!, que este es nuestro deber más sagrado.

TIRESIAS. — Creón debe ayudarme. Él quebrantará la confianza del rey, para disponerle a acoger mejor mi palabra.

CREÓN. — Yo estoy dispuesto a probarlo; pero no respondo de que lo logre. Edipo no escucha muy a gusto a quien le fastidia.

TIRESIAS. — Dios te inspirará, como a mí, el medio de conmoverle a fondo.

CREÓN. — Dios nunca me ha inspirado mucho.

TIRESIAS. — Sólo inspira plenamente a los ciegos.

YOCASTA. — Confío en ti, Tiresias, por quien conocemos las decisiones del Altísimo.

Acto II

¡Edipo, oh imprudentemente engendrado!, hijo de la embriaguez.

EURÍPIDES, *Las Fenicias.*

Edipo y Creón se adelantan, continuando una conversación empezada.

CREÓN. — . . . Si no fuéramos tan diferentes, no nos complaceríamos tanto en hablarnos. Si me gusta charlar contigo, querido cuñado, es porque me abres perspectivas que yo solo no percibiría. A ti te toca la iniciativa, la novedad. En cuanto a mí, el pasado me ata. Yo respeto la tradición, las costumbres, las leyes establecidas. Pero no piensas que está bien que, en un Estado, todo esto esté representado, y que yo hago, con relación a tu espíritu innovador, un acertado contrapeso que te impide ir demasiado a prisa, que pone un freno a tus empresas demasiado atrevidas, las cuales a menudo correrían el peligro de dislocar el cuerpo social, si para nada se les opusiera esta fuerza mía de inercia y de retención. . .

EDIPO *(distraídamente).* — Es posible.

CREÓN. — El espíritu de familia está en mí singularmente desarrollado; tú formas parte de mi familia, después de todo, y yo me intereso por tus hijos tanto como por los míos propios. Permíteme que me inquiete por el estado de salud de Ismene; es muy nerviosa, y ese desmayo, ayer, al oír el relato de su hermano. . .

EDIPO. — . . . no duró.

CREÓN. — Ello no impide que debieras velar para que hiciese más ejercicio... Yocasta, a mi ver, tampoco parece estar muy bien, desde hace algún tiempo. Se inquieta por los males del pueblo. Deberías procurar distraerla.

EDIPO. — Está bien, está bien.

CREÓN. — Y cuando estemos menos ocupados, te hablaré de tus dos muchachos. Tiresias, no cabe duda, es un buen maestro, pero ellos no parecen escucharle mucho. No sé qué indocilidad, que han tomado de ti, les subleva. ¿Etéocles te ha leído sus reflexiones sobre el mal del siglo?

EDIPO. — ¿Sobre la peste?

CREÓN. — No es eso... El *Mal del Siglo*, con este subtítulo: *Nuestra Inquietud*. Se trata naturalmente de una inquietud de orden por completo superior. ¡Oh!, es un fenómeno, este muchacho. Polinices, por su parte, no le va en zaga en belleza, fuerza, ni en inteligencia. Los dos se parecen sin duda a lo que tú debías de ser a su edad. Debes ver en ellos tu imagen.

EDIPO. — A veces.

CREÓN. — Unos atormentados. Pero ellos, al menos, tienen tu ejemplo delante de los ojos. Al paso que tú, sintiéndote un extraño en casa de Polibio... ¿Es esto lo que te hizo abandonar su corte? ¿No te encontrabas bien en su casa?

EDIPO. — ¿Yo? Como el pez en el agua. Pero, en primer lugar, no me gusta mucho ser mimado. En aquel tiempo yo me creía hijo de Polibio. Luego, cierto día, vino a la corte un adivino que decía a todos la buenaventura. Todos querían interrogarle. Llegó mi turno. Y he aquí que aquel hombre palidece, se niega a hablarme

delante de los asistentes; luego, después de llamarme aparte, me dice que está en mi destino el matar a mi padre. Al principio empecé a reírme de aquella predicción; pero, ante el aplomo del adivino, creí oportuno, sin embargo, tomar precauciones; y la primera fué abrirme con Polibio, diciéndole que, para evitar la desgracia predicha, lo más prudente era alejarme de él para siempre, aunque me doliera mucho, porque le quería. Entonces fué cuando Polibio me hizo saber, para tranquilizarme, que yo no era su hijo, que me había adoptado y, por lo tanto, que en lo que a él se refería, no había de temer nada. En cuanto a saber de quién yo era hijo, él no podía informarme. Un pastor, apacentando su rebaño, me había encontrado en la montaña, colgado por un pie, como una fruta, de las ramas bajas de un arbusto (es por eso que cojeo un poco), desnudo, expuesto al viento, a la lluvia, como un fruto de amores clandestinos, niño no deseado, comprometedor...

CREÓN. — Bastardo. Sí, ya comprendo: esto debe ser muy penoso.

EDIPO. — ¡Qué diantre!, ¡no! Incluso no me desagrada saberme bastardo. En tiempos en que me creía hijo de Polibio, me esforzaba por remedar sus virtudes. ¿Qué tenía yo en mí que no hubiera estado primero en mis padres?, me repetía. Escuchando la lección del pasado, esperaba sólo del ayer mi "así sea", mis dictados. Luego, de pronto, el hilo se rompió. Salido de lo desconocido; no más pasado, no más modelo, nada en que apoyarme; todo por crear, patria, antepasados... por inventar, por descubrir. Nadie a quien parecerme, sino a mí mismo. ¿Qué me importa, desde entonces, si soy griego o lorenés? ¡Oh, Creón!, tan sumiso, tan conforme con todo, ¡cómo podrías comprender la belleza de esta exi-

gencia? Es un llamamiento a la valentía, el no conocer para nada a los padres.

CREÓN. — Pero, cuando menos, ¿por qué abandonar a Polibio, después que te había tranquilizado? Habiéndote adoptado sin hijos, tú podías esperar sucederle en el trono.

EDIPO. — Aborrezco la mañería y no quiero aprovecharme de nada que no haya merecido. Dentro de mí dormitaban virtudes que yo no las soportaba inactivas. Sentía que en la corte de Polibio, entre la calma y la comodidad, faltaba a mi destino.

CREÓN. — Es muy natural que mi punto de vista sea diferente. Si hubiese sido bastardo, tal vez me habría esforzado como tú hacia virtudes y bienes que no me hubieran correspondido por derecho, por herencia. Pero, hijo de rey, hermano de rey, a mí me es imposible no ser conservador. Sin ser yo mismo rey, me gustaba gozar en la corte de Layo, me gusta gozar en la tuya, de todas las ventajas de la corona, sin soportar su peso ni sus preocupaciones.

EDIPO. — Goza en paz. Goza en paz, Creón. Sin duda está bien que los hombres de mi temple sean muy escasos. Pero veo venir a los chicos. Escuchémoslos sin dejarnos ver. *(Edipo y Creón se apartan hacia el proscenio. Entran Antígona y Polinices.)*

POLINICES. — No se puede pensar libremente sin borrar primero este hábito que han hecho tomar al espíritu las prácticas religiosas.

ANTÍGONA. — Las pasiones, tan pronto como nos abandonamos a ellas, lo acostumbran más desagradablemente y lo inclinan. Sí, mi espíritu ha tomado el hábito de no poder pensar ya más que rectamente. Es cierto, ya no hay movimiento de mi ser que no se dirija hacia...

POLINICES. — Termina.

ANTÍGONA. — . . . que no se dirija hacia Dios.

POLINICES. — ¿Por qué no lo acababas de decir?

ANTÍGONA. — Porque, ya lo sé, tú no crees en Dios.

POLINICES. — Dios es simplemente lo que pones al final de este impulso de tu pensamiento. ¿De verdad tú crees en él?

ANTÍGONA. — Con todo mi corazón y con todo mi espíritu. Si no te hablara a ti, diría: con toda mi alma. Pero tú tampoco crees en el alma.

POLINICES. — ¡Oh!, quizás acabarás por hacerme creer en la tuya... Pero, este Dios de que hablas, ¿existe fuera de ti?

ANTÍGONA. — Sí, puesto que Él me atrae.

POLINICES. — Simple reflejo de tus virtudes.

ANTÍGONA. — Al contrario, quien refleja soy yo. No hay ninguna virtud que no emane de Él.

POLINICES. — Antígona, escucha... No te ruborices por lo que voy a preguntarte.

ANTÍGONA. — Así, me ruborizo de antemano. Sin embargo, pregunta.

POLINICES. — ¿Está prohibido casarse con su hermana?

ANTÍGONA. — Sí, ciertamente; prohibido por los hombres y por Dios. ¿Por qué me lo preguntas?

POLINICES. — Porque, si pudiera casarme contigo por completo, creo que me dejaría guiar por ti hasta tu Dios.

ANTÍGONA. — ¿Cómo, haciendo el mal, esperar alcanzar el bien?

POLINICES. — El bien, el mal... Sólo tienes estas palabras en tus labios.

ANTÍGONA. — Ni una palabra asoma a mis labios sin que haya estado primero en mi corazón. *(Creón y Edipo*

han permanecido escondidos durante toda esta escena, y seguirán escondidos durante las siguientes.)

CREÓN *(a Edipo).* — ¡Ah, no!, el incesto, no; esto yo no puedo admitirlo.

EDIPO. — Calla. *(Polinices y Antígona se apartan. Entran Etéocles e Ismene.)*

ISMENE. — ¡Es tan raro verte solo! Siempre con tu hermano. ¿Cómo lo haces para entenderte tan bien con él?

ETÉOCLES. — ¿No es natural que nos comprenda mejor un hermano que un amigo que no lo es de la familia?

ISMENE. — Entre Antígona y yo, nuestros gustos son tan diferentes, que no paro de disputar con ella. Todo lo que a mí me gusta, Antígona lo censura y me dice que está prohibido. Ni siquiera me atrevo ya a reír o a jugar delante de ella. Ya sé que es mayor que yo, pero es como para creer que nunca ha sido joven.

ETÉOCLES. — A Polinices y a mí, nacidos a la vez, educados juntos, todo nos es común. Creo que no conozco alegría ni tengo pensamiento que en el acto no sean suyos, y que, por su reflejo en él, no se encuentren reforzados en el acto.

ISMENE. — No estoy segura de que me gustara mucho eso de tener un doble, ni incluso de si a este doble no lo detestara. Además, hay cosas que no se pueden compartir.

ETÉOCLES. — Hasta ahora nosotros no las hemos encontrado.

ISMENE. — Lo que no impide que si uno de vosotros se enamorara...

ETÉOCLES. — ¡Bah! Quizá nos enamoraremos de dos gemelas.

ISMENE. — ¿Y cuando se trate de reinar?

ETÉOCLES. — Ya nos hemos prometido que nos turnaremos en el trono.

ISMENE. — Y... ¿si no encontráis a las gemelas? *(Los dos ríen.)*

ETÉOCLES. — Te dejo para consultarlo. *(Etéocles sale. Entra Antígona.)*

ANTÍGONA. — Cuando el pueblo está de luto, ¿cómo puedes reír?

ISMENE. — Tú no ríes ni cuando todo es dicha a tu alrededor.

ANTÍGONA. — En esta tierra, ¡ay!, por todas partes, se da más la tristeza que la alegría.

ISMENE. — Es dentro de mí misma donde está la alegría, y yo la oigo cantar en mi corazón. Llorando por los desgraciados no se suprime su miseria. Pero tú no simpatizas más que con lo que sufre, y te aflige hasta la dicha ajena.

ANTÍGONA. — Me inquieta la dicha de ciertas personas, Ismene.

ISMENE. — ¿De ciertas personas?

ANTÍGONA. — De mi padre; y cuanto más le quiero, más miedo me da la dicha a que aspira. Prescinde de Dios; y no se puede colocar nada sólido sino y únicamente en Dios.

ISMENE. — Mi alegría es algo alado. *(Salen las dos.)*

CREÓN *(a Edipo)*. — ¡No! ¡Pero tú crees que se expresan bien estos chicos! "Mi alegría es algo alado..." Es para tenerlo en cuenta. En cuanto a Antígona, parecía que no era nada, pero, oye, es muy profundo lo que decía. Justamente lo que yo quería hacerte sentir; pero no sabía cómo empezar.

EDIPO. — Bueno, ¿qué?

CREÓN. — ¡Pues bien!, que, a mi ver, no tiene trazas de ser tan sólida como eso, tu dicha. Pero escuchemos a tus hijos. *(Entran Etéocles y Polinices.)*

ETÉOCLES. — En el fondo, ¿qué es lo que buscamos en los libros? Poco más o menos, siempre son autorizaciones. E incluso los que se las dan de ser amantes del orden, respetuosos de las cosas establecidas, aquellos que Tiresias llama "las personas del bien", lo que buscan es el permiso de molestar, oprimir, aterrorizar a sus vecinos. Lo que buscan son apotegmas, teorías que les dejen la conciencia tranquila y pongan el derecho de su parte.

POLINICES. — Y lo que buscamos, nosotros, los irrespetuosos, son autorizaciones para hacer lo que la costumbre, la conveniencia o, por imposición y por miedo, las leyes, nos enseñan a no hacer.

ETÉOCLES. — Dicho de otra manera: la aprobación de la indecencia.

POLINICES. — Sí, aproximadamente... algo parecido a eso.

ETÉOCLES. — Así, por ejemplo, yo ahora busco en los libros alguna frase que me autorice a dormir con Ismene.

CREÓN *(a media voz, hacia Edipo).* — ¡Un sinvergüenza!

POLINICES. — ¿Con tu hermana?

ETÉOCLES. — Con nuestra hermana... Bueno, ¿y qué?

POLINICES. — Si la encuentras... oye, me lo dirás.

CREÓN. — ¡Dos sinvergüenzas!

EDIPO *(a Creón).* — Véte. *(Creón sale.)*

ETÉOCLES. — ¿Si encuentro qué?

POLINICES. — Esa autorización. Pero hay una, menos particular, que podrías hallar, por lo tanto, más fácilmente. Es la de prescindir de autorización.

ETÉOCLES. — ¡Oh!, ésta no he esperado encontrarla en los libros, para...

POLINICES. — ...¿para tomártela?

ETÉOCLES. — ¡Diantre! ¡Y si ahora busco buenas razones, es más bien por ella...

POLINICES. — ¿Por Ismene?

ETÉOCLES. — Sí, por Ismene; a mí, personalmente, me importa un bledo.

POLINICES. — Y si con un puñetazo te rompiera la cara, personalmente... ¿te importaría quizás un poco más?

ETÉOCLES. — Intenta sólo probarlo... ¡Celoso, tú! ¡Como si, hasta ahora, no lo hubiéramos compartido todo!... ¿Así, me he equivocado al hablarte?... ¡Pero, no!, tontuelo; no es verdad. Lo he dicho para hacerte rabiar.

POLINICES. — Júrame que entre Ismene y tú no hay nada.

ETÉOCLES. — Hasta ahora, no; me aguanto.

POLINICES. — No tanto como yo.

ETÉOCLES. — Si no te hubiese hablado, ni siquiera hubieras pensado en ello.

POLINICES. — Lo que hay es que no hubiera sabido que lo pienso. Hay multitud de cosas en las que pensamos sin saberlo.

ETÉOCLES. — Es de lo que están hechos nuestros sueños.

POLINICES. — ¿Nunca te preguntas hasta dónde podría ir el pensamiento? En mi última Oda lo comparo a un dragón del que muy a menudo no conoceríamos más que el cuerpo y la cola, lo que se arrastra por el pasado; una esfinge cuyo belfo invisible siento pasear por mí, oliéndolo todo, husmeándolo todo, paseando

por todas partes una curiosidad atentatoria. Y el resto sigue como puede.

ETÉOCLES. — A este dragón yo le llamo: el mal del siglo. Siento en mí su incesante interrogación. Me devora a preguntas.

POLINICES. — Yo pienso en el dragón vencido por Cadmo. Cuentan que hemos nacido de sus dientes.

ETÉOCLES. — ¿Tú crees en esto, Polinices? También cuentan que Sémele, hija de Cadmo y mortal, llevó en su seno al dios Baco. En el estado de civilización avanzada en que nos hallamos, y desde que la última esfinge fué muerta por nuestro padre, ni los monstruos ni los dioses están ya en los aires o entre las campiñas, sino en nosotros.

POLINICES. — Cadmo, Licas, Anfión, a quien debemos la escritura por medio de lo cual se fijó el pensamiento... ¡Ah, qué vieja me parece la humanidad, y qué lejos todo esto de nosotros!... Pienso en el tiempo en que la misma palabra no estaba aún inventada.

ETÉOCLES. — Tiresias nos enseña que la palabra fué dada a los hombres por los dioses.

POLINICES. — Yo creo más de buen grado en los hombres que en los dioses. *(Edipo se adelanta hacia sus hijos.)*

EDIPO. — ¡Bien dicho! Os reconozco como hijos míos. Al oíros (sí, os estaba escuchando), me reprocho no hablar más con vosotros. Primeramente, pero, quisiera deciros... Hijos míos, respetad a vuestras hermanas. Lo que está demasiado cerca de nosotros, no es nunca una conquista muy provechosa. Para engrandecerse, hay que dirigir las miradas lejos de sí. Además, no miréis demasiado hacia atrás. Persuadíos de que la humanidad sin duda está mucho más lejos de su objetivo, que aún no

podemos entrever, que de su punto de partida, que ya no distinguimos.

ETÉOCLES. — El objetivo... ¿Qué puede ser el objetivo?

EDIPO. — Cualquiera que sea, está delante de nosotros. Yo imagino, para mucho más tarde, la tierra cubierta de una humanidad liberada, que considerará nuestra civilización de hoy con la misma mirada que nosotros consideramos el estado de los hombres al principio de su lento progreso. Si yo vencí a la Esfinge, no fué para que vosotros descansarais. Este dragón de que hablabas, Etéocles, es igual al que me esperaba a las puertas de Tebas, donde yo estaba obligado a entrar como vencedor. Tiresias nos fastidia con su misticismo y su moral. Todo esto me lo habían enseñado en casa de Polibio... Tiresias nunca ha inventado nada, y no puede aprobar a los que buscan e inventan. Por más inspirado por Dios que se diga, con sus revelaciones y sus pájaros, no es él quien supo contestar al enigma. Yo comprendí, yo solo comprendí que la única contraseña para no ser devorado por la Esfinge es: el Hombre. Se necesitaba, claro, un poco de valor para decirla, esta palabra. Pero yo la tenía a punto desde antes de haber oído el enigma; y mi fuerza estaba en que no admitía otra respuesta, cualquiera que fuese la pregunta.

Pues habéis de comprender, hijos míos, que cada uno de nosotros, adolescente, encuentra, al principio de su carrera, un monstruo que levanta ante él este o aquel enigma que pueda impedirnos avanzar. Y aunque a cada uno de nosotros esta esfinge particular plantee cuestiones diferentes, persuadíos de que a cada una de ellas la respuesta sigue siendo idéntica; sí, persuadíos de que no hay sino una misma y única respuesta a tan diversas

preguntas; y de que esta respuesta única es: el Hombre, y que este hombre único, para cada uno de nosotros, es: Uno mismo. *(Ha entrado Tiresias.)*

TIRESIAS. — Edipo, ¿es esto la última palabra de tu sabiduría? ¿A esto va a parar tu ciencia?

EDIPO. — Al contrario, de esto parte. Es su primera palabra.

TIRESIAS. — ¿Y las siguientes?

EDIPO. — Mis hijos tendrán que buscarlas.

TIRESIAS. — No las encontrarán más de lo que tú mismo las has encontrado.

EDIPO *(aparte)*. — Es más pesado aun que la Esfinge. *(A sus hijos.)* Dejadnos. *(Salen Etéocles y Polinices.)*

TIRESIAS. — Claro, les pides que te dejen, cuando ya no tienes nada que decirles y tu ciencia se queda sin recursos. No puedes enseñarles más que el orgullo. Toda ciencia que parte del hombre, y no de Dios, no vale nada.

EDIPO. — Durante mucho tiempo yo he creído que estaba guiado por un dios.

TIRESIAS. — Un dios que no era sino tú mismo; sí, tú mismo divinizado.

EDIPO. — Un dios del que tú me has hecho comprender que también podía prescindir.

TIRESIAS. — De aquel falso dios, sí, es cierto; pero no del Dios verdadero, de este Dios que te niegas a conocer, pero que Él, en cambio, vigila tus pasos, escruta tus pensamientos más secretos, de Dios, que te conoce como tú no te conoces a ti mismo.

EDIPO. — ¿De dónde sacas que no me conozco?

TIRESIAS. — De que te crees dichoso.

EDIPO. — ¿Por qué no he de creerme dichoso, si lo soy?

TIRESIAS. — El enfermo que se cree sano no tiene muchas ganas de curarse.

EDIPO. — ¿Pretendes convencerme de que estoy enfermo?

TIRESIAS. — Y tanto más enfermo por cuanto no sabes que lo estás. Edipo, que pretendes escaparte de Dios y hasta ignoras quién eres, yo quisiera enseñarte a verte.

EDIPO. — Se diría, al oírte, que, de nosotros dos, el ciego soy yo.

TIRESIAS. — Si mis ojos de carne están cerrados, es para que puedan abrirse mejor los del alma.

EDIPO. — Con estos ojos del alma, ¿qué ves?

TIRESIAS. — Tu miseria. Pero contéstame: ¿Desde cuándo has dejado de adorar a Dios?

EDIPO. — Desde que he dejado de acercarme a los altares.

TIRESIAS. — Ciertamente, sin las prácticas religiosas, nuestra fe se apaga. Pero, ¿por qué, si aún creías, ya no te acercabas a los altares?

EDIPO. — Porque ya no tenía las manos puras.

TIRESIAS. — ¿Algún crimen las había manchado?

EDIPO. — En el camino del Dios que iba a consultar y de la Esfinge que iba a combatir, un homicidio que había cometido.

TIRESIAS. — ¿Pero a quién mataste?

EDIPO. — A un desconocido que, con su carro, obstruía mi camino.

TIRESIAS.—El camino que te conducía a Dios. Aquel en que encontraste a la Esfinge no es el mismo. Pero tú sabías que Dios se niega a responder a aquel cuyas manos están manchadas.

EDIPO. — Es verdad; por esto, renunciando a interro-

garle, cambié de camino y tomé el que me conducía a la Esfinge.

TIRESIAS. — ¿Qué querías preguntar a Dios?

EDIPO. — Que me hiciera saber de quién era hijo. Después, súbitamente, me resigné a ignorarlo.

TIRESIAS. — Después de tu homicidio.

EDIPO. — Y al punto comprendí el arte de hacer, de esta misma ignorancia, mi fuerza.

TIRESIAS. — Yo que te creía tan deseoso siempre de conocerlo todo... Pero antes de este propósito deliberado de indiferencia, díme, Edipo: lo que te disponías a preguntar a Dios, ¿por qué te empeñabas tanto en saberlo?

EDIPO. — Porque un oráculo había predicho que yo había de... Tiresias, me estás importunando, y no te contestaré más.

TIRESIAS. — El oráculo había predicho asimismo a Layo que sería muerto por su hijo. ¡Edipo, Edipo, niño encontrado! ¡Monarca impío! La ignorancia de tu pasado es lo que te da este aplomo. Tu felicidad es ciega. Abre los ojos y mira tu miseria. Dios te ha retirado el derecho de ser dichoso. *(Tiresias sale.)*

EDIPO. — ¡Véte! ¡Véte! ¡Cómo si fuese la dicha lo que nunca hubiera buscado! Para evadirme de ella me marché de casa de Polibio, a los veinte años, con los jarretes tensos, con los puños cerrados. Quién diría cuán hermosa era la noche encima del Parnaso, cuando yo avanzaba por entre el rocío, hacia el Dios cuyo oráculo esperaba, no poseyendo ya nada más que mi fuerza, pero rico de todas las posibilidades de mi ser, y sin saber aún quién era. Sí, mi destino debía depender de la respuesta del Dios, y a ello me sometía gozosamente... Pero hay algo aquí que no llego a comprender.

Es verdad que, hasta el presente, no es mucho lo que he reflexionado. Para reflexionar, hace falta pararse. En aquel tiempo, yo tenía prisa por obrar... Cuando dejé el camino que me conducía hacia Dios, ¿de cierto lo hice porque ya no tenía las manos puras? No me preocupaba de esto, entonces. Incluso me parece hoy que fué mi crimen lo que primeramente me dirigió hacia la Esfinge. ¿Qué buscar en un Dios? Respuestas. Yo mismo me sentía una respuesta a no sabía aún qué pregunta. Ésta fué la de la Esfinge. Yo, perspicaz, la vencí. Pero, después, ¿no ha ido oscureciéndose todo para mí? Pero después, pero después... ¿Qué has hecho, Edipo? Amodorrado en medio de la recompensa, duermo desde hace veinte años. Pero ahora, por fin, oigo dentro de mí el monstruo nuevo que se despereza. Un gran destino me espera, agazapado entre las sombras de la noche. Edipo, el tiempo de la quietud ha pasado. Despiértate de tu dicha.

Acto III

No me toméis, os lo conjuro, por desdeñoso de las leyes.

SÓFOCLES, *Edipo en Colona.*

EDIPO *(reteniendo a Yocasta por un faldón de su manto real).* — ¡No, no!, quiero saberlo. No te escapes como una sombra. Aún no has terminado conmigo. Mientras no me hayas confesado cuanto puede haber en ti de verdad, no te dejaré marchar. Aquí hay algo turbio que quiero aclarar a toda costa. Y en primer lugar: cuando entré en Tebas después de triunfar de la Esfinge, ¿tú ya conocías la muerte de Layo?

YOCASTA. — ¿Cómo prometer el trono al vencedor de la Esfinge antes de saber que era viuda?

EDIPO. — ¡Ya que, para reinar en Tebas, no bastaba con responder a la Esfinge. También era necesario matar al rey.

YOCASTA. — ¿Pero de qué vas a acusarte?

EDIPO. — Aguarda, aguarda. Vas demasiado aprisa. Quiero decir, sencillamente: era necesario que Layo hubiese muerto.

YOCASTA. — Escucha. Yo ya no sé exactamente lo que pasó, ni cuánto tiempo ha podido transcurrir... Creón, en cambio, debe acordarse. Él te dirá...

EDIPO. — ¡Qué me importa Creón! ¿Sabes lo que ya me ha dicho? Que debiera recompensar, más bien que castigar, al asesino de Layo, porque sin su crimen yo no

hubiese podido reinar. Pero dime, Yocasta: de esta muerte del rey, ¿tú estabas enterada?

YOCASTA. — Pero, amigo mío, ¿cómo quieres que me acuerde? ¿De qué vas a atormentarte? Yo no sé más que una cosa, y es que te quise desde que te vi.

EDIPO. — Este trono y este lecho, para poseerlos, hacía falta desalojarlos primero. Únicamente la muerte del rey permitió que yo los obtuviera. ¡Pero tú, es que tú no te sabías libre ya!...

YOCASTA. — Amigo mío, amigo mío, no llames la atención sobre esto. Hasta ahora ningún historiador se ha fijado.

EDIPO. — Así, lo comprendo todo. Tú sabías... El asesino del rey...

YOCASTA. — ¡Calla!

EDIPO. — El asesino soy yo.

YOCASTA. — ¡Habla más bajo!

EDIPO. — Cuando me adelanté hacia la Esfinge, no estaba del todo limpio de la sangre de un hombre.

YOCASTA. — ¡Detente!

EDIPO. — Él quería detenerme. Su carro se atravesaba en mi camino. Al disputar con él, para que me dejara el campo libre, le maté. Aquel desconocido, a pesar de que no llevaba diadema, era...

YOCASTA. — ¿Por qué quieres saberlo?

EDIPO. — Lo necesito en gran manera.

YOCASTA. — ¿No tendrás compasión de tu dicha?

EDIPO. — Compasión de nada. Una dicha hecha de error e ignorancia, no la quiero. ¡Es buena para el pueblo! Pero yo no necesito ser dichoso. ¡Se terminó! Se desgarra toda la nube de este encantamiento dorado. Puedes venir, Tiresias. *(Entra Tiresias, guiado por Creón.)*

TIRESIAS. — ¿Me necesitas?

EDIPO. — Todavía no. Primero quiero descender a lo más hondo del abismo. Dime, este rey que maté... Pero no; no hables. Lo comprendo todo. Yo era su hijo.

CREÓN. — ¡Anda ya!... ¡Cómo! ¿Qué oigo? ¡Mi hermana sería su madre! ¡Edipo, a quien yo cobraba apego! ¿Es posible imaginar nada más abominable? No saber ya si es mi cuñado o mi sobrino!

EDIPO. — ¿Cómo vienes a aturdirme con estos problemas de parentesco? Si mis hijos son también mis hermanos, aun les querré más.

CREÓN. — Permíteme que encuentre esta confusión de sentimientos sobremanera penosa. Además, como tío, tengo derecho a algún respeto.

EDIPO. — ¡Oh recompensa horrorosa del enigma! ¡Cómo! ¡Es esto, pues, lo que se ocultaba del otro lado de la Esfinge!... ¡Y yo que me felicitaba por no conocer a mis padres!... Gracias a ello me casé con mi madre, ¡ay!, ¡ay!, y con ella, con todo mi pasado. ¡Ah!, ahora comprendo por qué dormía mi valor. En vano me llamaba el porvenir. Yocasta me empujaba hacia atrás... Yocasta, que locamente pretendías suprimir lo que tenía que ser, tú, a quien amaba como un marido y, sin saberlo, como un hijo... Ha llegado el momento. ¡Déjame! Rompo las amarras... Y vosotros, hijos, compañeros de mi somnolencia, opacidad de mis deseos realizados, me es necesario entrar sin vosotros en mi noche para cumplir mi destino.

TIRESIAS. — ¡Edipo, hijo del error y del pecado, nace de nuevo! Para regenerarte, te faltaba el sufrimiento. ¡Arrepiéntete! ¡Ven hacia Dios que te está esperando! Tu crimen te será perdonado.

EDIPO. — Crimen impuesto por Dios, disimulado por Él en mi camino. Ya antes de que naciera, el cepo

estaba preparado para que yo tuviera que tropezar con él. Pues, o mentía tu oráculo, o yo no podía escaparme. Estaba acorralado.

TIRESIAS. — Acorralado por Dios, el único que puede reconciliarte contigo mismo y lavarte de tu pecado. No te ha dejado otra salida. ¿Pero no sería conveniente que se avisara al pueblo? Para librarlo de sus males, tú mismo le hiciste esperar un castigo para el culpable, según la exigencia de Dios.

EDIPO. — ¡Vé! Avisa a quien quieras. Yo quisiera que nadie lo ignorara. Haz venir también a mis hijos. Pero comunícales tú mismo, comunica todo lo que yo no podría decirles, este crimen que no sé cómo nombrar. *(Sale Tiresias.)*

YOCASTA. — ¡Ah!, ¿por qué dar a conocer así lo que puede ser sabido sólo por nosotros? Nadie hubiera sospechado nada. El crimen está olvidado. No ha impedido, incluso ha permitido tu dicha. Nada ha cambiado.

EDIPO. — ¡Cómo! ¿Nada ha cambiado? ¿Te figuras que hay nada que en adelante pueda recobrar, para mis ojos abiertos, su primera apariencia inocente? Y en primer lugar, yo era, pues, hijo de rey sin saberlo. No necesitaba un asesinato para reinar, sino sólo aguardar.

YOCASTA. — Los dioses lo han dispuesto de otra manera.

EDIPO. — Lo que hice, no podía, por lo tanto, dejar de hacerlo. ¡Sí, es cierto, me creía guiado por un dios! De esta creencia sacaba la seguridad de mi dicha. Además, incluso en esto había dejado de creer, para no depender sino de mí. Pero ahora ya no me reconozco en mis actos. Hay uno, sangriento, y sin embargo nacido de mí, que quisiera desautorizar... por lo que ha cambiado de as-

pecto. O cuando menos, mi mirada ha cambiado; y todo se me aparece diferente.

YOCASTA. — Un dios te cegaba entonces.

EDIPO. — Dios, dices. Yo me sentía bastante fuerte para resistir incluso a Dios. Quería desviarme de Él cuando me dirigí hacia la Esfinge. ¿Por qué? Hoy lo comprendo; yo consentía en permanecer sumiso a Dios cuando me conducía a la gloria; pero no si me empujaba al crimen, a un crimen cuyo horror me había encubierto... Cobarde, cobardísima traición de Dios, no me pareces tolerable. ¿Y ahora todavía estoy sujeto? ¿El oráculo ha predicho lo que debería hacer ahora? ¿Debo consultarlo aún? ¿Debo saber, Tiresias, lo que van a contar tus pájaros?... ¡Ah!, quisiera escaparme del dios que me envuelve, de mí mismo. No sé qué cosa heroica y sobrehumana me atormenta. Quisiera inventar no sé que nuevo dolor. Inventar algún gesto loco, que os asombre a todos, que me asombre a mí mismo, y a los dioses. *(Edipo sale.)*

YOCASTA. — Síguele, Creón. No lo dejes un momento. *(Creón sale.)* ¡Oh, desgraciado Edipo! ¿Por qué necesitabas saber? Yo he hecho cuanto he podido para impedirte desgarraras el velo que protegía nuestra dicha. Rechazada por ti, atrozmente desnuda ahora, ¡cómo atreverme en adelante a reaparecer ante tus ojos, ante los ojos de nuestros hijos, ante los ojos del pueblo que oigo llegar!... ¡Oh, quisiera volver atrás y deshacer lo hecho; olvidar nuestra vergonzosa alcoba y, delante de los muertos que me esperan, no ser ya sino la esposa de Layo, de Layo, que estoy impaciente por volver a encontrar! *(Ha entrado el doble coro. Yocasta sale.)*

EL DOBLE CORO *(en diálogo)*. — ¿Adónde va la reina? —A esconderse, ¡caramba! —¿Dónde está Edipo? —También se esconde. Se avergüenza. —Dormir con su madre

para hacerle hijos a su vez... Todos estos son asuntos de familia; esto no nos concierne. —Concierne a los dioses, que se irritan con ello. Además, hay el asesinato de Layo, que cometió Edipo, su hijo. —Que el mismo Edipo ha prometido vengar. —Aquí sí que puede decirse que se ha metido en un mal paso. —El justiciero debe culparse a sí mismo, y se ha designado como víctima. —Claro está, nuestra miseria era tan grande, que para calmar a los dioses se necesitaba nada menos que un rey. —Por otra parte, ¿no es natural que un rey se sacrifique por su pueblo? —Sí, si este sacrificio ha de librarnos de nuestros males. *(Dividido primero por el diálogo, el conjunto del coro vuelve a formarse.)*

EL CORO. — Edipo, que te decías dichoso, pero que hacías de la ignominia tu camastro, ¡ojalá no te hubiéramos conocido nunca! Tú nos libraste de la Esfinge, es verdad; pero tu desprecio de los dioses nos vale un sinnúmero de miserias que no compensan los bienes que te debemos. Toda felicidad que se obtiene a despecho de los dioses es una felicidad mal adquirida y que, tarde o temprano, los dioses hacen pagar. Expresemos en voz alta estos pensamientos, pues ya llega Tiresias. *(Tiresias entra acompañado de los hijos de Edipo.)*

TIRESIAS. — Hijos míos, ya sabéis dónde encontrar un refugio cuando os quitan la protección de un padre. He aquí algo que os precipitará a la vida. Edipo está ligado por su juramento de vengar la muerte de Layo.

ETÉOCLES. — Ya no puede ocupar el trono de Tebas.

POLINICES. — Ya no puede quedarse en el país.

ANTÍGONA. — No pronunciéis palabras crueles, que los dioses oyen y volverán contra vosotros.

ETÉOCLES. — Nosotros seguiremos el ejemplo de nuestro padre.

POLINICES. — Pero, para sucederle en el trono, nosotros por lo menos no tendremos necesidad de matarle.

ANTÍGONA. — Mi padre no cometió su crimen a sabiendas.

ETÉOCLES. — Nosotros no tendremos que expiar ningún crimen. *(Se oyen gritos.)*

EL CORO. — ¿Qué son esos gritos?

ISMENE. — ¡Tengo miedo!

ANTÍGONA. — Ven a mi lado. *(Creón entra al palacio.)*

CRÉON. — El horror del castigo ha sobrepasado al del crimen. Yocasta, vuestra madre, ya no existe. Mientras yo vigilaba a Edipo, ella se ha dado la muerte. "Lo que mis ojos no hubieran debido ver", estas fueron las palabras de Edipo, yo lo he visto. He visto a mi pobre hermana colgada. Luego, acto continuo, como quiera que yo me apresurara a socorrerla, Edipo a su vez se abalanza sobre ella, se apodera del manto real, arranca los broches de oro y se los hunde ferozmente en los ojos, cuyo humor mezclado con la sangre me salpica y se derrama por su cara. Esos gritos que oíais son los suyos, primero de horror, luego de dolor.

TIRESIAS. — Ya no se oyen.

CREÓN. — Seguramente se ha desmayado.

EL CORO. — No; aquí está. Sus pasos vacilan.

ANTÍGONA *(dejando a Ismene, se precipita hacia su padre).* — ¡Padre mío!...

EDIPO. — ¿Es Antígona a quien le palpo ahora los cabellos? ¡A la vez mi hermana y mi hija!...

ANTÍGONA. — ¡Ah, no recordéis esa vergüenza! Yo no quiero ser nada más que vuestra hija.

EDIPO. — Tú, que nunca me has mentido, enseña a quien ya no tiene mirada dónde se encuentra Tiresias.

ANTÍGONA. — Ahí, delante vuestro, padre mío.

EDIPO. — ¿Bastante cerca para oír mi voz?

TIRESIAS. — Sí, te oigo, Edipo. ¿Deseabas hablarme?

EDIPO. — ¿Es esto lo que querías, Tiresias? Celoso de mi luz, ¿deseabas arrastrarme a tu noche? Como tú, ahora contemplo la oscuridad divina. He castigado estos ojos que no habían sabido advertirme. En adelante ya no podrás abrumarme con tu superioridad de ciego.

TIRESIAS. — Así, pues, fué aun el orgullo lo que te hizo saltarte los ojos. Dios no esperaba de ti esta nueva atrocidad en pago de tus primeros crímenes, sino simplemente tu arrepentimiento.

EDIPO. — Ahora que ya estoy más sosegado y que se calma mi dolor con mi irritación en contra de mí mismo, ahora puedo discutir contigo, Tiresias. Me admira que esta propuesta de arrepentimiento venga de ti, que precisamente crees que los dioses nos conducen y que no estaba en mis manos escaparme de mi destino. De seguro esta ofrenta de mí estaba también prevista, de manera que no pudiese evitarla. ¡No importa! Me inmolo de buen grado. Había llegado a un punto que ya no podía sobrepujar sino tomando impulso contra mí mismo.

CREÓN. — Me alegro, querido Edipo, de ver que tu dolor al fin y al cabo es soportable, ya que me queda por anunciarte algo bastante penoso. Después de lo que ha ocurrido, y ahora que el pueblo conoce tu crimen, ya no puedes quedarte en Tebas.

EL CORO. — Nosotros te pedimos que, según la indicación de los dioses, nos saques de encima tu presencia y nuestros males a un tiempo.

CREÓN. — Etéocles y Polinices codician ya el trono. Si acaso son todavía un poco jóvenes para reinar, de nuevo me encargaré yo interinamente.

TIRESIAS. — Que tus hijos saquen partido, de este

modo, de la educación que les diste. Pienso que no hay en ello nada que te extrañe.

EDIPO. — De buena gana les dejo, para su desgracia, un reino no conquistado y no merecido. Pero no han tomado de mi ejemplo más que lo que les halaga: las autosanciones, la licencia, dejando escapar la obligación... Lo difícil y lo mejor.

ANTÍGONA. — Padre mío, ya sé que de todos los partidos, siempre escogeréis el más noble. Por eso yo no os abandonaré.

TIRESIAS.— Estando ya prometida a Dios, tú no puedes disponer de ti.

ANTÍGONA. — No, no romperé mi promesa. Al alejarme de ti, Tiresias, permaneceré fiel a Dios. Incluso me parece que le serviré mejor, siguiendo a mi padre, de como lo hacía a tu lado. Hasta hoy te escuchaba, enseñándome Dios; pero ahora escucharé aun más piadosamente la única enseñanza de mi razón y de mi corazón. Padre, pon tu mano sobre mi hombro. No cederé. Puedes descansar sobre mí. Apartaré las zarzas de tu camino. Díme dónde quieres ir.

EDIPO. — No lo sé. Derecho, delante de mí... De ahora en adelante, sin hogar, sin patria...

ISMENE. — ¡Oh, me desconsuela veros marchar así!... El tiempo de prepararme un vestido de luto, y os alcanzo a caballo.

TIRESIAS. — Antes de dejar partir a Edipo, escuchad todos lo que me revelan los dioses. Una gran bendición está permitida por ellos a la tierra donde descansen sus huesos.

CREÓN. — ¡Bueno, vamos!... Ya ves que, en último término, harías mejor quedándote entre nosotros. Siempre podremos arreglarnos.

EDIPO. — Demasiado tarde, Creón. Mi alma ya ha abandonado a Tebas, y todos los lazos que me unían al pasado se han roto. Ya no soy un rey: no soy más que un viajero sin nombre que renuncia a sus bienes, a su gloria, a sí mismo.

EL CORO. — Quédate con nosotros, Edipo. Se te cuidará bien, ya verás. Acuérdate de que, en otro tiempo, nos hiciste grandes servicios. Si tu crimen irritaba a los dioses contra nosotros, tú acabas de vengarlo magistralmente en ti mismo. Piensa en tus queridos tebanos, en tu pueblo. ¿Qué te importan los que no conoces?

EDIPO. — Cualesquiera que sean, son hombres. A costa de mi sufrimiento, me es grato llevarles felicidad.

TIRESIAS. — Lo que hay que querer no es tu felicidad, sino tu salvación.

EDIPO. — Te dejo explicar esto al pueblo. ¡Adiós! Ven, hija mía. Tú, la única de mis hijos en quien quiero reconocerme y en quien confío. Antígona purísima, no me dejaré guiar más que por ti.

A la señora Ida Rubinstein, cuyo fervor ha sabido reanimar un proyecto adormecido desde hacia más de veinte años.

PERSÉFONE

Ópera en tres cuadros

1933

Perséfone fué estrenada por Ida Rubinstein en el escenario del "Théâtre de l'Opéra", el 30 de abril de 1934. Música de Igor Strawinsky. Coreografía de Kurt Joos. Decorados y vestuario de André Barsacq. Dirección escénica de Ida Rubinstein y Jacques Copeau. Orquesta bajo la dirección de Igor Strawinsky.

Ida Rubinstein en el papel de Perséfone.

PRIMER CUADRO

EUMOLPO

(En el proscenio, antes de que se levante el telón.)

Diosa de los mil nombres, poderosa Deméter [1]
que recubres la tierra de mieses;
tú, dispensadora del trigo,
celebremos aquí tus misterios
ante todo este pueblo reunido.

(Al levantarse el telón, se ve una pradera a orillas del mar; a la derecha, un talud cubierto de césped y florido donde se abre la gran flor del narciso; a la izquierda, el desfiladero rocoso —que conduce a los Infiernos— por donde se aventurará Perséfone.)

Es a las Ninfas a quienes confías
Perséfone, tu hija querida,
que a la tierra da la primavera
y se deleita con las flores de las praderas.

[1] Para no alterar ni desnaturalizar la significación ideológica del texto, en la traducción se ha prescindido de la rima que figura en los versos del original.

Cómo te fué arrebatada tu hija,
es lo que nos cuenta Homero.

(Deméter, advertida por Mercurio, que la conduce, dice adiós a Perséfone, y la recomienda a las Ninfas.)

EL CORO DE NINFAS

Quédate con nosotras, princesa Perséfone.
Tu madre Deméter, madre del hermoso estío,
te ha confiado a nosotras entre los pájaros y las flores,
los besos de los arroyos, las caricias del aire,
¡mira el sol, que ríe sobre las olas!
Quédate con nosotros en la felicidad.
Esta es la primera mañana del mundo.

PERSÉFONE

(Todavía sentada y como medio dormida.)

La brisa errante
ha acariciado las flores.

(El coro de Ninfas rodea rápida y solícitamente a Perséfone, que se levanta despacio.)

EL CORO DE NINFAS

¡Ven! Juega con nosotras, Perséfone...
La brisa ha acariciado las flores,
esta es la primera mañana del mundo;
todo está alegre como nuestros corazones,
todo ríe en la tierra y sobre las olas.

¡Ven! Juega con nosotras, Persćfone:
la brisa ha acariciado las flores.

PERSÉFONE

(Hablado.)

Yo te escucho con todo mi corazón,
canto de la primera mañana del mundo.

EL CORO DE NINFAS

Embriaguez matutina,
rayo naciente, pétalos
chorreando licor.
Cede sin esperar más
al más tierno consejo,
y deja que el porvenir
te invada dulcemente.

PERSÉFONE

(Hablado.)

He aquí que se hace tan furtiva
la tibia caricia del día
que el alma más temerosa
al amor se abandonaría.

EL CORO DE NINFAS

Verbena, ancolia,
jacinto, azafrán,
adónide gota de sangre,
y todas las flores de la primavera...

EUMOLPO

De todas las flores de la primavera,
el narciso es la más bonita.
Aquel que se inclina sobre su cáliz,
ve el mundo desconocido de los Infiernos.

(El coro evoluciona danzando de manera que impida a Perséfone acercarse al narciso. Perséfone, rompiendo el corro de Ninfas, se ha acercado a la flor y se ha inclinado sobre su cáliz.)

EL CORO DE NINFAS

Sé vigilante.
Guárdate siempre
de seguir, azorada,
lo que miras
con demasiado amor.
No te acerques al narciso.
¡No cojas esta flor!

EUMOLPO

Aquel que se inclina sobre su caliz,
aquel que respira su olor,
ve el mundo desconocido de los Infiernos.

PERSÉFONE

(Inclinada sobre la flor.)

En los prados sembrados de asfódelos

veo vagar lentamente unas sombras
que andan, andan, lastimeras y fieles.
Yo veo andar errante
a todo un pueblo sin esperanza,
triste, inquieto, descolorido.

(El coro ha rodeado a Perséfone con gran atención y se ha inclinado ansiosamente hacia ella. Una inquietud nueva se ha introducido en la orquesta, que hasta entonces expresaba una pura alegría. El coro, a pesar de la inquietud nueva, intentando hallar otra vez su alegría y conducir a ella a Perséfone.)

EL CORO DE NINFAS

No cojas esta flor, Perséfone.
Guárdate siempre
de seguir, azorada,
lo que miras con demasiado amor.
¡Ven!, juega con nosotras, Perséfone.

(Un gran quejido invade la orquesta. Perséfone ha cogido la flor. Su danza expresa la inquietud y la desolación. Perséfone desciende lentamente del montículo encespedado donde se abría la flor del narciso y se acerca a los peñascos hacia la izquierda.

Las Ninfas quieren retenerla, pero ella sigue avanzando, como abstraída, con los ojos fijos en la gran flor del narciso que tiene en la mano. Todo el papel de Perséfone es hablado.)

EUMOLPO

Perséfone, un pueblo te espera;
todo un pobre pueblo doliente
que no conoce la esperanza,
al que ninguna primavera sonríe.
Perséfone, un pueblo te espera.
Ya tu piedad te desposa
con Plutón, el rey de los Infiernos.
Bajarás hacia él para consolar las sombras,
tu juventud hará menos sombría su aflicción,
tu primavera embelesará su eterno invierno.
¡Ven! Tú reinarás sobre las sombras.

PERSÉFONE

Ninfas, hermanas mías, encantadoras compañeras,
¿cómo, en adelante, podría
reír y cantar, despreocupada,
ahora que he visto, ahora que sé
que un pueblo insatisfecho padece y vive esperando?
¡Oh, pueblo doloroso de las sombras, tú me atraes!
Yo iré hacia ti...

SEGUNDO CUADRO

La escena se ha oscurecido. La música continúa. Telón.

EUMOLPO

Así fué, nos cuenta Homero,
cómo el rey de los infiernos, el infernal Plutón,

arrebató Perséfone a su madre
y a la tierra su primavera.

(El telón se levanta. La escena representa los Campos Elíseos. A la derecha, la puerta del palacio de Plutón. Perséfone tendida en una pomposa cama dispuesta bajo un dosel sostenido por columnas. Cerca de ella todavía dormida, el coro de Sombras. A la izquierda, los bordes de un río sobre el que se doblan las ramas de un árbol inmenso. Cerca de él, el coro de Danaides saca sin cesar el agua del río, e inclinan sus urnas una hacia otra. El fondo de la escena está obstruido por nubes.)

EL CORO

En este lecho descansa,
Y yo no me atrevo a turbarla.
Aun medio dormida,
ella aprieta sobre su corazón
el narciso cuyo olor
la ha conquistado a la piedad.

PERSÉFONE

(Acostada.)

¿En qué extraño lugar me despierto?... ¿Dónde estoy?
¿Ya es el anochecer? ¿O pronto el final de la noche?

EL CORO

Aquí no se acaba nada,
aquí cada uno persigue,

cada uno persigue sin tregua
lo que transcurre y huye...

EUMOLPO

Aquí la muerte del tiempo hace la vida eterna.

PERSÉFONE

¿Qué hago yo aquí?

EUMOLPO

Tú reinas sobre las Sombras.

PERSÉFONE

Sombras plañideras, vosotras ¿qué hacéis?

EL CORO DE DANAIDES

Cuidadosas,
en las orillas
de la eternidad,
hacia las olas
poco profundas
del río Leteo,
taciturnas
con nuestras urnas,
sacamos, ora unas,
ora otras,
esta agua vana
de las fuentes,
que siempre se escapa.

PERSÉFONE

¡Descansad, sombras dolorosas!

(Repetición de no se acaba nada, *etc.)*

PERSÉFONE

¿Qué puedo hacer yo por vuestra dicha?

EL CORO DE DANAIDES

Nosotras no somos desdichadas.
Sin odio y sin amor, sin pena y sin envidia,
no tenemos más destino
que el de recomenzar sin parar
el gesto insensato de la vida.

EL CORO DE SOMBRAS

Háblanos de la primavera, Perséfone inmortal.

PERSÉFONE

Mi madre Deméter, que la tierra era hermosa
cuando el amoroso brillo de nuestras risas mezclaba
flores con espigas de oro, y leche con perfumes.
Lejos de ti, Deméter, yo, tu hija extraviada,
admiro, en el transcurso sin fin de la única jornada,
nacer pálidas flores, donde se posa mi mirada
las grises orillas del Leteo adornarse con blancas rosas
y en la sombra de la noche, las sombras encantarse
con el reflejo incierto de un subterráneo estío.

EL CORO

Háblanos, háblanos, Perséfone inmortal.

(Silencio en la orquesta.)

PERSÉFONE

(Parándose desconcertada.)

¿Quién me llama?

EUMOLPO

¡Plutón!
Tú vienes aquí para dominar,
no para compadecerte, Perséfone.
No esperes poder mostrarte caritativa.
Nadie, aunque fuera dios, puede escaparse de su Destino.
Tu destino es ser reina. Acéptalo.
Y para olvidar tu compasión,
bebe esta copa del Leteo
que te ofrecen los Infiernos con todos los tesoros de la tierra.

(Unas sombras vestidas de negro —las Danaides van vestidas de un verde ceniciento— salen del palacio de Plutón, cargadas de joyas, de aderezos; una de ellas tiene una copa que alarga a la última de las Danaides. Ésta la llena con agua del Leteo. Luego la sombra se acerca a Perséfone.)

PERSÉFONE

(Que ha tomado estas alhajas

y las ha mirado tristemente, las rechaza.)

No; volved a tomar estas pedrerías.
La más frágil flor de las praderas
me es un atavío preferible.

EUMOLPO

¡Ven, Mercurio!
Venid, horas del día y de la noche.

(Las nubes, en el fondo de la escena sobrealzada, se entreabren para dejar saltar a Mercurio seguido por el cortejo de las horas. (Mercurio, papel mudo.) Cada una de las horas, vestidas con tonos graduados, color de alba, de aurora, de día, etc., trae un presente para Perséfone.)

Perséfone, confusa,
rehuye
cuanto la seduce.
Pero Mercurio espera
que en recuerdo de su madre
podrá tentarla una fruta
que él ve colgar de la rama
que se inclina
por encima de la sed fatal
de Tántalo.
Mercurio coge una granada madura
y se asegura
que en ella luce un resto de sol.
La alarga a Perséfone,

que se maravilla y se extraña
de encontrar en su noche
un recuerdo de la luz
de la tierra,
los bellos colores del placer.
Hela aquí más confiada
y riente
que se abandona al deseo,
coge la granada madura,
la muerde... Mercurio en seguida
vuela, y Plutón sonríe.

(Ritmo acelerado de la música, irónica y estridente en el momento en que Mercurio, según el canto de Eumolpo, salta para apoderarse de la granada. Aquél la alarga a Perséfone, que quiere cogerla. Perséfone ha tomado la granada y la muerde. Cuando las últimas palabras de Eumolpo, el cortejo de las horas y Mercurio se han retirado. Ya sólo se ve a Perséfone y al coro de Sombras.)

PERSÉFONE

¿Dónde estoy?... ¿qué he hecho?... ¿qué turbación
me sobrecoge?
¡Sostenedme, hermanas mías! La granada mordida
me ha vuelto a dar el gusto de la tierra perdida.

EL CORO

Si contemplaras el cáliz
del narciso,

quizá volverías a ver
los prados abandonados y a tu madre,
como ocurrió cuando en la tierra
te apareció
el misterio del mundo infernal.

PERSÉFONE

Rodeadme, protegedme, sombras fieles.
Esta flor de los prados, la más hermosa,
único resto de la primavera que me llevó a los Infiernos,
si para interrogarla me inclinara sobre ella,
¿qué podría enseñarme?...

EUMOLPO

El invierno.

(Perséfone, rodeada del coro de Sombras, en el proscenio, ha tomado la flor del narciso que guardaba en el talle y la contempla.)

PERSÉFONE

¿Adónde, pues, habéis huído, perfumes, escoltas, canciones
del amor?... No veo nada más que cosas muertas.
Los prados vacíos de flores y los campos sin mieses
cuentan la añoranza de las rientes estaciones.
En las laderas de los montes, las flautas bucólicas
ya no ocupan los bosquecillos con sus claras músicas.
De todas partes parece rezumar un lento gemido,
pues todo espera en vano la vuelta de la primavera.
Alternemos los acentos de nuestras voces afligidas.

EL CORO

Cuéntanos, ¿qué ves?

PERSÉFONE

...Unos ríos inmóviles;
cesar la huida en llanto de los arroyos, y sus voces
ahogarse bajo el cielo. En los nocturnos bosques
veo a mi madre errante y vestida de harapos
preguntar en todas partes por Perséfone perdida.
Por los senderos, sin guía, sin camino,
ella anda, llevando una antorcha en la mano.
Zarzas, agudos guijarros, vientos, ramas nudosas,
¿por qué desgarráis su carrera dolorosa?
Madre, no busques más. Tu hija, que te ve,
vive en los Infiernos y ya no es nada para ti.
¡Ay!... ¡Ah, si al menos mi palabra extraviada
pudiera...!

EL CORO

No, Deméter ya no oirá tu voz,
Perséfone...

EUMOLPO

¡Pobres sombras desesperadas,
tampoco el invierno puede ser eterno!

(A partir de este momento es cuando la música comienza el largo crescendo, *o aclaración, en fin, la* subida, *que debe proseguirse hasta el final de este cuadro y*

aportar la gozosa solemnidad del siguiente.)

En el palacio de Eleusis, donde Deméter llega,
el rey Seleuco le confía
la custodia de un niño, del benjamín
Demofonte, que debe llegar a ser Triptolemo.

PERSÉFONE

Encima de una cuna de tizones y llamas
veo... veo a Deméter inclinarse hacia él.

EUMOLPO

¿Del destino de los humanos piensas arrancarlo,
Diosa? De un mortal quisieras hacer un dios.
Tú le alimentas y le abrevas,
no con la leche, sino con néctar y ambrosía.
Así el niño prospera y sonríe a la vida.

EL CORO

Así la esperanza renace en nuestra alma arrebatada.

PERSÉFONE

En la playa, e imitando la cadencia de las olas,
mi madre al andar le balancea en sus brazos.
Como ya humedece su nariz el aire salino,
ella lo expone desnudo en la brisa marina.
¡Qué bello es! Radiante de vigor y lozanía,
el niño se lanza, se arroja hacia la inmortalidad.

¡Salud, Demofonte, en quien mi corazón espera!
¿Por ti volveré a ver la tierra florecer de nuevo?
Tú sabrás enseñar a los hombres la labor
que primero te enseñó mi madre.

EUMOLPO

Y gracias a tu trabajo, devuelta a su amor,
Perséfone revive y reaparece a la luz.

PERSÉFONE

¡Cómo! ¿Así me escaparé del horror subterráneo?
¿Mi sonrisa llenará los prados? ¿Seré reina?

EL CORO

De la terrestre primavera, y no más de los Infiernos.

PERSÉFONE

Deméter, tú me esperas, y tus brazos están abiertos
para acoger por fin a tu hija renaciente
bajo el gran sol, que hace embelesadoras las sombras.
¡Venid! ¡Venid! Forcemos las puertas de la muerte.
No, el sombrío Plutón no nos retendrá.
Pronto volveremos a ver, agitados por los vientos,
los ramajes de delicados balanceos.
¡Oh, mi terrestre esposo, radiante Triptolemo,

que me llamas! ¡Yo corro hacia ti! Te pertenezco. Te quiero.

(Perséfone se ha dirigido hacia el fondo de la escena, que se ilumina, al paso que se oscurece el proscenio.)

TERCER CUADRO

EUMOLPO

(Durante el cambio de escena.)

Así es, nos cuenta Homero,
cómo el esfuerzo de Demofonte
devolvió Perséfone a su madre
y a la tierra su primavera.

(En el fondo, una colina dominada por un templo dórico. En el primer plano, a la izquierda, un túmulo coronado por encinas, y en cuya ladera vista oblicuamente por el espectador está la entrada de un sepulcro, cerrado al principio por pesadas hojas de piedra al modo de las tumbas etruscas. Delante de este pórtico fúnebre está el genio de la muerte, con una antorcha apagada en la mano.)

Entretanto, en la colina
que domina
el presente y el porvenir,
los griegos han construído un templo

para Deméter, que contempla
acudir un pueblo tan feliz.
Triptolemo está junto a ella,
cuya hoz reluce,
y les sigue, fiel,
el coro de ninfas.

(Un coro de adolescentes sube al encuentro del coro de Ninfas.)

EL CORO DE NINFAS

Venid hacia nosotras, hijos de los hombres.

EL CORO DE NIÑOS

Acogednos, hijas de los dioses.

LOS DOS COROS

Traemos nuestras ofrendas
de guirnaldas:
azucenas, azafranes, crocos, acianos,
ranúnculos, anemonas...
ramilletes para Perséfone,
espigas para Deméter.
Los trigos aún están verdes,
pero los centenos ya están dorados.

EL CORO DE NIÑOS

Deméter, reina de los estíos,
concedednos vuestra serenidad.

EL CORO DE NINFAS

¡Oh, vuelve hacia nosotras, Perséfone,

¡rompe las puertas del sepulcro!
Arcángel de la muerte,
enciende otra vez tu antorcha,
Deméter te espera. Triptolemo,
arranca el manto de luto
que aún la cubre, y esparce
flores alrededor del féretro.

LOS COROS MEZCLADOS

Abríos, puertas fatales,
antorchas apagadas, llamas muertas,
avivaos. Ya es hora.
Ya es hora, por fin, de que salgas
de los abismos de la noche, Primavera.

(Las hojas de piedra giran sobre sus goznes. Perséfone surge del sepulcro.)

EUMOLPO

Todavía mal despierta
Perséfone maravillada
sale del atrio siniestro.
Vacilando y como ebria
de noche, todavía dudas
de vivir, y sin embargo vives.

EL CORO DE NIÑOS

La sombra aún te rodea,
vacilante Perséfone,
como prisionera en una red.

Pero dondequiera
tu pie se posa
se abre una rosa
y se levanta un canto de pájaro.

Cada gesto te desprende
y tu danza es un lenguaje
que la felicidad propaga,
el abandono, la confianza
y el rayo se desposa
con el pétalo de la flor.
Todo, en la naturaleza entera,
ríe, de aurora se abreva...
y tú saltas hacia la luz.

EL CORO DE NINFAS

¿Pero por qué, tan seria,
permaneces silenciosa
cuando te acoge el amor?

(Perséfone se ha reunido con el coro de Ninfas. Deméter y Triptolemo en lo alto de la colina dominada por el templo. Desposorios místicos.)

EL CORO DE NIÑOS

Habla, Perséfone, ¡cuenta
lo que nos ocultan los inviernos!

(Silencio en la orquesta.)

EL CORO DE NINFAS

Contigo, qué secreto nos sube
del fondo de los abismos entreabiertos.

(Silencio.)

LOS COROS MEZCLADOS

¡Y dínos!, ¿qué has visto en los Infiernos?

PERSÉFONE

Madre, tu Perséfone a tus deseos ha accedido,
tu túnica de luto que el invierno ensombrecía
ha recobrado sus flores y su esplendor perdido.
Y vosotras, Ninfas, hermanas mías, vuestra asidua compañía
pisa un nuevo césped bajo el verde bosquecillo.
¡Oh mi terrestre esposo, labrador Triptolemo!
Demofonte, ya el trigo que siembras
germina, prospera y ríe en fecundas mieses...
Tú no pararás el curso de las estaciones.
La noche sucede al día y el invierno al otoño.
Yo soy tuya. Tómame. Soy tu Perséfone,
pero también la esposa del tenebroso Plutón.
Nunca podrás con un abrazo, encantador Demofonte,
estrecharme tan fuerte en tus brazos
que no me escape de sus lazos
a despecho del amor y con el corazón destrozado
para responder al destino que me llama. Yo iré
hacia el mundo umbrío donde sé que se sufre.
¿Crees que impunemente se asoma al precipicio
del infierno doloroso un corazón ebrio de amor?

Yo he visto lo que se oculta y se sustrae al día
y no puedo olvidarte, desconsoladora verdad.
Mercurio aquí presente me tomará sin resistencia mía.
No necesito órdenes y de buen grado me dirijo
donde me conduce no tanto la ley como mi amor
y quiero paso a paso y peldaño tras peldaño
descender hasta el fondo de la miseria humana.

(Perséfone ha tomado la antorcha encendida de manos de Mercurio. Precedida y guiada por Mercurio, baja lenta y solemnemente hacia la piedra sepulcral que se abre delante de ella. Las Ninfas rodean a Deméter y Triptolemo. El coro de Niños y Eumolpo permanecen en la ladera de la colina.)

EUMOLPO

Así hacia la sombra subterránea
te encaminas con paso lento;
portadora de la antorcha y reina
de los vastos países soñolientos.
Tu misión es aportar a las sombras
un poco de la claridad del día,
a sus males innumerables un solaz,
a su miseria un poco de amor.

Hace falta, para que una primavera renazca,
que el grano consienta en morir
bajo tierra, a fin que reaparezca
en mieses de oro para el porvenir.

EL ÁRBOL NÚMERO TRECE

Sainete en un acto

1935

El Árbol Número Trece se estrenó en París, el 13 de enero de 1939, por el "Rideau de Paris" en el "Théâtre Charles de Rochefort". Dirección escénica de Marcel Herrand. Los principales papeles estaban desempeñados por:

Max de Guy	.....	el Vizconde
Jean Bonvilliers	.....	el Cura
Jean Marchat	.....	el Doctor
Charlotte Clasis	.....	la Condesa

PERSONAJES

LA CONDESA
EL VIZCONDE, *hijo de la Condesa*
ARMANDO, *sobrino de la Condesa*
EL FILÓLOGO
EL DOCTOR PSICOANALISTA
EL CURA
BOCACIO, *el guarda*
UN CRIADO
AYA INGLESA

ESCENA I

Un salón muy elegante en un castillo. A la izquierda una vidriera que permite ver los árboles de un parque; en el fondo una puerta del comedor que el vizconde está a punto de cerrar; se comprende que acaba de dejar a sus invitados, que éstos procuran retenerlo y que es a ellos a quienes contesta.

El vizconde, el cura, luego el criado.

EL VIZCONDE. — Imposible... Pero estaré de vuelta dentro de una hora. *(Se escancia de prisa una copa de licor.)*

EL CURA *(saliendo precipitadamente).* — Sólo dos palabras, señor vizconde. Es tan difícil dar con Ud... ¡Oh!, sencillamente quisiera ponerle sobre aviso referente a estos dos invitados que trae aquí su primo el señor Armando. Su señora madre es la amabilidad en persona; pero Ud. casi nunca está en casa y me temo que no se de cuenta de los estragos que producen las conversaciones de estos dos señores. Traen aquí un espíritu de incredulidad, de anarquía, que impregna lentamente a su excelente madre.

EL VIZCONDE. — Durante la comida, no han dicho nada particularmente subversivo.

EL CURA. — ¡Oh!, delante de Ud. son circunspectos.

Saben que Ud. de ninguna manera dejaría pasar, sin recogerlas, las frases irreverentes contra la creencia y las verdades establecidas. Sin embargo...

EL VIZCONDE. — Señor cura, Ud. cuida de nuestras almas y yo le agradezco su solicitud. ¿Pero de veras hay motivos para alarmarse? Mi madre siempre ha demostrado poseer un espíritu sólido. A mi modo de ver, quizá es demasiado curiosa de novedades; por todo lo demás, yo siempre he pensado que no debía sino tomar ejemplo de ella. Permítame que le deje. Pero me están esperando. Termine de comer tranquilamente. No puedo creer que alguien se atreva a hablar más libremente delante de Ud. que delante mío.

EL CURA. — ¡Ay! Yo no siempre estoy aquí.

EL VIZCONDE. — En todo caso le doy las gracias por lo que me dice. Pensaré en ello.

EL CURA. — Yo he creído que mi deber era avisarle. *(El cura vuelve al comedor. El criado trae el café.)*

EL CRIADO. — ¿El señor vizconde no toma su café?

EL VIZCONDE. — No; no tengo tiempo. *(Mira si el cura ya no se halla presentes, y, como cambiando de parecer, se sirve una segunda copa de licor, luego sale. La escena permanece vacía un momento.)*

ESCENA II

La condesa, el filólogo, Armando.

LA CONDESA. — Pero es verdad que casi hace buen tiempo... Miss, podrá Ud. hacer salir a los niños. Aproveche pronto el tiempo claro. ¡Casimiro! ¡Sofía! Daos prisa. Si empezara de nuevo a llover... Y no olvidéis

de poneros los chanclos. El suelo está muy mojado. ¡Mi pobre Armando, verdaderamente no tiene Ud. suerte! Desde que está aquí, sólo ha matado cuatro conejos: y hace ya cuatro días que ni siquiera ha salido Ud. del parque.

EL FILÓLOGO. — Tenemos a Júpiter en contra nuestra.

ARMANDO. — ¿No encuentra Ud. un poco anticuado, querido amigo, invocar a Júpiter para decir que llueve sin parar desde hace diez días? Ya sé que su oficio es ocuparse de la antigüedad; pero cuando está en casa de amigos, debiera dejar en el guardarropa a sus antiguos y su mitología.

LA CONDESA *(hacia Armando)*. — ¿Cómo puedes creer que me aburra oír hablar al señor Lavignette de sus estudios? Ayer me dió un cursillo sobre la religión griega, y dijo cosas muy, pero muy interesantes.

ARMANDO. — ¡No es posible!

EL FILÓLOGO. — ¡Ah!, estoy contento, señora condesa, de ver que no comparte Ud. la opinión de su impertinente sobrino, mi amigo.

LA CONDESA. — Armando nunca ha sabido interesarse por nada.

ARMANDO. — ¡Bueno, tía!, añada: es por esto que se aburre tanto en la vida.

LA CONDESA. — Exactamente. Mira al señor Lavignette: su espíritu siempre está ocupado.

EL FILÓLOGO. — ¡También el suyo, señora condesa!

LA CONDESA. — Tú no haces nada; no lees nada; ni siquiera los periódicos.

ARMANDO. — Mi querida tía, Ud. tampoco los lee.

LA CONDESA. — Es porque siempre sólo cuentan barbaridades. Yo quisiera uno que, al contrario, no hablara más que de acontecimientos dichosos.

ARMANDO. — ¿Por ejemplo?

LA CONDESA. — Qué sé yo... Los nacimientos, las bodas... Estoy segura de que habría una multitud de suscriptores. ¿Es que no vale más ignorar las miserias que no podemos socorrer?

ARMANDO. — Mi señora tía, es Ud. incomparable. ¿Qué es lo que no se haría por Ud.?

LA CONDESA. — Pues bien, vé a decir a los demás que se den prisa. El café se enfriará.

EL FILÓLOGO. — Tienen miedo de que le moleste el humo.

ARMANDO. — O sea que el señor cura no se atreve a fumar su cigarrillo delante de Ud.

LA CONDESA. — Yo no me escandalizo por tan poco, a mi edad... *(Armando sale.)* En el fondo es muy buen muchacho. ¿Pero cómo es posible que no tenga Ud. más influencia sobre él?

EL FILÓLOGO. — El doctor no tiene más que yo. Es verdad que Armando nunca ha consentido en hacerse psicoanalizar.

LA CONDESA. — ¡Ah! ¡Señor Lavignette! Yo tampoco. Tendría demasiado miedo de descubrir en mí un montón de cosas feas que prefiero ignorar. Me basta la conversación del doctor. Es muy instructiva. Como la suya, querido señor...

EL FILÓLOGO. — ¿Entonces Ud. no nos encuentra demasiado indiscretos a uno y a otro al aprovechar así su hospitalidad?

LA CONDESA. — ¡No faltaba más! Yo adoro instruirme y, al contrario, soy yo quien les agradece que consientan quedarse algunos días bajo mi techo. *(Entran el cura, el doctor psicoanalista y Armando.)*

ESCENA III

La condesa, el cura, el doctor, Armando.

LA CONDESA. — Señor cura, no me hará Ud. creer que ha tenido tiempo de acabar su cigarrillo. Va Ud. a encender otro en seguida... que yo le ofrezco. *(Ofrece un cigarrillo al cura.)*

EL CURA. — Veo que el señor Armando me ha traicionado.

EL DOCTOR. — ¿Esto significa, señora, que Ud. también fuma?

LA CONDESA. — Esto no es de mi tiempo. *(Alargando una taza vacía al cura.)* ¿Un terrón... dos terrones?

EL CURA. — Tres, si Ud. lo permite. Y muy poco café; sólo para que se disuelva el azúcar.

ARMANDO. — Y dentro de poco una segunda taza.

EL CURA. — Reconozco que soy un poco goloso. Es un vicio...

LA CONDESA. — Que no perjudica a nadie, señor cura.

EL CURA. — ¡Oh! Señora condesa, esto puede conducir muy lejos... Como todos los vicios, no bien nos abandonamos a ellos.

ARMANDO. — Nuestro excelente doctor le dirá que aun es mucho más peligroso el reprimirlos.

EL CURA. — La Iglesia tiene razón de considerar la gula como uno de los pecados capitales. Es un instinto...

EL FILÓLOGO. — Dichosos, señor cura, los que no tienen que satisfacer o dominar instintos peores.

ARMANDO. — Parece... ¿no es verdad, doctor?... que cada uno de nosotros lleva dentro un montón de feos instintos que ignora.

EL DOCTOR. — Mi querido amigo, sírvase no hacer uso de la palabra en lugar mío. Y no hable en tono de broma de cosas muy serias, gravísimas. Al psicoanálisis se le acusa a menudo de evocar, de provocar monstruos que, sin él, no existirían. Nuestra misión no estriba de ninguna manera en hacerlos nacer, estos monstruos, sino al contrario, en domeñarlos. Pues que éstos existen, más o menos, en cada uno de nosotros, es un hecho.

ARMANDO. — ¡Ah!, mi querida tía... perdone... pero, ¡cuánto daría yo por conocer los suyos! Deben de ser tan lindos, tan monos...

LA CONDESA. — ¿Mis monstruos? Pero confío no...

EL DOCTOR. — ¡Ah! Señora condesa... de nuestro yo no conocemos mucho más que la superficie. El psicoanálisis se ocupa precisamente del subsuelo.

LA CONDESA. — Señor cura, tranquilíceme. ¡Dígame en seguida que Dios no nos tendrá por responsables de nuestro subsuelo!

EL CURA. — ¡Ay! Señora, precisamente por esto considero muy peligroso sacar a luz los monstruos que dormitan en lo que el señor Styx tan elegantemente llama nuestro subsuelo; lo que yo llamaría nuestro infierno.

EL FILÓLOGO. — ¿Quiere Ud. saber todo mi pensamiento? Pues que en este subsuelo yacen, muy mal enterrados, los dioses griegos, de los que se burlaba Armando con excesiva facilidad hace un momento. Y como en la tragedia antigua, a veces se vengan de ser poco conocidos.

EL CURA. — Estos falsos dioses, la religión cristiana los llama mucho más sencillamente fuerzas de la naturaleza o instintos. Desde luego, no los hemos suprimido... Pero lejos de sometemos nosotros, sabemos adueñarnos de ellos.

EL DOCTOR. — ¡Sabemos! ¡Sabemos!... Lo pretendemos, señor cura. Los griegos obraban bajo el dictado de sus pasiones; hoy día nosotros las contenemos. Piadosamente era como los griegos cedían a sus dioses.

EL CURA. — Y piadosamente es como hoy los resistimos nosotros.

EL DOCTOR. — En detrimento nuestro, señor cura... permítame que se lo diga. En detrimento nuestro.

LA CONDESA. — Querido doctor, a pesar de todo no se atreverá Ud. a sostener que nuestra sociedad produce aún Orestes y Edipos...

EL FILÓLOGO. — Los Edipos, en nuestros días, tal vez no son menos numerosos que antes. El incesto, por ejemplo, es muy frecuente entre los campesinos.

LA CONDESA. — Le aseguro, doctor, que...

EL DOCTOR. — Y en los barrios bajos de las grandes ciudades. El señor cura, que por la confesión conoce los secretos de las familias, les dirá...

EL CURA. — ¡Cuidado! ¡Permítame!... Yo no digo absolutamente nada.

EL DOCTOR. — Pero, las más de las veces, en nuestros días, Edipo no se casa con su madre. Se contenta con codiciarla.

LA CONDESA. — Doctor, está Ud. abusando de que mi hijo se halla ausente...

EL DOCTOR. — Permita, señora condesa... Yo digo: codiciar... y Dios me libre de pensar en el señor vizconde. Pero el psicoanálisis nos enseña que hay, sin saberlo, no pocos Orestes, Edipos, Fedras y hasta Pasífaes que se ignoran. El drama, en nuestros días, ya no se representa en la escena del mundo o del teatro, sino en las profundidades ignoradas.

LA CONDESA. — ¡Si dejara Ud. tranquilas estas pro-

fundidades! Yo aborrezco interesarme por lo que no me atañe.

EL DOCTOR. — ¡Oh!, permita, señora condesa... Todo iría bien si estas profundidades consintieran en permanecer tranquilas. Pero toda su ignorancia nos atormenta y los monstruos que se agitan en ellas, si bien no toman la forma de crímenes, no por esto dejan de enseñar la punta de la oreja... ¿Ud. se ríe, señor cura?...

ARMANDO. — El señor cura piensa que si tuviera que ocuparse, en su confesonario, de todas las puntas de oreja, sería el cuento de nunca acabar...

EL CURA. — El señor cura no piensa absolutamente nada. Ya tiene demasiado que hacer con las miserias reales, sin ocuparse de las imaginarias, y de las divagaciones de ustedes. Si hubiera menos desocupados, habría menos falsos enfermos.

EL DOCTOR. — ¡Ah!, permita, señor cura...

EL CURA. — Señora condesa, ya le había advertido que no podría quedarme mucho tiempo. Permítame que me retire y deje a estos señores con sus indagaciones. *(El cura sale. La condesa le acompaña.)*

ARMANDO. — Se siente vejado.

EL DOCTOR. — Sin embargo no he dicho nada que...

EL FILÓLOGO. — Sí, hombre, sí. Ud. debiera comprender que le está haciendo la competencia. ¡Y éste que aun siente la necesidad de hablarle de confesonarios! ¡Lo encuentro de una torpeza!...

ARMANDO. — ¿Torpeza? Al contrario, yo...

EL FILÓLOGO. — De una falta de tacto, si prefieres. *(La condesa vuelve.)* ¿Está vejado?...

LA CONDESA. — Pobre señor cura, es una bellísima persona... Estoy verdaderamente desolada del giro que ha tomado la conversación. El buen hombre se ha mar-

chado casi corriendo, sin ni siquiera tener tiempo de calzarse los chanclos. Pero ahora que ya no está aquí, se lo ruego, doctor, díganos algo de lo que Ud. tan finamente llama la punta de la oreja de estos monstruos horrorosos.

EL DOCTOR. — Únicamente quería decir, señora condesa, que estos instintos que antes nos empujaban al crimen, mejor o peor domados, reprimidos, se manifiestan aún por multitud de extravagancias, tics, pequeños actos absurdos, de los que muy a menudo ni siquiera somos conscientes.

LA CONDESA. — ¡Ah! ¡Me interesa Ud. enormemente, doctor! ¡Cuánto siento que nuestro querido cura se haya marchado! De seguro hubiera comprendido que en esto no había nada de que se pueda desconfiar. Yo adoro instruirme. Y mi terrible sobrino, al traerme aquí a amigos como Ud. y el señor Lavignette, se hace perdonar muchas cosas. *(A Armando.)* El señor Lavignette me hizo ayer un discursillo sobre las religiones primitivas, sobre el culto de los árboles... Yo siempre he adorado a los árboles...

EL FILÓLOGO. — Otro día, si Ud. me lo permite, le hablaré de los extraños dibujos prehistóricos que se han encontrado en las cuevas y en los peñascos... por lo demás reproducidos en los álbumes...

LA CONDESA. — ¿De verdad no se atreve Ud. a enseñármelos?

EL FILÓLOGO. — No me haga lamentar, señora, el haber dicho que los había traído. Estos dibujos a menudo son... un poco libres.

LA CONDESA. — ¡Oh!, no insisto... Pero oiga, las mujeres verdaderamente honradas no necesitan hacer alardes de su recato.

ARMANDO. — Bueno. Vé a buscarnos eso. Ya ves que mi tía se muere de ganas de verlos, tus álbumes...

LA CONDESA. — ¡Qué insolente! Señor Lavignette, le ruego que no me los enseñe.

EL DOCTOR. — Tenga cuidado, señora condesa, no vaya Ud. a reprimirse.

LA CONDESA. — ¡Vamos!, ya empieza de nuevo la lluvia. Será necesario que regresen los niños. *(El cura vuelve.)* ¿Cómo, señor cura, vuelve Ud.?

EL CURA. — Señora condesa, es preciso que le hable a solas.

EL FILÓLOGO. — Esto huele a tempestad.

ARMANDO. — Bueno, vengan ustedes; no serán más que cuatro gotas. *(Salen.)*

ESCENA IV

El cura, la condesa, luego el aya, Armando, Bocacio, el filólogo y el doctor.

LA CONDESA. — Me inquieta Ud... parece completamente descompuesto.

EL CURA. — Hay de qué, señora condesa. Hay de qué.

LA CONDESA. — ...los niños...

EL CURA. — No es eso. Acabo de verles. Todo va muy bien.

LA CONDESA. — ¿Entonces qué?

EL CURA. — ¡Oh!, verdaderamente no sé cómo decírselo.

LA CONDESA. — Mi querido Padre, yo no tengo ninguna afición a los acertijos.

EL CURA. — A cien metros del castillo... En un paraje por donde todo el mundo pasa, por donde todos

están obligados a pasar al entrar y salir de aquí... Por donde yo mismo pasaba al dejarla a Ud..., en uno de los más hermosos árboles de la avenida...

LA CONDESA. — ¿El gran plátano?

EL CURA. — Sí, señora condesa, en su gran plátano, se exhibe ahora a la vista de todos un dibujo... que no vacilaré en calificar de obsceno.

LA CONDESA. — ¡Oh! Señor cura, esto es abominable. Espero que al menos Ud. lo habrá borrado en el acto.

EL CURA. — No hay manera de borrarlo. Está grabado en la corteza con cuchillo. Tengo que añadir, ¡ay!, que he encontrado a sus dos nietos, a esos inocentes, sentados al pie del árbol.

LA CONDESA. — Pero debía de estar muy mojado.

EL CURA. — No, señora, el suelo estaba seco... Y delante de la imagen obscena, la señorita aya contemplándola.

LA CONDESA. — Ya ha debido regresar con los niños. Voy a hablarle en seguida.

EL CURA. — Precisa hacer quitar esto sin demora.

LA CONDESA. — ¿Pero cómo?

EL CURA. — Seguramente rascando la corteza.

LA CONDESA. — ¿Para que se muera mi árbol?... ¡Eso, de ninguna manera! ¿El dibujo es muy grande?

EL CURA *(confuso)*. — Sí.

LA CONDESA. —¿Y muy...?

EL CURA. — Sí.

LA CONDESA. — ¿Pero quién ha podido hacerlo?

EL CURA. — Es lo que me pregunto, señora condesa. Es lo que me pregunto.

LA CONDESA. — Escuche, Padre: el guarda podrá informarnos. Voy a interrogarle. Pero, ¿está Ud. bien seguro, señor cura, de que...?

EL CURA. — ¡Oh!, señora condesa; ¡ay!, no es posible equivocarse.

LA CONDESA. — Mientras tanto, de esto ni una palabra a nadie. Tome un paraguas. *(El cura sale. Junto a la puerta del comedor.)* Armando, me harías el favor de avisar al guarda que tengo que hablarle... ¿Qué voy a decirle? Esto es horriblemente embarazoso. *(Precipitándose hacia la puerta por donde acaba de salir el cura.)* Señor cura, no me abandone, se lo ruego.

EL CURA. — No hay que azorarse, señora condesa. Ánimo. ¡Vamos!, ánimo.

LA CONDESA. — Perdóneme si me pongo tan nerviosa. Si por lo menos mi hijo estuviera aquí... *(Entra el aya.)* La lluvia le hace regresar muy pronto. ¿No se han mojado mucho los niños?

EL AYA. — No. We were under the big tree, you know, the one the children call: "the King". They ran, and it was the goal. There was such a funny figure carved in the bark. I never saw it before. A little man like a goblin, with a big...

LA CONDESA *(interrumpiéndola)*. — Señorita, tengo algo que decir al señor cura. Tenga la amabilidad de dejarnos hablar.

EL AYA. — ¡Oh! Excuse me.

EL CURA. — ¿Qué le ha dicho?

LA CONDESA. — No lo he comprendido bien. Y el guarda va a venir de un momento a otro... ¡Oh!, por favor, interróguele Ud. en mi lugar. Miss Plot, aguárdeme... Salgo con Ud. No me encuentro muy bien. *(Sale, sostenida por el aya. El cura solo.)*

EL CURA. — ¿Cómo dejar de relacionar la producción de esta impertinencia y la intrusión de estos señores en nuestro apacible castillo? Es curioso: en el secreto del

confesonario me entero de verdes y de maduras; pero esto no es lo mismo. Esta labor de juez de instrucción es sobremanera desagradable. Si avisara al señorito Armando; a falta del señor vizconde, debiera corresponderle a él interrogar a Bocacio. ¡Vamos! ¡Vamos!, un poco de sangre fría. *(Se va precipitadamente hacia la bodega, se escancia una copita y se la bebe. Entra Armando con el guarda.)*

ARMANDO *(irónicamente).* — Padre, creo que se ha equivocado Ud.; esto es agua de azahar. ¿Debo retirarme?

EL CURA. — Al contrario, señorito Armando. Tal vez pueda Ud. ayudarnos.

ARMANDO. — ¿Qué pasa?

EL CURA. — Algo que importa poner en claro. *(A Bocacio.)* Amigo mío, quería preguntarle... ¿Estos días no ha observado nada de particular en uno de los árboles de la avenida?

BOCACIO. — A fe mía, no. No comprendo lo que quiere decir el señor cura.

ARMANDO. — ¿De qué se trata?

EL CURA. — Se trata, señorito Armando, de una imagen obscena que una mano temeraria ha grabado en la corteza de...

ARMANDO *(precipitadamente).* — Señor cura, permítame que convoque a mis dos amigos. ¡Esta historia es tan adecuada para ellos! *(Sale.)*

EL CURA. — En la corteza del gran plátano.

BOCACIO. — Así, puesto que el señor cura lo ha visto, ya puedo decírselo. Sí, está en el árbol Nº 13. Pero en lo que se equivoca el señor cura, dicho sea con todo respeto, es cuando dice que es un plátano. Los árboles de la avenida, los conozco como si los hubiera plantado

todos. Todos están numerados. Éste es el mayor. Es el Nº 13. Es más viejo que todos los demás. Los hay que dicen que ya tiene más de cien años. Debe de ser así. Pero no es un plátano. El señor cura no acierta. Es un olmo. Porque el plátano se despoja con la nueva estación. Lo que se inscribe encima, cae con la corteza. En cambio, en el olmo se aguanta. *(Armando vuelve con los otros dos.)*

ARMANDO. — ¿Entonces, Padre, Ud. decía: una imagen obscena?

EL FILÓLOGO. — ¿Está Ud. del todo seguro de que no se trata de un simple defecto de la corteza?

BOCACIO *(se encoge de hombros).* — Es un tipo al natural. Como si dijéramos el señorito Armando.

ARMANDO. — ¡Vamos, Bocacio! . . .

BOCACIO. — Que me perdone el señorito Armando; yo lo digo con relación a la barba muy poblada que tiene el monigote; como lo demás, dicho sea con respeto.

EL CURA. — Amigo mío, no le pedimos detalles.

BOCACIO. — ¡Oh! El señor cura puede llamarlo un detalle, pero. . .

ARMANDO. — ¿En qué árbol?

BOCACIO. — En el más grande. El número trece, a mano izquierda, al salir, en la carretera que conduce al castillo. Estos señores pueden ir a verlo. Pero es mejor retener a la señora condesa. ¡Vaya!, que es un trabajo bien hecho. Hasta se puede decir que está. . . esmerado. *(Armando sale aprisa con sus dos amigos.)*

EL CURA. — Según su opinión, Bocacio, ¿cuánto tiempo ha necesitado el. . . dibujante, para hacer esto?

BOCACIO. — Quizá, quizá una hora, tal como está hecho.

EL CURA. — Amigo mío, es Ud. un poco responsable de las depredaciones que pueden cometerse en el parque.

BOCACIO. — ¡Oh!, perdone, señor cura. Uno no puede estar siempre vigilándolo todo. La persona que hizo esto aprovechó un momento en que sabía que yo no estaba allí.

EL CURA. — Según Ud., ¿cuándo fué hecho esto?

BOCACIO. — Fué ayer, tan seguro como que le estoy viendo, señor cura. Yo tuve que ausentarme para ir a llevar manzanas al pueblo. Cuando pasé, a las cuatro, no había nada. A las seis, cuando volví, ya estaba.

EL CURA. — Así, entre las cuatro y las seis. Y... ¿no sospecha Ud. de nadie?

BOCACIO. — A fe mía, señor cura, es cierto que había unos gitanos que acampaban cerca del parque y que se han marchado esta mañana de madrugada. Pero, vamos, se necesitaría mucha frescura para atreverse a entrar en el parque. Si yo me atreviera a hablar...

EL CURA. — Hable, amigo mío; no tema nada. Estamos solos. Ya ve que le escucho sosegadamente. ¿Decía usted...?

BOCACIO. — Bueno, ya verá... Yo pensaba en los dos invitados del castillo. Son unos amigos del señorito Armando, que antes no habíamos visto nunca. Al señorito Armando le gusta bastante la broma; pero es un buen muchacho. Le conozco desde que era muy pequeñín. Nunca ha hecho daño a un árbol. Pero de los otros dos, ¿qué sabemos de ellos? Que son gente sin fe. El señor cura ya ha podido ver que no iban a misa.

EL CURA. — Está bien, Bocacio... Puede usted retirarse. No participe sus suposiciones a nadie.

BOCACIO. — ¡Ah! ¿El señor cura también piensa...?

EL CURA. — Yo no pienso, amigo mío. Yo reflexiono. Déjeme. *(Bocacio sale. El cura se sirve una copita; pero esta vez no sin oler primero el frasco.)* A pesar de todo,

no convendría precipitarse. Acusar a inocentes, se hace muy de prisa... Pero desde que ya no hay fe, puede esperarse todo. *(La condesa vuelve.)*

LA CONDESA. — Esperaba que hubiese visto salir a Bocacio. Bueno, ¿el resultado de sus pesquisas?...

EL CURA. — Algunos puntos se precisan. Parece seguro, según dice Bocacio, que el atentado se cometió entre las cuatro y las seis. Parece igualmente cierto, dada la dificultad de entrar inadvertido en el jardín, que el autor debe de ser uno de los habitantes del castillo.

LA CONDESA. — Pero, señor cura, me está usted asustando muchísimo. ¡No somos tan numerosos!...

EL CURA. — Y usted conoce desde hace mucho tiempo a casi todos los que duermen bajo su techo. Los hay que deben quedar de lado en seguida, como estando por encima de toda sospecha; su vieja cocinera, en primer término, y su fiel criado. Sin embargo, tal vez sea oportuno interrogarles.

LA CONDESA. — ¡Ah!, Padre, usted se encargará de ello. Yo me abstengo.

EL CURA. — Quedaría el chofer, que no hace mucho tiempo que usted lo tiene, y que antes de que viniera aquí servía, me ha dicho usted, en casa de unos judíos. Pero ayer, con el señor vizconde, no regresó hasta la noche. El campo se va estrechando mucho, ya lo ve usted.

LA CONDESA. — Pero entonces... ¡Oh, señor cura, no va usted a suponer que...!

EL CURA. — Yo no digo nada, señora; yo no digo nada. Ni siquiera insinúo. Pero no puedo dejar de creer que cierta licencia en las conversaciones puede encontrarse también en los actos.

LA CONDESA. — ¡Dios mío, Dios mío, qué desagradable es todo esto! *(Vuelven Armando, el doctor y el filólogo.)*

ARMANDO. — Bueno, señor cura, ¿ha terminado usted de interrogar a Bocacio, mientras nosotros hemos ido al lugar del siniestro?

EL FILÓLOGO. — En efecto, es un trabajo muy bien ejecutado, e incluso con cierta... si me atrevo a decirlo, delicadeza o sentimiento del arte. Además, por el oficio y la intención, la figura recuerda mucho algunas de esas figuras prehistóricas de que yo hablaba a la señora condesa, y que reproducen mis álbumes, como podrá usted apreciar.

LA CONDESA. — Ya le he dicho, señor Lavignette, que me negaba a verlas.

EL CURA. — La cuestión, señores, no estriba en esto. Poco importa el mérito artístico de una obscenidad. Se trata de saber quién ha podido perpetrar esa inmundicia. De los informes que me ha proporcionado Bocacio, se desprende que el árbol fué deshonrado ayer, entre las cuatro y las seis; y lo que es más grave, que lo fué, señores, por alguno de los actuales moradores del castillo.

LA CONDESA. — Hay días en que, verdaderamente, está una contenta de no saber dibujar.

EL DOCTOR. — En estado de insconsciencia, señora, mucha gente, que sería muy torpe en su estado normal, descubre en sí misma un talento insospechado. Los psiquiatras nos citan (es un caso clásico) cierta ama de cura que se ponía a hablar el hebreo corrientemente, en estado de hipnosis...

LA CONDESA. — ¡Ah! ¡Qué interesante!...

EL CURA. — Señora condesa, se lo ruego, no permita que estos señores desorienten la opinión. La servidumbre, al menos por el momento, está descartada. Se trata de saber lo que cada uno de nosotros, de los aquí reunidos, hizo

ayer entre las cuatro y las seis de la tarde. ¿Soy bastante claro?

ARMANDO. — Señor cura, hasta ahora esto era sólo divertido; pero su interrogatorio me parece que sobrepasa un poco los límites de la broma aceptable.

EL CURA. — Señorito Armando, créame que estoy muy desolado por ello. Mi deber me obliga a actuar en ausencia de su primo. Además, tranquilícese; si alguien se encuentra designado, no tendrá más que haber obrado en "estado de inconsciencia", como creo que dice el señor doctor.

EL DOCTOR. — ¡Vaya! Muy ingenioso, señor cura.

EL CURA. — Si usted me lo permite, señor doctor.

LA CONDESA. — ¡Oh, por favor! . . . Señor cura, estoy segura que estos señores no pedirán nada mejor que contestarle y tranquilizarle.

EL FILÓLOGO. — Veamos, veamos . . . ¿Qué pudimos hacer ayer, de cuatro a seis?

EL DOCTOR. — Pero, en primer lugar, ¿estábamos todos juntos? *(Se quedan un momento perplejos y se consultan con la mirada.)*

LA CONDESA. — ¡Oh, estoy verdaderamente desolada, señor cura! ¿Y si todo esto lo dejáramos por el momento? Ocupémonos, más bien, de los medios para hacer desaparecer esa horrorosa imagen.

ARMANDO. — He pensado, tía, que el mejor medio es pasar por encima una capa de pintura de color castaño. Estos días tenía usted pintores para la puerta de la cochera. Han dejado sus cacharros de pintura y sus pinceles.

EL FILÓLOGO. — Crea, señora, que estaremos muy contentos, el doctor y yo, de poder prestarle este pequeño servicio. *(Se disponen a salir.)*

EL CURA *(poniéndose delante de la puerta)*. — Permitan, señores . . . No antes de haber contestado . . . Yo es-

toy esperando impacientemente por un enfermo, pero no saldré de aquí antes de saber a qué atenerme. ¡Vamos, un pequeño esfuerzo de memoria!...

EL FILÓLOGO. — ¿De cuatro a seis?...

EL DOCTOR. — Ya lo ve usted, estamos buscando.

ARMANDO. — Aquí se viven días sin horas. *(Cada uno de los tres se coge la cabeza con las manos.)*

EL CURA. — Comprendan, señores, que no haya querido interrogar a los criados antes que a ustedes. Su disculpa, su coartada, hará recaer sobre ellos una responsabilidad evidente...

ARMANDO. — ¡Oh, una idea! Tía, ¿no tiene usted la piadosa costumbre de escribir su diario? Quizás éste podría informarnos, podría ayudar nuestra memoria. Si esto no es demasiado indiscreto...

LA CONDESA. — De ninguna manera. Es una idea excelente, y, gracias a Dios, yo no tengo que ocultar nada. *(Abre el cajón de su escritorio y saca un pequeño carnet.)* Veamos... "Jueves, 24 de setiembre..." ¡Oh, lo más cómodo es que les lea todo. "Llueve. Decididamente, este pobre Armando no tiene suerte. Su fusil va a enmohecerse. Debiera tomar el ejemplo del señor Styx, para ocupar sus días con provecho. A las diez, el señor Lavignette me ha dado un cursillo sobre las religiones y los pueblos primitivos; yo bebía sus palabras: lo que cuenta del culto de los árboles me ha interesado particularmente." Paso por alto algunas reflexiones sobre mis nietos... ¡Ah, aquí está! "A las cuatro, el tiempo parece mejorar. Armando va a jugar al billar con sus dos amigos. Yo lo aprovecho... para tomar un poco el aire..." *(La condesa se turba, se descompone y se desmaya. El cura se apresura a socorrerla. Los otros tres se miran. Armando reprime una risa desatada.)*

EL CURA. — No es nada, señora condesa, cálmese. Señorito Armando, de prisa, el frasco de sales...

EL FILÓLOGO. — Señor cura, ¿obtendremos ahora de usted la autorización para retirarnos? No creo que nuestra presencia pueda ser muy útil aquí.

EL DOCTOR. — Confío en que el desvanecimiento de la señora condesa no será nada. Si se prolongara, sírvanse avisarme. Nosotros nos vamos a la avenida, a probar de remediar el daño. *(A Armando.)* ¿Los botes de pintura?

ARMANDO. — Los encontrarán, con los pinceles, en la cochera. *(Salen el doctor y el filólogo.)*

ESCENA V

El cura, la condesa y Armando. Luego, el vizconde.

EL CURA. — Señora condesa... querida señora... ¡Vamos! Vuelva en sí. No es nada serio.

ARMANDO *(irónicamente).* — Señor juez de instrucción, lo felicito. ¡Bonito trabajo ha hecho usted!

EL CURA. — Señorito Armando, ironías no, se lo ruego. ¿Es que podía pensar yo...? ¡Tan pronto como su tía se dé cuenta!... Ya abre los ojos. ¡Alabado sea Dios!

LA CONDESA. — ¿Inconsciente?... Armando, ¿eres tú? Tranquilízame... Padre, ¿está usted aquí? Protéjame. ¿De veras es posible...?

EL CURA. — ¿Qué va usted a imaginar, señora condesa? Pero nada de todo esto...

LA CONDESA. — Ya ven cómo es necesario que sea yo. Sus mismas preguntas ya no me permiten dudar de ello... Ahora lo recuerdo bien... Yo salí... Apenas estuve fuera, me sentí víctima de una extraña turbación,

de un aturdimiento seráfico... *(Prorrumpe en sollozos.)* ¡Ah, soy una mujer perdida!

ARMANDO. — Tía, está usted exagerando.

EL CURA. — ¿Pero de qué se acusa usted, señora? Yo estoy bien seguro de que usted no ha hecho nada.

LA CONDESA. — Sí, soy yo. Ya ven cómo es necesario que sea yo...

EL CURA. — Su única equivocación ha sido tragarse las palabras de estos señores. Le han hecho perder la cabeza con sus camelos... Todo esto carece de sentido común. Beba un poco de... *(destapa un primer frasco, luego cambia de parecer y toma otro)* agua de azahar, y todo pasará.

ARMANDO. — ¿Se siente usted mejor? *(Se oye la voz del vizconde, al paño.)*

EL VIZCONDE. — Estoy calado. José vendrá a tomar mis vestidos a mi habitación. Subo a mudarme.

EL CURA. — Es su hijo, que vuelve. Por favor, cálmese. El señor vizconde podría alarmarse. *(Entra el vizconde.)*

ARMANDO. — ¿Qué tiene, Godofredo? Parece usted furioso.

EL VIZCONDE. — Y lo estoy. No puede uno imaginarse una cosa semejante. Nunca más aceptaré bajo el techo de mi madre a unos extraños recomendados por usted. Se trata de sus amigos, primo. ¡Unos sinvergüenzas! ¿Sabe usted en qué ocupación acabo de encontrarles? Están pintarrajeando los árboles de la avenida. ¡Vaya, pues, que se creen en su casa!

LA CONDESA. — Pero, amigo mío, si usted lo supiera: es para hacernos un favor. Soy yo quien se lo ha pedido.

EL VIZCONDE. — Madre, es usted demasiado buena. No intente disculparlos. Su excelente corazón la empuja

a una indulgencia excesiva. Ya es un error aceptar conversaciones a la ligera, conversaciones subversivas. Después de las palabras, los actos. El respeto de la propiedad ajena...

ARMANDO. — Godofredo, permíteme que te lo explique...

EL VIZCONDE. — No quiero oír nada. Y no he querido escucharlos. Cuando les he sorprendido, me he precipitado hacia ellos, y sin rodeos les he dicho...

LA CONDESA. — Amigo mío, me asusta. ¡Unos señores tan amables!...

ARMANDO. — ¿Qué les ha dicho?

EL VIZCONDE. — Que se largaran en el primer tren.

ARMANDO. — Pero...

EL VIZCONDE. — No quiero verlos más. Sólo tú eres responsable de la presencia aquí de estos farsantes. Tú los has traído; lo mejor es que te vayas con ellos. Yo te quiero, ya lo sabes; pero, desde que te haces con esos bolcheviques, te oigo exponer opiniones que tengo por deplorables.

ARMANDO. — ¡Está bien! ¡Está bien! Acompañaré a mis amigos. Mi querida tía... *(La abraza.)*

LA CONDESA. — ¡Ah, estoy desolada! Un poco más tarde yo...

ARMANDO. — Señor cura, le cedo el sitio. *(Sale.)*

EL CURA. — Que esto le sirva de lección, mi querido Armando. Todas esas hermosas teorías modernas, ya lo ve usted, no resisten la prueba. Dentro de poco volverá usted enmendado hacia nosotros.

EL VIZCONDE. — Cuando se franquean ciertos límites, sobra la discusión. ¡Ah, señor cura, tenía usted mucha razón al advertirme! ¡Un buen escobazo!...

ÍNDICE

Saúl 7
El Rey Candaules 103
Edipo 225
Perséfone 265
El Árbol Número Trece 289

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTICINCO DE SETIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.